

Enid Blyton
los cinco frente a la aventura

Tío Quintín y tía Fanny se marchan a Sevilla para poder descansar unos días, ya que tío Quintín está muy estresado. De este modo, los Cinco se quedan, junto con Juana, a cargo de Villa Kirrin. La historia comienza cuando un periódico publica la noticia de que tío Quintín guarda un montón de documentos importantes en Villa Kirrin.

Una mañana los niños y Juana se despiertan y descubren con espanto que alguien ha entrado en casa y se han llevado algún cuaderno importante del tío Quintín.

¿Por qué Tim no ha ladrado al intruso? ¿Y cómo han podido acceder a la casa si todas las ventanas (salvo una muy pequeña) y puertas estaban completamente cerradas? Sin embargo, los intrusos no consiguieron llevarse los cuadernos correctos, así que deciden cometer otro delito mucho mayor para lograr sus propósitos: Alguien desaparece en plena noche de Villa Kirrin…

¿Podrán los chicos enfrentarse a los criminales sin ayuda de la policía?



Enid Blyton

Los cinco frente a la aventura

Los cinco - 09

ePUB r1.1
Annatar 24.05.13

Título original: *Five fall into adventure*
Enid Blyton, 1950
Traducción: María Victoria Oliva
Ilustraciones: José Correas
Diseño: José Correas

Editor digital: Annatar
ePub base r1.0



Enid Blyton



Capítulo 1

Otra vez en «Villa Kirrin»

Jorge se hallaba en la estación esperando a sus tres primos. Con ella se encontraba Tim, su perro, que meneaba la cola alegremente. Sabía que acudían al encuentro de Julián, Dick y Ana y se sentía muy contento. Cuando los Cinco se reunían, él se divertía muchísimo más.

—Ya llega el tren, Tim —exclamó Jorge.

Por regla general, nadie llamaba a la niña por su verdadero nombre, Jorgina, porque ella se negaba a contestar si así lo hacían. Parecía un chico, con su pelo corto y rizado, sus pantalones cortos y su camisa mal abrochada. Su cara estaba recubierta de pecas y tenía los brazos y las piernas tan tostados por el sol como los de un gitano.

Se oyó el distante traqueteo de un tren y una blanca nube de humo apareció a lo lejos. Tim gruñía sin cesar y movía el rabo. No le gustaban los trenes. Sin embargo, ansiaba que aquél llegara cuanto antes.

El tren se acercaba, disminuyendo la marcha a medida que se aproximaba a la estación de Kirrin. Mucho antes de que alcanzara el andén, tres cabezas asomaron por una de las ventanillas y tres manos saludaron con amplios ademanes. Jorgina contestó al saludo, iluminado su rostro por una gran sonrisa.

La portezuela se abrió antes de que el tren hubiera parado por completo. Descendió un muchacho alto y robusto, que ayudó a bajar a una niña. Después surgió otro chico, no tan alto como el primero, que llevaba un maletín en cada mano. Los depositó en el

suelo y se volvió para recoger un tercer bulto. Jorgina y Tim se lanzaron sobre ellos entre gritos de alegría.

—¡Julián! ¡Dick! ¡Ana! Vuestro tren traía retraso. ¡Creímos que no llegabais nunca!…

—¡Hola, Jorge! Aquí estamos por fin. ¡Abajo, Tim! ¡Vas a devorarme!

—¡Hola, Jorge! Tim, querido, ¡sigues tan cariñoso como siempre!

—¡Guau! —respondió Tim alegremente. Y empezó a dar vueltas como un loco, obstruyendo el paso a todo el mundo.

—¿No habéis traído más equipaje? ¿Sólo estas tres maletas? —preguntó Jorgina.

—Es que venimos para poco tiempo. Sólo nos quedan quince días. ¡Mala suerte! —explicó Dick—. Pero mejor es eso que nada.

—No debíais haberos marchado a Francia durante seis semanas —dijo Jorgina un poco celosa—. ¡Ya debéis de ser medio franceses!

Dick se echó a reír, movió las manos en el aire y soltó una retahíla de frases en francés, que a Jorgina le parecieron un galimatías. Ella no estaba muy fuerte en aquel idioma.

—¡Cállate de una vez! —exclamó dándole un golpecito amistoso —. Sigues tan idiota como siempre. ¡Oh, cuánto me alegro de que hayáis venido! Kirrin sin vosotros me parece solitario y aburrido.

Acudió un mozo con una carretilla y Dick se volvió hacia él. Gesticulando mucho, le habló en un fluido francés. Pero el mozo conocía muy bien a Dick.

—Continúa —comentó riendo—, continúa con tus cuentos chinos. ¿Queréis que lleve vuestro equipaje a «Villa Kirrin»?

—Sí, por favor —respondió Ana—. Calla ya, Dick. Terminas cansándole a uno cuando sigues tanto rato con la misma broma.

—Déjalo —intervino Jorgina, y se cogió del brazo de Ana y de Dick—. Es maravilloso que estéis aquí de nuevo. Mi madre tiene muchas ganas de volveros a ver a todos.

—Seguramente el tío Quintín no lo desea tanto —comentó Julián, mientras cruzaba el andén con Tim brincando a su alrededor.

—Papá está de muy buen humor —explicó Jorgina—. Ya sabéis que estuvo en América con mamá. Allí dio varias conferencias y oyó

las que daban otros científicos. Mi madre dice que todo el mundo le hacía mucho caso y esto, como es natural, le agradaba.

El padre de Jorgina era un científico de categoría, conocido en el mundo entero. Pero en casa se volvía un hombre difícil, impaciente, de carácter violento y olvidadizo. Los niños le querían, aunque lo miraban con mucho respeto. Todos suspiraban con alivio cuando se marchaba por algunos días. Entonces podían hacer tanto ruido como quisieran, subir y bajar a todo correr por las escaleras, gastarse bromas tontas y hacer tantas locuras como se les pasaran por la cabeza.

—¿Tío Quintín permanecerá en casa todo el tiempo que estemos nosotros? —preguntó Ana.

Temía bastante el mal genio de su tío.

—No —contestó Jorgina—, papá y mamá se van a España. Así es que estaremos a nuestras anchas.

—¡Fantástico! —exclamó Dick—. Podremos pasarnos todo el día en traje de baño si nos apetece.

—Y Tim podrá quedarse con nosotros a las horas de las comidas sin que lo echen fuera al menor movimiento —añadió Jorgina—. Lo han obligado a salir a cada comida durante toda la semana, sólo porque cazaba las moscas que pasaban delante de él. Mi padre se pone furioso cuando Tim atrapa una mosca.

—¡Qué vergüenza! —comentó Ana, acariciando el peludo lomo del perro—. Podrás atrapar todas las moscas que te plazca, Tim, cuando estemos a solas —le prometió.

—¡Guau! —ladró Tim, agradecido.

—En estas vacaciones no nos va a quedar tiempo suficiente para aventuras —dijo Dick en tono de lamentación, mientras se dirigían hacia «Villa Kirrin». Rojas amapolas salpicaban el borde del camino y, a lo lejos, se veía relucir el mar, tan azul como las flores de los cardos—. ¡Sólo dos semanas y después tendremos que regresar a la escuela! Esperemos que el tiempo sea bueno. Quiero bañarme seis veces por día, como mínimo.

Pronto se encontraron todos en «Villa Kirrin», sentados alrededor de la mesa en que había sido preparada la merienda. La tía Fanny les presentó grandes bandejas de bizcochos y pasteles. Se alegraba de ver de nuevo a sus sobrinos.

—Ahora Jorge se sentirá feliz por completo —dijo mirando complacida a los cuatro niños hambrientos—. Durante estas últimas semanas ha rondado por aquí como un oso melancólico. ¿Quieres otro pastel, Dick? Anda, coge dos de una vez.

—Me parece una buena idea —asintió Dick, y se apresuró a llevarla a la práctica—. Nadie hace las pastas y los pasteles tan buenos como tú, tía Fanny. ¿Dónde está el tío Quintín?

—En su laboratorio —respondió la tía—. Sabe que es la hora de la merienda y ha oído la campana, pero debe de estar ocupado en algún asunto importante y no puede dejarlo. Iré a ver si consigo traerlo. Creo que se pasaría el día sin comer si yo no fuera a buscarle y le arrastrara hasta el comedor.

—¡Ya viene! —anunció Julián, al oír los nerviosos pasos, tan conocidos, que se aproximaban desde el vestíbulo hacia el comedor. Se abrió la puerta y el tío Quintín apareció en ella. Se quedó allí plantado. Traía en la mano un periódico y venía refunfuñando. Parecía no advertir la presencia de los niños.

—¡Mira, Fanny! —gritó—. Mira lo que dice el periódico. Justo lo que les ordené que no pusieran en él. ¡Zopencos! ¡Idiotas! ¡Hatajo de…!

—Quintín, ¿qué ocurre? —preguntó su esposa—. ¡Mira, han llegado los niños ahora mismo!

Pero tío Quintín no veía a ninguno de los cuatro. Siguió contemplando con feroz expresión el periódico mientras lo golpeaba con la mano.

—¡Ahora nos veremos invadidos por una nube de periodistas que pretenderán entrevistarme y enterarse de todo respecto a mis nuevas ideas! —dijo elevando cada vez más la voz—. ¡Mira lo que dicen!: «Este científico eminente realiza todos sus experimentos y los trabajos en que aplica sus nuevas ideas en su propia casa, 'Villa Kirrin'. Allí se encuentran apilados sus libros de notas, a los que ahora se suman dos más, fruto de su visita a América, y allí, en su casa, se encuentran también sus asombrosos diagramas…». Y sigue una retahíla de cosas por el estilo… Ya te lo digo, Fanny, tendremos verdaderas manadas de reporteros por aquí.

—No te preocupes, querido —le tranquilizó su esposa—. Además, nos vamos pronto a España. Siéntate y merienda. Y dales

la bienvenida a Julián, Ana y Dick.

Tío Quintín se sentó gruñendo todavía.

—No sabía que iban a venir —y extendió la mano para coger una pasta—. ¡Debías de habérmelo dicho, Fanny!

—Ya te lo dije tres veces ayer y dos hoy —dijo su esposa.

Ana apretó cariñosamente el brazo de su tío.

—Eres el mismo de siempre, tío Quintín, nunca te acuerdas de que vamos a venir. ¿Quieres que nos marchemos?

Su tío la miró y sonrió. Su mal genio nunca duraba mucho. Sonrió asimismo a Julián y a Dick.

—Bueno, ya volvéis a estar aquí —dijo—. ¿Creéis que podéis vigilar todo esto mientras yo permanezca fuera con vuestra tía?

—¡Claro que sí! —respondieron los tres a la vez.

—¡Mantendremos a todo el mundo a raya! —afirmó Julián—. Con la ayuda de Tim, naturalmente. Pondré un cartel que diga: «Cuidado, perro muy fiero».

—¡Guau! —asintió Tim con gran gozo. Y golpeó el suelo con su cola. Pasó una mosca junto a su nariz y la atrapó. Tío Quintín frunció el ceño.

—¿Quieres otra pasta, papá? —preguntó Jorgina precipitadamente a fin de desviar su atención—. ¿Cuándo os vais a España mamá y tú?

—Mañana —respondió su madre con firmeza—. No me mires así, Quintín. Sabes muy bien que esta cuestión quedó solucionada hace varias semanas. Tú necesitas unas vacaciones y, si no nos vamos mañana, todo lo que hemos planeado se echará a perder.

—Debías haberme advertido que era mañana —dijo su marido, que aparentaba un gran enfado—. Bueno… es que debo revisar y guardar todos mis cuadernos de notas y…

—Quintín, te he repetido montones de veces que nos íbamos el tres de septiembre —insistió su esposa en tono aún más firme—. Yo también deseo estas vacaciones. Los cuatro niños se las arreglarán muy bien aquí, con Tim. Además, le gusta estar solos. Julián tiene ya dieciséis años y puede hacerse responsable de cualquier cosa que sobrevenga.

Tim intentó por dos veces atrapar una mosca y el tío Quintín se puso en pie de un salto.

—Si este perro vuelve a hacer algo semejante… —empezó a decir, pero su esposa, le interrumpió en seguida.

—Ya lo ves, estás nervioso e irritable, querido Quintín. Te hará un gran bien el apartarte de tu trabajo, y los niños disfrutarán de dos hermosas semanas a sus anchas. No puede ocurrir nada. Así, pues, decídete a emprender mañana el viaje alegremente.

¿No podía pasar nada? Tía Fanny se equivocaba, claro está. Cualquier cosa podía pasar cuando los Cinco campaban por sus respetos.

Capítulo 2

Reunión en la playa

Al día siguiente resultó bastante difícil conseguir que el tío Quintín se determinara a marchar. Permaneció encerrado en su cuarto de trabajo hasta el último momento, clasificando sus preciosos cuadernos de notas. El taxi que habían pedido llegó e hizo sonar la bocina. Se había detenido delante de la verja. Tía Fanny, que aguardaba ya hacía tiempo, llamó a la puerta del despacho.

—¡Quintín! ¡Abre la puerta! Debemos salir inmediatamente. Perderemos el avión si no nos vamos ahora.

—¡Sólo un minuto! —contestó su esposo.

Tía Fanny miró a los cuatro niños con cara de desesperación.

—Es la cuarta vez que contesta «¡Sólo un minuto!» —comentó Jorgina.

En aquel momento sonó el teléfono y ella descolgó el receptor.

—Sí —contestó—. No, me temo que no va a ser posible. Ha salido para España y nadie conoce su dirección durante las dos semanas próximas. ¿De qué se trata? Aguarde un momento, se lo preguntaré a mi madre.

—¿Quién es? —preguntó ésta.

—Del periódico Clairon —repuso Jorgina—. Quieren mandar un reportero para hacerle una entrevista a papá. Les he dicho que se iba a España y preguntan si pueden publicar esa noticia.

—¡Claro que sí! —asintió su madre, con alivio—. Cuando se publique en el periódico, nadie llamará ni os molestará. Di que sí, Jorge.

Así lo hizo Jorgina. Volvió a sonar el claxon del taxi con más

estruendo que antes y Tim comenzó a ladrar como un loco en respuesta. De repente, se abrió la puerta del despacho y apareció tío Quintín enfurecido.

—¿Por qué no puedo disfrutar de un poco de paz y tranquilidad mientras trabajo en cosas importantes? —empezó a decir.

Su esposa se lanzó en el acto sobre él y lo arrastró escaleras abajo, hacia la entrada. Le colocó el sombrero en una mano y le hubiese puesto en la otra el bastón de no ser porque llevaba una pesada carpeta llena de documentos.

—No estás haciendo ningún trabajo importante. ¡Te vas de vacaciones! —le dijo ella—. ¡Oh, Quintín, estás peor que nunca! ¿Qué es esta carpeta que traes en la mano? ¿No pensarás llevarte trabajo?

El taxi volvió a emitir un aviso y Tim ladró a espaldas del tío Quintín, que, sobresaltado, dio un violento respingo. Al mismo tiempo el teléfono sonó de nuevo.

—Debe de ser otro periodista que quiere venir a verte, papá —dijo Jorgina—. Mejor será que te des prisa.

Nadie supo si Jorgina estaba en lo cierto y si fueron sus palabras las que lograron que, por fin, el tío Quintín se apresurara. En dos segundos estuvo en el taxi, sujetando con fuerza su carpeta y comunicando al taxista lo que pensaba acerca de la gente que armaba escándalo tocando la bocina.

—¡Adiós, niños! —gritó tía Panny con satisfacción.

El taxi desapareció en una curva del camino.

—¡Pobre mamá! —exclamó Jorgina—. Siempre le ocurre lo mismo cuando se van de vacaciones. Bueno, por lo menos estoy segura de una cosa: nunca me casaré con un científico.

Todos respiraron con alivio al pensar que tío Quintín se había marchado. Cuando se hallaba fatigado por el exceso de trabajo, se ponía insoportable.

Sin embargo, se debe excusar a una persona inteligente —dijo Julián—. Cuando nuestro profesor de Ciencias habla de él, lo hace con tanta reverencia que casi mi deja sin aliento. Lo peor del caso es que se le ha metido en la cabeza la idea de que yo debo ser un alumno brillante por fuerza, sólo porque tengo un tío que es un brillante sabio.

—Sí, a veces complica las cosas el tener parientes tan ilustres —confirmó Dick—. Bien, ya estamos a nuestras anchas. Cierto que se ha quedado Juana, pero no importa. ¡Es una buena mujer! Me juego lo que queráis a que nos va a dar comidas aplastantes.

—Vayamos a ver si tiene algo para darnos ahora dijo Jorgina. —Siento bastante apetito.

—También yo —aseguró Dick.

Atravesaron la entrada y se dirigieron a la cocina, llamando a Juana.

—Bueno, no es necesario que me digáis a qué venís —comentó Juana, que era una cocinera amable y sonriente—. Y tampoco es necesario que os conteste que la despensa está cerrada con llave.

—¡Oh, Juana, vaya una faena! —protestó Dick, e intentó abrir la puerta de la despensa. Pero, en efecto, estaba cerrada.

—Sea faena o no, es lo único que se puede hacer cuando los cuatro rondáis por aquí. ¡Y no hablemos de ese perrazo siempre hambriento! —dijo Juana, que estaba amasando con vigor—. Durante las vacaciones anteriores, una tarde que salí de paseo dejé en las estanterías de la despensa un pastel de carne, un pedazo de lengua y una tartaleta de cerezas, y, cuando regresé, me encontré sin nada de todo eso.

—¡Pensamos que lo había dejado para nuestra cena! —adujo Julián, que parecía muy ofendido.

—Está bien, pero no os volveré a dar ocasión de que penséis lo mismo otra vez —aseguró Juana con firmeza— la puerta de la despensa permanecerá siempre cerrada. Quizá la abra de vez en cuando y os proporcione algún piscolabis. Pero seré yo, no vosotros.

Los cuatro salieron de la cocina muy desilusionados. Tim les pisaba los talones.

—Vayamos a bañarnos —propuso Dick—. Si he de darme seis baños diarios, mejor será que me apresure y tome el primero.

—Cogeré algunas ciruelas maduras en la huerta y nos las llevaremos a la playa —dijo Ana—. Y espero que encontremos al hombre de los helados. Así no nos moriremos de hambre.

Al poco rato habían llegado ya a la playa y se habían puesto los trajes de baño, que los chicos llevaban en las bolsas. Sus cuerpos aparecían tan morenos como sus caras. Localizaron un lugar que les

pareció agradable y excavaron en la arena confortables hoyos en los que se acomodaron. Tim también se preparó el suyo.

—No alcanzo a comprender por qué Tim se molesta en excavar su hoyo —comentó Jorgina—. Siempre acaba deslizándose en el mío, más pronto o más tarde. ¿No es cierto, Tim?

El perro meneó la cola y se puso a excavar con tal violencia con sus patas, que la arena levantada los salpicó a todos.

—¡Qué asco! —exclamó Ana escupiendo la arena que se le había introducido en la boca—. ¡Estate quieto, Tim! En cuanto consigo ahondar un poco, tú vuelves a rellenarme el hueco.

Tim se detuvo un momento para lamer a su dueña y luego se dedicó de nuevo a su tarea. Consiguió hacer un hoyo muy grande. Se acostó en él, con la respiración jadeante y la boca entreabierta. Parecía sonreír.

—¡Está sonriendo! —exclamó Ana—. No he conocido ningún perro que sonría como Tim. Tim, es magnífico volver a tenerte a mi lado.

—¡Guau! —contestó Tim con educación, como si pretendiera asegurarle que él también se sentía satisfecho de tener junto a sí de nuevo a Ana y a los demás. Movió la cola y envió una lluvia de arena sobre Dick.

Todos se arrellanaron cómodamente en sus hoyos tibios y blandos.

—Primero nos comeremos las ciruelas y luego nos bañaremos —dijo Dick—. Tírame una, Ana.

Dos personas se acercaban con lentitud por la playa. Dick las observó con los ojos entornados. Eran un muchacho y un hombre. El muchacho semejaba un pillete. Llevaba pantalones cortos, sucios y rotos, un jersey deshilachado e iba descalzo.

El hombre presentaba aún peor aspecto, y bajó la cabeza al aproximarse a ellos. Cojeaba de un pie. Tenía un bigote descuidado y sus menudos ojos, malvados e inteligentes, rastreaban la playa de arriba abajo. Los dos caminaban por el borde superior hasta donde llegaba el mar en la marea alta y era evidente que buscaban cualquier cosa que el agua hubiese arrastrado hasta allí. El niño había recogido ya una vieja caja, un zapato mojado y algunos trozos de madera, que transportaba bajo el brazo.

—¡Qué pareja! —dijo Dick a Julián—. Espero que no se nos acerquen. Desde aquí me parece oler la peste que echan.

Los dos continuaron hasta el extremo de la playa y luego volvieron hacia atrás. Después, ante el horror de los niños, se sentaron en la arena junto a ellos, Tim gruñó.

Al punto un olor raro, nauseabundo, alcanzó las narices de los niños. ¡Qué asco! Tim gruñó de nuevo. El niño no advirtió el gruñido del perro, pero el hombre pareció molesto.

—¡Venid, vamos a bañarnos! —dijo Julián, indignado porque los otros dos se hubieran sentado tan cerca.

La playa estaba desierta. Hubieran podido escoger cualquier otro lugar. ¿Por qué tenían que escogerlo tan cerca de otras personas?

Cuando salieron del baño, el hombre se había marchado ya. Sin embargo, el niño seguía allí y se había sentado en el hoyo de Jorgina.

—¿Qué haces aquí? ¡Vete! —exclamó la niña, furiosa. Tenía un carácter muy violento—. Éste es mi hoyo y tú lo sabes muy bien.

—El que va a Sevilla pierde su silla —dijo el niño, con una extraña voz aflautada—. Ahora el agujero es mío.

Jorgina se inclinó y empujó bruscamente al muchacho fuera de su hoyo. Éste se levantó y apretó los puños. Jorgina le imitó, aprestándose a la lucha.

Dick se aproximó corriendo.

—Jorge, si hay que pelear, ya lo haré yo por ti. —Y se volvió hacia el enfurecido muchacho—. ¡Lárgate! ¡No te queremos aquí!

De modo inesperado, el chico lanzó hacia delante su puño derecho y alcanzó al desprevenido Dick en plena mandíbula. Sorprendido, éste pegó a su vez e hizo salir volando al desgreñado muchacho.

—¡Ah, cobarde! —profirió el chiquillo llevándose la mano a su dolorida barbilla—. ¡Pegas a uno que es más pequeño que tú! Lucharé con el primero, pero no quiero luchar contigo.

—Imposible. Es una niña y las niñas no deben luchar.

—¿Por qué no? —preguntó el sucio pillete, poniéndose en pie y preparando de nuevo sus puños—. Yo también soy una niña. Así es que puedo luchar con ella.

Jorgina y la desarrapada muchachilla permanecieron la una

frente a la otra en posición amenazadora, con los puños apretados. Se parecían extrañamente. Ambas tenían el pelo corto y rizado, la cara cubierta de pecas y feroz la expresión. Julián, que las miraba, soltó una carcajada y las separó con firmeza.

—¡Prohibido luchar! —dijo, y se volvió hacia el pillete—. ¡Lárgate! —le ordenó—. ¿Me oyes? Sigue adelante, ¡despeja!

La niña que parecía un gitano le contempló con fijeza por un instante. De repente, estalló en agudos sollozos y huyó gritando.

—Sí que es una niña —comentó Dick, que sonreía al oír sus aullidos—. Sin embargo, es valiente, puesto que se ha enfrentado conmigo. Bien, no volveremos a verla más.

Pero se equivocaba. Pronto volverían a tropezar con ella.

Capítulo 3

Una cara en la ventana

Los Cinco se acomodaron de nuevo en sus hoyos. Dick sentía un ligero dolor en la mandíbula.

—Esa chica me ha dado un buen puñetazo —comentó en un tono de voz ligeramente admirativo— ¡es un diablillo! ¡Una centella!

—No sé por qué Julián no me ha permitido que luchara con ella —exclamó Jorgina, enfurruñada—. Se había sentado en mi hoyo, quería molestarme. ¿Cómo se ha atrevido?

—Las niñas no deben pelear —aseguró Dick—. No seas tonta, Jorge, ya sé que eres capaz de pelear como un chico, que vistes como un chico y que te subes a los árboles tan bien como yo, pero ya es hora de que vayas dejando de pensar que eres como un muchacho.

Este discurso no gustó a Jorgina en absoluto.

—De todas formas, yo no empiezo a aullar cuando se me pega —exclamó, volviendo la espalda a Dick.

—Es verdad, no lo haces —concedió Dick—. Posees tanto valor como cualquier muchacho y mucho más que el que ha demostrado esa chicuela. Ahora me pesa el haberla hecho volar por los aires. Es la primera vez que pego a una niña y espero que sea la última.

—Pues yo me alegro de que le hayas pegado —dijo Jorgina—. Es un bicho malo. Si vuelvo a encontrarla, expondré bien claro lo que pienso de ella.

—No, no harás nada de eso —rechazó Dick—. Al menos si yo estoy presente. Ya recibió su merecido cuando la hice caer.

—¡No riñáis más vosotros dos! —exclamó Ana, y les tiró una palada de arena por encima—. Jorge, procura dominar tu mal humor. No debemos desperdiciar ni un día de las dos semanas que nos quedan.

—¡Mirad! Por allí viene el hombre de los helados —interrumpió Julián sentándose y palpando el bolsillo impermeable de su bolsa de baño—. Nos tomaremos uno cada uno.

—¡Guau! —asintió Tim con alegría, y golpeó la arena con su cola.

—Sí, está bien, tú también tendrás el tuyo —dijo Dick—. Aunque no entiendo qué sentido tiene el dártelo. Lo lames una vez, le das un sorbetón y el helado ha desaparecido. Igual podría ser una mosca, para lo que tú lo saboreas.

Tim engulló su helado y luego se dirigió al hoyo de Jorgina, revolviéndose junto a ella e intentado que la niña le permitiera lamer el suyo. Pero ella se apartó.

—No, Tim, tú no aprovechas los helados. No quiero que lamas el mío. Vete; me das mucho calor.

Tim, con muy buenos modales, abandonó el hoyo de Jorgina para encaminarse al de Ana. Esta le dio un poco de su helado. El perro se sentó junto a ella, jadeando y mirando con envidia la parte que la niña tenía aún en la mano.

—Se me derrite por causa del calor de tu aliento —dijo Ana—. Vete ahora al hoyo de Julián.

Los Cinco se sentían invadidos por un agradable sopor. Como ninguno llevaba reloj, volvieron a casa demasiado pronto, mucho antes de la hora de la comida. Juana los echó de nuevo.

—¿Por qué venís a las once y diez si la hora de la comida es a la una? ¡No lo entiendo! —gritó—. Ni siquiera he acabado de arreglar la casa.

—Es que nos pareció que ya era la una —respondió Ana, descorazonada ante la idea de tener que esperar tanto.

Sin embargo, cuando llegó la hora de la comida, Juana demostró que se había lucido.

—Jamón frío y lengua a la escarlata, alubias frías de acompañamiento, remolacha, lechuga bien fresca, recién cogida del huerto, gran cantidad de tomate, pepinos y huevos duros —iba

enumerando Ana, regocijada.

—Justo lo que a mí me gusta —repuso Dick—. ¿Qué hay de postre?

—Mira, aquí está, a un lado —contestó Ana—. Requesón, ensalada de frutas frescas y mermelada. Me alegro de sentirme tan hambrienta.

—No deis a Tim nada de jamón ni de lengua —les advirtió Juana—. Tengo para él un hermoso hueso. ¿Vienes conmigo, Tim?

Tim conocía bien la palabra «hueso». Salió presuroso detrás de Juana. Se oyeron resonar sus patas en la entrada y, después, la voz de Juana le hablaba con cariño al ofrecerle su comida.

—¡Qué buena es Juana! —comentó Dick—. Hace como Tim: ladra mucho, pero nunca muerde.

—Sin embargo, Tim también sabe morder —repuso Jorgina—. Y nos ha proporcionado más de una vez una ayuda muy útil con sus mordiscos.

Comieron en silencio. Pensaban en las espeluznantes aventuras que habían corrido juntos y en las que, en verdad, la defensa de Tim les había resultado preciosa. Al poco tiempo, el perro regresó relamiéndose.

—Ya no queda nada para ti, viejo —dijo Dick, mirando los platos vacíos—. No vas a decirme que ya te has tragado tu hueso…

Pero Tim ya se lo había engullido. Se tendió debajo de la mesa y apoyó el hocico en sus patas. Se sentía feliz. Había comido bien y estaba con las personas que más quería. Acercó la cabeza a los pies de su ama.

—Tus bigotes me hacen cosquillas —dijo la niña, y apartó sus descalzos pies—. ¡Que alguien me pase el tomate!

—No puedes comer más tomates —protestó Ana—. Ya has comido cinco.

—Son de mi propio huerto —repuso Jorgina—: así es que puedo comer los que quiera.

Después del almuerzo bajaron de nuevo a la playa y se tendieron perezosamente, esperando la hora de poderse bañar de nuevo. Era un día feliz para todos, cálido, soñoliento y divertido. Además se sentían libres para vagabundear o hacer lo que quisieran.

Jorgina buscaba con los ojos a la pilluela que habían visto por la

mañana. No obstante, no apareció por ningún lado. Lo lamentaba un poco. Le hubiera gustado tener con ella una buena riña, aunque sólo fuera de palabras.

Aquélla noche, cuando fueron a acostarse, todos se sentían un poco cansados. Al entrar Juana con un jarro de chocolate caliente y un plato de galletas, Julián bostezaba tan ruidosamente que ella se ofreció a cerrar las puertas de la casa en su lugar.

—¡Oh, no! Muchas gracias, Juana —contestó Julián con firmeza —. El cerrar las puertas de la casa por la noche es ocupación de hombres. Confíe usted en mí. Comprobaré si está todo bien cerrado.

—De acuerdo, señorito Julián —y se fue a dar cuerda al reloj de la cocina.

Luego apagó el fuego y se marchó a la cama. Los niños también subieron, con Tim, como siempre, pisando los talones a Jorgina. Sólo se quedó Julián con objeto de cerrarlo todo.

Era un muchacho con un gran sentido de la responsabilidad. Juana sabía que no dejaría de revisar ni una ventana. Oyó que estaba intentando cerrar la ventanita de la despensa y le llamó.

—¡Señorito Julián! Esa ventana está descentrada o no sé qué le pasa. No se puede cerrar bien. No se preocupe, es demasiado pequeña para que nadie pase por ella.

—Bueno, la dejaré —asintió Julián, y subió a su dormitorio.

Volvió a dejar escapar un ruidoso bostezo, contagiando a Dick al entrar en el dormitorio que ambos compartían. Las niñas, que se estaban desnudando en la habitación vecina, se reían al oírlos.

—Dentro de un rato no seríais capaces de oír nada si alguien intentara un asalto. Dormís como troncos —les gritó Ana.

—Ya se queda Tim al acecho de los que pudieran asaltarnos —repuso Julián mientras se lavaba los dientes—. Eso es trabajo suyo, no mío, ¿verdad, Tim?

—¡Guau! —repuso Tim, y saltó sobre la cama de Jorgina.

Siempre dormía hecho un ovillo junto a las rodillas de la niña. La madre de ésta había desistido ya en su intento de que no tuviera al perro en la cama por las noches. Como decía Jorgina, aunque ella lo hubiese consentido, el perro se hubiese negado rotundamente.

Nadie pudo resistir despierto más de cinco segundos, ni nadie pronunció una palabra más, a no ser un soñoliento «Buenas noches». Tim profirió un ligero gruñido y se instaló colocando su cabeza sobre los pies de Jorgina. Pesaba bastante. Sin embargo, ese peso le resultaba reconfortante a la niña. Sacó una mano de entre las sábanas y propinó a Tim un golpecito amistoso. Él le lamió los pies a través de la ropa. Amaba a Jorgina más que a nadie en el mundo.

La oscuridad era reina absoluta de la noche. Espesas nubes iban cubriendo el cielo y ocultaban todas las estrellas. El profundo silencio tan sólo se veía quebrantado por el rumor del viento entre los árboles, y, a lo lejos, el susurro del mar embravecido. Ambos sonidos se parecían tanto que se hacía difícil distinguir el uno del otro.

No se oía nada más, ni siquiera el ulular de un búho llamando a su compañero, ni el ruido del erizo golpeando rítmicamente en su galería.

En ese caso, ¿por qué se había despertado Tim? ¿Por qué abrió primero un ojo y luego el otro? ¿Por qué enderezó las orejas y se mantuvo quieto, vigilante? Al principio no se molestó en alzar la cabeza. Siguió tumbado, en atenta escucha.

Al fin, enderezó la cabeza con precaución. Se deslizó de la cama en silencio, con movimientos más propios de un gato. Atravesó la habitación y salió por la puerta. Bajó las escaleras y se dirigió al vestíbulo, donde sus patas resonaron sobre el pavimento enlosado. Pero nadie le oyó. Todos los habitantes de la casa se hallaban sumidos en el más profundo de los sueños.

Tim se detuvo y de nuevo prestó atención. Algo extraño llegaba a su oído. ¿Podía haber sido un ratón? Tim levantó el hocico y olfateó el aire.

De pronto, todo él pareció volverse olfato y se quedó como petrificado. Algo estaba gateando por la pared exterior de la casa. Se encaramaba, se encaramaba, se encaramaba… Crujía, murmuraba. ¿Sería capaz un ratón de hacer aquello?

Arriba, en su cama, Ana se despertó de súbito. Sintió sed y pensó en bajar a la cocina a beber un vaso de agua. Buscó su linterna y la encendió.

La luz fue a caer primero sobre la ventana, descubriendo algo que causó a la niña un tremendo espanto. Gritó con fuerza y, en su terror, soltó la linterna. Jorgina se despertó sobresaltada. Tim subió las escaleras como un rayo.

—¡Julián! —llamó Ana con una voz que parecía un quejido—. Ven en seguida. He visto un rostro en la ventana, un rostro horrible, espantoso, que me miraba.

Jorgina corrió hacia la ventana, encendiendo su linterna. Allí no había nadie. Tim la acompañó, olfateó hacia la ventana abierta y gruñó con fuerza.

—Escuchad, oigo que alguien huye por el camino —dijo Julián, que había comparecido con Dick en el dormitorio de las niñas—. ¡Vamos, Tim, bajemos juntos y persigámosle!

Descendieron todos, incluso Ana. Abrieron la puerta principal y Tim salió corriendo velozmente, ladrando muy alto.

¿Un rostro en la ventana? Pronto descubrirían a quién pertenecía.

Capítulo 4

Al día siguiente

Los cuatro niños permanecieron inmóviles escuchando los furiosos ladridos de Tim. Ana temblaba y Julián pasó un brazo sobre sus hombros en un ademán de protección.

—¿Qué aspecto tenía ese horrible rostro? —le preguntó.

Ana seguía temblando bajo el refugio de los brazos.

—No lo vi bien —dijo—. Acababa de encender la linterna y el rayo de luz cayó sobre la ventana e iluminó aquella cara durante un segundo. Sus ojos eran crueles y relucían. Todo lo demás estaba demasiado oscuro. ¡Quizás era el rostro de un negro! ¡Oh, qué miedo he pasado!

—¿Y luego desapareció? —continuó interrogándola Julián.

—No sé —repuso Ana—. Estaba tan asustada, que la linterna se me cayó de las manos y se apagó. Entonces Jorge se despertó y fue corriendo hacia la ventana.

—¿Dónde estaba Tim mientras tanto? —preguntó Dick, que se había dado cuenta de repente de lo extraño que resultaba el hecho de que el perro no se hubiera despertado ladrando. Por fuerza tenía que haber oído al poseedor del rostro encaramarse hasta la ventana.

—No sé. Entró corriendo en el dormitorio cuando yo me puse a gritar —explicó Ana—. Puede que hubiese oído ruido y hubiese bajado para ver de qué se trataba.

—Así debió de ocurrir —corroboró Julián—. Bien. No te preocupes, Ana. Sin duda, fue algún vagabundo. Encontró cerradas todas las ventanas y puertas de la planta baja y se encaramó por la hiedra intentando entrar por la ventana de uno de los dormitorios.

Tim le alcanzará seguramente.

Pero Tim no lo alcanzó. Regresó al cabo de un rato con el rabo entre piernas y una mirada de interrogación en los ojos.

—¿No pudiste hallarle, Tim? —preguntó Jorgina con angustia.

—¡Guau! —contestó Tim, y su rabo seguía tristemente abatido. Jorgina palpó su lomo. Estaba empapado por completo.

—¡Cielo santo! ¿Dónde te has metido para mojarte de esta manera? —preguntó extrañada—. Compruébalo, Dick.

Dick lo tocó y lo mismo hicieron los otros.

—Se ha metido en el mar —comentó Julián—. Por eso está tan mojado. Seguramente el vagabundo, o lo que fuera, huiría hasta la playa cuando advirtió que Tim lo perseguía y habrá saltado a alguna barca. Ésta era su única oportunidad de escapar.

—Y Tim le habrá seguido hasta que no ha podido más —dijo Jorgina—. ¡Mi podre Tim! ¿Se te ha escapado?

Tim meneó un poco la cola. Parecía muy descorazonado. Pensar que había oído ruido y había imaginado que lo producía un ratón, y, encima, fuera lo que fuere, se le había escapado. Tim se sentía avergonzado.

Julián cerró la puerta de entrada y corrió el cerrojo.

—No creo que el propietario del rostro regrese de momento —manifestó—. Ahora ya sabe que aquí hay un perro grande y no se atreverá a acercarse. No creo que debamos preocuparnos más.

Regresaron a sus respectivas camas. Julián se mantuvo despierto un rato. A pesar de lo que había dicho a los demás, él se sentía preocupado. Le dolía que Ana se hubiese llevado aquel susto y le inquietaba el gran atrevimiento del vagabundo al encaramarse hasta el piso superior. Debía estar muy resuelto a penetrar en la casa.

Juana, la cocinera, no se había despertado a pesar de todo el jaleo. Julián se negó a avisarla.

—No —dijo—. No le contaremos nada de lo ocurrido. En cuanto se enterase, se empeñaría en mandar un telegrama a los tíos o actuar de alguna manera.

Así, pues, Juana no tuvo el menor atisbo de los acontecimientos de la noche, y a la mañana siguiente la oyeron canturrear en su cocina, mientras freía huevos, tocino y tomates para el desayuno de

los niños.

Ana, al despertarse, se sintió avergonzada cuando recordó todo el alboroto que había organizado. No se sentía muy segura de no haberlo soñado. Preguntó a Julián si él no creía que aquello podía haber sido una pesadilla.

—Es posible —respondió Julián alegremente, contento de que la niña lo sospechara así—. ¡Es muy probable! Yo en tu lugar, no pensaría más en ello.

No dijo a Ana que había estado examinando la espesa hiedra que cubría la pared hasta la ventana y que había hallado rastros evidentes de que alguien se había encaramado por ella. Una parte de la robusta y frondosa planta trepadora se había desprendido de la pared, y debajo de la ventana encontró varias hojas y ramitas desgajadas. Julián se las había mostrado a Dick.

—Ana tenía razón —dijo—. Alguien ha subido por aquí esta noche. Se necesita agilidad para trepar así hasta la ventana. ¡Tuvo que ser un verdadero escalador!

Por el jardín, en cambio, no descubrieron la menor huella. Julián no esperaba encontrarlas porque la tierra aparecía seca y endurecida.

El día era espléndido y caluroso.

—Yo opino que podríamos hacer lo mismo que ayer: ir a la playa y bañarnos —propuso Dick—. Nos llevaremos la comida, si Juana quiere preparárnosla.

—Yo le ayudaré —dijo Jorgina.

Y ella y Ana entraron a pedir a la cocinera que les preparara bocadillos y bollos. Pronto estuvieron ocupadas en empaquetar un almuerzo colosal.

—Creo que hemos preparado comida suficiente para doce —comentó Juana riéndose—. Os pondré también una botella de limonada casera. Además, podéis llevaros todas las ciruelas maduras que deseéis. Así no tendré que molestarme en preparar cena para esta noche. No vais a necesitarla si os coméis todo esto.

Jorgina y Ana la miraron alarmadas. ¡Sin cena! Pero vieron un guiño malicioso en los ojos de la cocinera y se echaron a reír.

—Dejaremos las camas hechas y nuestras habitaciones arregladas —dijo Ana—. ¿Necesita usted algo del pueblo?

—No, hoy no. Haced vuestro trabajo y marchaos a la playa en seguida —respondió Juana—. Me sentiré feliz de disfrutar un día tranquilo sin nadie que me moleste. Lo aprovecharé para ordenar la despensa de arriba abajo y los armarios de la entrada y limpiar a fondo la cocina.

Ana parecía haber olvidado por completo su miedo de la pasada noche cuando se encaminaron a la playa. Todos charlaban y reían a la vez. Incluso aunque se hubiese acordado de ello, pronto un nuevo acontecimiento borraría de su mente todo lo demás. ¡La andrajosa muchachilla del día anterior se encontraba de nuevo en la playa! Esta vez estaba sola. Aquél viejo espantoso, que quizá fuera su padre, no aparecía con ella. Jorgina fue la primera en descubrir a la niña y se enfurruñó. Julián vio el ceño fruncido de su prima y siguió su mirada. En el acto tomó una decisión. Con firmeza, condujo a sus compañeros hacia unas rocas que dominaban la playa, rodeadas por charcos de agua.

—Nos quedaremos aquí hoy —indicó—. Hace tanto calor, que la sombra de las rocas nos resultará agradable. ¿Qué os parece aquí mismo?

—Está bien —replicó su prima, medio molesta, medio divertida, por la seguridad con que Julián ordenaba las cosas—. No te preocupes, no pienso tener más tratos con esa niña pillete.

—Me alegra oírte eso —contestó Julián.

Habían doblado una esquina y ya no podían ser vistos por la niña. Las grandes rocas ascendían sobre sus cabezas y los rodeaban por todas partes. Julián se sentó en un hermoso rincón en que las rocas les protegían del sol y del viento.

—Leamos un poco antes de bañarnos —dijo Dick—. He traído una novela policíaca y quiero adivinar quién es el criminal.

Se instaló con toda comodidad. Ana se acercó a uno de los charcos para buscar anémonas marinas. La encantaban aquellos animalitos que tenían una especie de pétalos y parecían plantas sin serlo. Le gustaba alimentarlos con trocitos de bizcocho y observar cómo sus «pétalos» se cerraban sobre las migas y las llevaban velozmente hacia el interior.

De pronto, algo cayó sobre Jorgina y la hizo sobresaltarse. Se sentó y el perro se levantó en el acto.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Jorgina, indignada—. ¿Me has tirado tú algo, Dick?

—No —contestó Dick, que mantenía los ojos clavados en su libro.

Algo más golpeó a Jorgina en la nuca y la niña se frotó con la maño, exclamando:

—¿Qué pasa? ¿Quién me tira cosas? —Miró a su alrededor tratando de descubrir lo que la había golpeado. Junto a ella, en la arena, había un pequeño objeto redondeado. Jorgina lo recogió—. ¡Oh, pero si es un hueso de ciruela! —dijo. Y en aquel mismo momento, ¡pum!, otro le dio en el hombro. Enfurecida, se levantó de un brinco. No veía a nadie. Esperaba recibir otro hueso, pero no llegaron más.

—Me gustaría poder dibujar tu cara tal como aparece en este momento —exclamó Julián, sonriendo maliciosamente—. En toda mi vida he visto un ceño parecido. ¡Oooh!

La exclamación no tenía ya nada que ver con el ceño de Jorgina. La había provocado otro hueso de ciruela, que alcanzó a Julián de pleno detrás de la oreja. También él dio un brinco y se puso de pie. Una risita inesperada llegó de detrás de una ronca, por encima de sus cabezas. Jorgina subió al borde del arrecife.

Detrás de una de las rocas descubrió a la pilluela. Sus bolsillos aparecían llenos de ciruelas, algunas de las cuales iban cayendo mientras ella saltaba de roca en roca. Se sentó al ver a Jorgina y sonrió.

—¿A qué viene eso de estarnos tirando huesos? —preguntó Jorgina.

—Yo no los tiraba —contestó la niña.

—No digas mentiras —replicó Jorgina, burlona—. Sabes muy bien que era tú.

—No los tiraba, sólo los escupía —dijo la terrible niña—. ¡Mira!

Metió un hueso en su boca, respiró profundamente y luego lo escupió. Salió volando directo hacia Jorgina y la alcanzó en plena nariz. Jorgina pareció tan sorprendida, que Dick y Julián se echaron a reír.

—Apuesto lo que queráis a que puedo escupir los huesos más lejos que ninguno de vosotros —dijo la muchacha—. Coged algunas de mis ciruelas y vamos a probarlo.

—De acuerdo —aceptó Dick al instante—. Si ganas, te compraré un helado. Si gano yo, despejas al instante y no nos molestas más. ¿Te parece bien?

—Sí —dijo la niña, y sus ojos relucían y bailaban de alegría—. Pero ganaré yo.

Capítulo 5

Jo, la pilluela

Jorgina miraba asombrada a su primo. Eso de jugar a ver quién podía escupir más lejos los huesos de ciruela le parecía una falta de educación.

—Déjalo —ordenó Julián en voz baja—. Bien sabes lo diestro que es Dick en esta clase de juegos. Ganará y conseguiremos que la niña esa nos deje en paz de modo definitivo.

—Encuentro que eres repugnante, Dick —protestó, sin embargo, Jorgina—. ¡Repugnante!

—¡Vaya! ¿Ya no te acuerdas de quién solía escupir huesos de cereza el año pasado intentando rivalizar conmigo? —preguntó Dick—. ¡No seas tan peripuesta, Jorge!

Ana regresaba a paso lento de las charcas, preguntándose por qué los otros permanecerían en lo alto de las rocas. De repente se vio rodeada por una lluvia de huesos de ciruela. Se detuvo muy sorprendida. No podían ser sus compañeros quienes hacían eso. Un hueso golpeó contra su brazo desnudo y ella soltó un pequeño grito.

La pilluela ganó con gran ventaja. Consiguió lanzar sus huesos por lo menos un metro más lejos que Dick. Se tumbó riendo y se veía brillar sus dientes, que eran muy blancos.

—Me debes un helado —dijo con voz gangosa.

Julián pensó que debía de ser natural del país de Gales. Dick la miraba asombrado de que fuera capaz de hacer llegar tan lejos los huesos de ciruela.

—No te preocupes, te lo compraré —dijo—. Nunca me había vencido nadie de este modo, ni siquiera Esteban, un chico de mi

colegio que tiene una boca enorme.

—Sois unos sucios —intervino Ana—. Ve y cómprale el helado y dile que se vaya a su casa.

—Me lo tomaré aquí —resolvió la niña, y de súbito les pareció a todos tan testaruda y obstinada como se mostraba Jorgina cuando pretendía algo a lo cual pensaba que iban a oponerse.

—¡Te pareces a Jorge en este momento! —exclamó Dick.

Al instante deseó no haberlo dicho. Jorgina le miraba enfurecida.

—¿Qué dices? ¿Esta niña sucia de pelo enmarañado se parece a mí? —vociferó—. ¡Qué asco! No puedo tolerar ni el acercarme a ella.

—¡Cállate! —ordenó Dick con sequedad.

La niña aparentaba sentirse muy sorprendida.

—¿Qué quiere decir? —preguntó a Dick—. ¿Que yo soy sucia? De todas formas, vosotros sois tan bastos como yo.

—Aquí viene el hombre de los helados —interrumpió Julián, que temía que Jorgina, impulsada por su vivo genio, se lanzase sobre su oponente y la abofetease.

Llamó al hombre, que se acercó al borde del acantilado, y le pidió seis hermosos helados.

—Ahí lo tienes —dijo, tendiendo uno a la niña—. Puedes comértelo y marcharte.

Todos se sentaron y se tomaron sus helados. Jorgina seguía refunfuñando por lo bajo. Como siempre, Tim engulló el suyo de un solo sorbo.

—¡Caramba! Ya se lo ha tragado —comentó la niña, maravillada —. Así no lo aprovechas. Acércate, muchacho, te daré un poco del mío.

Con gran disgusto por parte de Jorgina, Tim lamió el pedacito de helado que la niña le tendía. ¿Cómo podía Tim aceptar algo de «aquella criatura»?

Dick, a pesar suyo, se sentía divertido ante aquella niña tan rara y atrevida, con el pelo corto y enmarañado y de vivos ojos escrutadores. De repente, vio algo que le hizo sentirse angustiado. La chiquilla presentaba en la barbilla una gran magulladura.

—¡Oye! ¡Dime que no fui yo quien te hizo ese cardenal…!

—¿Qué cardenal? ¡Ah! ¿El que tengo en la barbilla? —dijo la niña, y se lo palpó—. Sí, aquí fue donde me pegaste cuando me hiciste volar por los aires. Bueno, no importa. He recibido otros golpes mucho peores de mi padre.

—Siento haberte pegado —dijo Dick, que se notaba molesto—. De veras, creí que eras un chico. ¿Cómo te llamas?

—Jo —contestó la niña.

—Pero ése es un nombre de chico —adujo Dick.

—Pues también lo es Jorge y, a pesar de eso, decís que es una chica —repuso Jo, lamiéndose los dedos para aprovechar los restos de helado.

—Sí, pero Jorge es abreviatura de Jorgina —replicó Ana—. ¿Y Jo de qué nombre es abreviatura?

—No lo sé, nunca me lo han dicho. Lo único que sé es que soy una niña y que me llaman Jo.

—Quizá sea el diminutivo de Josefina —opinó Julián.

Los cuatro contemplaban a la posible Josefina. En verdad, el breve nombre de Jo le sentaba muy bien, pero el largo y hermoso de Josefina no parecía demasiado adecuado para ella.

—Es muy extraño —dijo Ana—, pero Jo se parece mucho a ti, Jorge. Tiene el pelo como tú, muy rizado, y lo lleva tan corto como tú, sólo que el de Jo está enmarañado y revuelto. Tiene también pecas a montones… y la nariz respingona como la tuya…

—El mismo gesto altivo de barbilla, el mismo ceño, la misma mirada feroz —añadió Dick.

Jorgina le dirigió entonces la más feroz de sus miradas al oír estos comentarios que no le gustaban en absoluto.

—Lo único que puedo decir es que espero no llevar la capa de mugre que ella tiene ni oler tan mal… —empezó a replicar con enfado. Pero Dick la interrumpió.

—Probablemente ella no posee jabón, ni cepillo para el pelo. Si se lavara estaría muy bien. No seas antipática, Jorge.

Jorgina se volvió de espaldas. ¿Cómo podía Dick estar defendiendo a aquella niña espantosa?

—¿No piensa marcharse nunca? —comentó—. ¿O es que va a quedarse junto a nosotros todo el día?

—Me iré cuando a mí me parezca —dijo Jo. Y su ceñudo gesto

era tan igual al de Jorgina, que Julián y Dick se echaron a reír, cogidos de sorpresa. También Jo rió, pero Jorgina apretó los puños con furor. Ana se sentía desesperada. Deseaba que aquella niña se fuera de una vez y que todo volviera a la normalidad.

—Me gusta ese perro —dijo Jo de repente, y se inclinó hacia donde Tim estaba tendido junto a su ama. Lo acarició con su mano morena, que semejaba una patita. Jorgina giró en redondo.

—¡No toques a mi perro! —exclamó—. ¡Tampoco él te quiere!

—Sí que me quiere —contestó Jo, sorprendida—. Todos los perros me quieren, y también los gatos. Puedo hacer que tu perro se venga conmigo muy fácilmente.

—¡Inténtalo! —la retó Jorgina en tono burlón—. No se irá contigo, ¿verdad que no, Tim?

Jo no se movió. Empezó a dejar oír una especie de son plañidero, que salía de lo más hondo de su garganta, como si fuera un cachorro extraviado. Tim enderezó las orejas al instante y miró a la chiquilla con gesto inquisitivo. Ella cesó en su quejido y le tendió la mano.

Tim se la miró y se volvió de espaldas. Mas cuando de nuevo oyó el quejido, se levantó y escuchó atentamente. Miraba a Jo con gran interés. Aquello debía de ser una niña perro, puesto que sabía tan bien hablar su lenguaje.

Jo se echó de bruces y siguió lloriqueando. Parecía un perrito perdido y apenado. Tim se dirigió hacia ella y se sentó a su lado con la cabeza inclinada, muy intrigado. De repente se agachó y lamió el rostro medio oculto de la niña. Ella se sentó al punto y rodeó con sus brazos el cuello del perro.

—Ven aquí, Tim —ordenó Jorgina, celosa.

Tim se soltó de los morenos brazos que lo retenían y se fue al instante hacia su ama. Jo se echó a reír.

—¿Has visto? ¡He hecho que viniera hacia mí y que me lamiera cariñosamente! Puedo lograr eso de cualquier perro.

—¿Cómo lo consigues? —preguntó Dick, admirado.

Hasta entonces, nunca había visto que Tim entablara amistad con alguien que desagradara a su ama.

—Ni yo misma lo sé —respondió Jo, apartando del rostro su enmarañado cabello y volviéndose a sentar—. Me viene de familia.

Mi madre trabajaba en un circo y amaestraba a los perros para que saliesen a la pista. Teníamos perros a docenas y eran muy hermosos… Yo los quería mucho a todos.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó Julián—. ¿Está aún en el circo?

—No, murió. Y yo abandoné el circo con papá. Mi padre trabajó como acróbata hasta que se hizo daño en un pie.

Los cuatro niños recordaron que el hombre que la acompañaba el día anterior andaba cojeando. Miraban en silencio a la pobre y desaliñada Jo. ¡Qué vida más extraña debía de haber llevado aquella niña!

«Va muy sucia. Seguramente tiene una gran habilidad para contar mentiras, pero tiene aplomo —pensó Julián—. De todas maneras, me alegraré cuando se vaya».

«Quisiera no haberle dado aquel golpe tan fuerte —pensaba Dick —. Me gustaría saber qué aspecto tendría una vez lavada y peinada. Parece que un poco de amabilidad no le sentaría mal».

«Lo siento por ella, pero la verdad es que no me gusta demasiado», se decía entretanto Ana.

«No creo ni una palabra de lo que dice —pensaba Jorgina por su parte—. ¡Ni una palabra! Es una farsante. Y me avergüenzo de Tim por haberse dejado engatusar. Estoy muy enfadada con él».

—¿Dónde está tu padre? —preguntó Julián al cabo de un rato.

—Se ha ido a no sé dónde, a reunirse con no sé quién —respondió Jo con vaguedad—. Me alegro. Estaba de malas pulgas esta mañana. Tuve que esconderme debajo del carromato.

Hubo un silencio.

—¿Puedo quedarme hoy con vosotros hasta que papá regrese? —preguntó Jo de modo inesperado—. Me lavaré si lo deseáis. Estoy completamente sola hoy.

—No. No te queremos —replicó en el acto Jorgina, que sentía que no podía soportar a Jo ni un minuto más—. ¿Verdad, Ana?

A Ana le desagradaba ofender a nadie y vaciló. Por fin, dijo en tono de duda:

—Quizá sería mejor que se marchara…

—Sí —la apoyó Julián—. Ya es tiempo de que te vayas, Jo. Ya has permanecido demasiado tiempo con nosotros.

Jo miró a Dick con ojos entristecidos y se palpó en gesto maquinal la magulladura de la barbilla, como si le doliera. Dick se sintió de nuevo muy incómodo. Se volvió a los otros.

—¿No creéis que podría quedarse y compartir nuestra comida? —propuso—. No es culpa suya si va sucia

—Está bien —dijo de pronto ella dando un brinco—. ¡Me voy! ¡Por allí viene papá!

Vieron a lo lejos a aquel hombre que arrastraba el pie al andar. Éste divisó a Jo y lanzó un estridente y prolongado silbido. Jo les hizo a todos una mueca. Una mueca desvergonzada, fea, insolente.

—¡No me gustáis! —declaró. Luego señaló a Dick y añadió—: Sólo éste me gusta. Es muy amable. ¡Al cuerno todos los demás!

Y se fue corriendo como una liebre por la arena, que sus pies descalzos apenas alcanzaban a tocar.

—¡Qué niña más extraordinaria! No creo que sea la última vez que la veamos —comentó Julián.

Capítulo 6

¿Que ocurrió durante la noche?

Al anochecer, Ana empezó a sentirse invadida por el pánico. Recordaba el rostro que había visto en la ventana la noche anterior.

—No volverá, ¿verdad, Julián? —preguntó a su hermano más de media docena de veces.

—No, Ana, aunque, si lo prefieres, yo dormiré en la cama de Jorge esta noche en lugar de ella y te haré compañía —propuso Julián.

Ana meditó un momento y luego denegó con la cabeza.

—No, prefiero tener a Jorge y a Tim conmigo. Creo que Jorge y yo, e incluso tú, podríamos sentir temor a los «rostros». Pero Tim no. Saltaría sobre ellos.

—Tienes razón —asintió Julián—. Lo haría. Bien. Entonces quedamos en que no es necesario que te haga compañía. Supongo que esta noche no ocurrirá nada. De todos modos, cerraremos las ventanas de las habitaciones y las aseguraremos bien, aunque nos moleste pasar calor en vano. Así estaremos seguros de que nadie puede entrar.

Aquélla noche, pues, Julián no solo cerró las puertas y ventanas de la planta baja, como lo había hecho la noche pasada (excepto la de la despensa, que no se podía cerrar), sino que también cerró y aseguró todas las del piso de arriba.

—¿Y qué haremos con la ventana del cuarto de Juana? —preguntó Ana.

—Siempre la tiene cerrada, en invierno y en verano —respondió Julián sonriendo—. La gente del pueblo lo suele hacer así. Piensan

que el aire de la noche les puede dañar. Así es que no te preocupes por eso, tonta.

Ana se fue a la cama muy tranquila. Jorgina cerró las cortinas de manera que, aunque el rostro reapareciese, ellas no pudieran verlo.

—Saca a pasear a Tim, Julián, por favor —gritó Jorgina—. Ana no quiere que la deje sola ni para llevar a Tim un momento afuera. Abre la puerta y déjalo salir. Volverá en cuanto esté listo.

—¡Está bien! —contestó Julián, y abrió el portón.

Tim salió a toda prisa, agitando su rabo. Se sentía dichoso al olfatear el aire de la noche en su última salida. Le gustaba husmear el rastro de los paseos nocturnos del erizo. Le agradaba apoyar el hocico en la boca de la madriguera de algún conejo, escuchar atentamente los bufidos de los animales que hurgan y seguir los serpenteos de los ratoncitos y las ratas junto a los frondosos setos.

—¿Todavía no ha regresado Tim? —preguntó Jorgina desde lo alto de la escalera—. Llámale, quiero acostarme. Ana está ya medio dormida.

—Entrará en seguida —contestó Julián, que deseaba acabar de leer su libro—. No te preocupes.

Pero Tim no regresó, ni siquiera cuando Julián hubo acabado su libro. El muchacho salió al umbral y silbó. Prestó atención por si oía regresar al perro. Al no oír nada, silbó de nuevo.

Esta vez oyó sus pasos, que se acercaban por el camino hacia la puerta.

—¡Por fin regresas! —exclamó Julián—. ¿Qué has estado haciendo? ¿Has cazado algún conejo?

Tim meneó la cola débilmente. No se arrojó sobre Julián como solía hacerlo.

—Tienes todo el aspecto de haber estado cometiendo alguna travesura, Tim —comentó Julián—. Bien, sube a acostarte y no dejes de ladrar si oyes el menor ruido.

—¡Guau! —contestó Tim con voz sumisa, y subió las escaleras. Se encaramó en la cama de Jorgina y suspiró pesadamente.

—¡Vaya un suspiro! —exclamó su ama—. ¡Huy! ¡Qué mal hueles! ¿Qué has estado comiendo, Tim? ¡Puaf! Debes haber estado entretenido con algún espantoso hueso podrido. Sí que lo has hecho, no lo niegues. Me dan ganas de echarte de mi cama.

Supongo que te habrá apetecido uno que enterraste hace varios meses. ¡Qué asco!

Tim no quería que lo despacharan de la cama. Se echó con el hocico sobre los pies de Jorgina, como de costumbre. Roncaba un poco y esto despertó a la niña al cabo de media hora.

—¡Cállate, Tim! —ordenó, empujándole con el pie.

Ana se despertó con sobresalto.

—¿Qué ocurre, Jorge? —balbuceó, con el corazón palpitante.

—Nada, sólo que Tim roncaba —respondió Jorgina—. Despiértate, Tim, y deja de roncar de una vez.

Tim, soñoliento, se agitó un poco, pero siguió durmiendo. Dejó de roncar y las niñas se durmieron de nuevo. Julián se despertó una vez. Le había parecido oír que algo se caía, mas, al escuchar los ronquidos del perro, se sintió tranquilo y reanudó su sueño. Si el ruido hubiese sido verdaderamente un ruido, Tim, sin duda, lo hubiese oído. Jorgina decía que Tim dormía con el oído atento.

Julián ya no notó nada más hasta que bajó Juana a las siete de la mañana. La oyó dirigirse a la cocina y hurgar en las parrillas. Se dio la vuelta y se durmió otra vez.

Los agudos gritos que provenían del piso de abajo interrumpieron su sueño al cabo de unos veinte minutos. Se sentó y saltó de la cama rápidamente. Se apresuró hacia la planta baja. Dick le siguió.

—¡Miren esto! El despacho del señor revuelto de arriba abajo y los cajones forzados. Incluso el arca está abierta. ¡Pobres de nosotros! ¿Quién habrá entrado aquí durante la noche? Las puertas estaban cerradas y aún siguen igual.

Juana sollozaba inconsolable y se restregaba las manos con desesperación, mientras contemplaba aquella habitación en desorden.

—¡Qué cosa más rara! —exclamó Dick, horrorizado—. Alguien lo ha revuelto todo, buscando algo con gran interés. Incluso abrió el arca y forzó los cajones.

—Pero… ¿cómo pudo entrar? —preguntó Julián, muy asustado.

Registró toda la casa, inspeccionando puertas y ventanas.

Excepto la puerta de la cocina, que Juana dijo que había abierto al bajar, ni una puerta ni una ventana habían sido tocadas. Todas aparecían bien cerradas, como habían quedado por la noche.

Ana bajó también. Estaba muy asustada.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

Pero Julián la apartó a un lado. ¿Cómo pudo entrar el salteador? Esto era lo que él quería saber. Tuvo que ser por una de las ventanas del piso de arriba, pensaba él. Alguien la abrió después que él las hubo cerrado todas. ¿Quizá la de la habitación de las niñas?

Pero no, ni una sola ventana se había abierto. Todas seguían cerradas a cal y canto, incluso la de Juana. Mientras inspeccionaba el dormitorio de Jorgina se sobresaltó ante una idea que acababa de asaltarle. ¿Por qué no había ladrado Tim? Forzosamente tuvo que haber oído ruido, por muy silencioso que actuase el ladrón. Él mismo había oído algo y se había despertado. ¿Cómo no despertó Tim?

Jorgina, entre tanto, intentaba hacer bajar a Tim de su cama.

—¡Julián, Julián!, algo extraño le ocurre a Tim ¡No despierta! Respira pesadamente, escucha… Y ¿qué sucede abajo? ¿Qué ha pasado?

Julián se lo contó en breves palabras mientras inspeccionaba al perro.

—Alguien ha entrado esta noche en el estudio de tu padre y lo ha dejado en un terrible desorden, revuelto de pies a cabeza, incluso el arca. Dios sabe cómo ha podido introducirse el individuo que hizo esto.

—¡Qué cosa más horrible! —exclamó Jorgina muy pálida—. Y algo le ocurre a Tim. No se despertó anoche cuando entraron los salteadores. Estará enfermo, ¿verdad, Julián?

—No, no lo está. Le han dado un somnífero —contestó Julián, separando los párpados de Tim—. Por eso permaneció tanto tiempo fuera anoche. Alguien debió de darle carne o algún alimento que contenía un somnífero, alguna clase de droga. Lo comería y ha quedado tan profundamente dormido que no ha oído nada y ni ahora consigue despertar.

—¡Oh, Julián! ¿Crees que se pondrá bien? —preguntó Jorgina,

angustiada—, pero, ¿cómo aceptó el alimento que le ofrecía un desconocido en medio de la noche?

—Quizá lo haya encontrado en el suelo. El salteador pudo tirarlo, con la esperanza de que Tim se lo comería. Ahora comprendo por qué parecía un cordero cuando volvió a entrar. Ni siquiera saltó sobre mí.

—¡Oh, querido, querido Tim, despierta, por favor! —suplicaba la pobre Jorgina, sacudiendo con suavidad al perrazo. Por fin, éste gruñó débilmente, pero volvió a sumirse en el sopor.

—Déjalo —dijo Julián—. Está perfectamente. No lo han envenenado, sólo le han dado un soporífero. Baja y verás los daños que ha causado el intruso.

Jorgina se horrorizó al ver el estudio de su padre.

—Andaban buscando sus dos libros de notas tomadas en América, estoy segura —exclamó—. Papá dijo que cualquier país del mundo estaría contento de poseerlos. ¿Qué vamos a hacer?

—Llamar a la policía —respondió Julián con sequedad—. No podemos solucionar solos este asunto. ¿Conoces la dirección de tus padres en España?

—No —gimió Jorgina—. Aseguraron que iban a tomarse unas vacaciones de verdad esta vez y que no les enviáramos la correspondencia. No dejaron su dirección. Dijeron que nos la mandarían cuando pasaran unos días seguidos en el mismo sitio. Nos avisarían con un telegrama.

—Por lo tanto, no nos queda más remedio que avisar a la policía —dijo Julián.

Estaba pálido y preocupado. Jorgina lo observaba. Parecía haberse vuelto mayor súbitamente. Lo miró mientras salía de la habitación y se dirigía hacia el vestíbulo para llamar al puesto de policía. Juana se sintió aliviada al conocer su decisión.

—Sí, sí, llamad a la policía. Eso es lo que debemos hacer —aseguró—. Wilkins, el alguacil, es muy amable, y aquel de la cara roja, que se llama señor Donaldson, también. Les haré una taza de café cuando vengan.

Se animó bastante al pensar en servir su buen café calentito a los dos policías. Le harían muchas preguntas y ella les contestaría complacida.

Los niños observaron en silencio el revuelto estudio. ¡Qué desorden! Aquello iba a resultar bastante difícil de arreglar. Nadie podría averiguar qué faltaba en él hasta que regresara el tío Quintín. ¡Se pondría furioso!

—Espero que no se hayan llevado nada importante —manifestó Dick—. Parece como si alguien supiera que aquí había algo de valor y tratase de obtenerlo.

—Y con toda seguridad lo habrá obtenido —respondió Julián—. Vamos, ya llegan los policías. Me parece que transcurrirá mucho tiempo antes de que nos desayunemos esta mañana.

Capítulo 7

Policías en casa

Los policías eran personas muy cumplidoras de su deber. Los niños se habían cansado de ellos mucho antes de que llegara la hora de la comida. Juana, no. Les preparó un buen café, les ofreció rosquillas que ella misma había hecho y mandó a Ana a coger ciruelas maduras. Se sentía orgullosa de haber descubierto el estudio saqueado.

Los policías eran dos. Uno de ellos, solemne y correcto, tenía el grado de sargento. Interrogó a cada uno de los niños y a todos les hizo exactamente las mismas preguntas. El otro hombre repasó el estudio palmo a palmo con exquisito cuidado.

—¿Busca usted huellas dactilares? —preguntó Ana—. ¿Cuándo podremos ir a bañarnos?

La cuestión que preocupaba a todos, incluso a los policías, era saber cómo había podido introducirse el ladrón en la casa. Los dos representantes del orden dieron la vuelta al exterior de la casa lentamente. Intentaron abrir todas las puertas y ventanas, pero las encontraron bien sujetas. Se detuvieron ante la ventana de la despensa.

—Entraron por aquí, supongo —indicó uno de ellos.

—Pues tuvo que ser alguien tan pequeño como una mona —comentó el otro. Se volvió hacia Ana, la más pequeña de los cuatro niños—. ¿Cree usted que podría colarse por esta ventana, señorita?

—Me parece que no —repuso ésta—, pero lo probaré si les parece.

Lo intentó. Pronto comprendió que no podía seguir adelante ni

retroceder, y Julián hubo de tirar de ella para liberarla.

—Señor, ¿tiene usted idea de lo que pudieron robar? —preguntó el sargento a Julián, que aquella mañana aparentaba mucha más edad.

—No, sargento, ninguno de nosotros lo sabe. Ni siquiera Jorge, que conoce mejor que nosotros el trabajo de su padre. Lo único que sabemos es que nuestro tío fue a América para dar unas conferencias no hace mucho tiempo y que trajo de allá dos valiosos libros de notas, llenos de apuntes y diagramas. Él aseguraba que muchos países desearían tenerlos en su poder. Creo que los tenía guardados en el arca.

—Entonces, con toda probabilidad se los habrán llevado —opinó el sargento, sujetando con una goma su mugrienta agenda—. Es asombroso ver cómo la gente deja cosas de tanto valor en un arca corriente y se va sin dejar su dirección. ¿No podemos ponernos en contacto con su tío? Esto puede ser muy importante.

—Lo sé —respondió Julián, preocupado—. Nos mandarán su dirección dentro de un par de días, pero no conozco modo alguno de ponernos en contacto con ellos antes de ese momento.

—Está bien —dijo el sargento—. Ahora nos vamos. Regresaremos con un fotógrafo para tomar fotos del estudio. Luego la cocinera podrá ordenarlo. Sé que se muere de ganas de hacerlo.

—¡Que volverán! —exclamó Ana cuando los dos hombres se hubieron marchado montados en sus sólidas bicicletas—. ¡Dios mío! ¿Vamos atener que responder a más preguntas?

—Bueno, de momento bajaremos a la playa. Botaremos la barca y remaremos un poco —resolvió Julián, echándose a reír—. Así nos pondremos fuera de su alcance. Me parece que ya no podemos ayudarles en nada. Todo esto me suena muy raro. Mi deseo más ardiente es saber cómo pudo entrar el ladrón.

Jorgina se mantuvo callada toda la mañana y se mostró muy sumisa. Se sentía muy preocupada por Tim. Temía que le hubieran envenenado y que no fuera sólo un soporífero, como afirmaba Julián. Sin embargo, Tim ya se encontraba bien, aunque algo soñoliento y sin ganas de brincar y correr como solía hacerlo. Parecía un manso corderillo.

—No sé por qué Tim tiene este aspecto tan raro hoy —comentó

Jorgina, extrañada—. Sólo se pone así cuando está avergonzado por algo, cuando ha hecho alguna travesura. ¿Creéis posible que él supiera que no debía comer aquello que encontró en algún rincón del suelo?

—Claro que no —respondió Dick—, a pesar de que nos ha demostrado otras veces que es lo bastante inteligente como para no comerse una carne envenenada. Pero él no podía saber si lo que comía contenía algo para adormecer. Probablemente ni olía ni tenía ningún sabor. Quizá lo que le avergüenza es estar tan soñoliento.

—¡Si él hubiese estado despierto, todo hubiese ocurrido de distinto modo! —gruñía Jorgina entre dientes—. Hubiese oído cualquier ruido, por débil que fuese, y hubiese ladrado hasta despertarnos y se habría lanzado escaleras abajo para atacar al intruso. ¿Por qué, por qué no lo habré sacado yo misma de paseo como lo hago todas las noches?

—Fue un encadenamiento de hechos accidentales —dijo Julián—. Tú no lo acompañaste afuera y alguien lo esperaba con un alimento drogado, que él tomó del suelo o de las manos del ladrón.

—No —rechazó Jorgina en el acto—. Eso no. Tim nunca comería algo que le ofreciese un desconocido. Se lo he enseñado así desde que era pequeño.

—Sí… De todas formas no se puede negar que algo comió que le hizo dormir profundamente toda la noche, cuando más falta hacía que se mantuviera despierto —comentó Julián—. Lo que más me asusta, Jorge, es que los ladrones se hayan llevado los cuadernos de notas que tu padre trajo de América. Parecen haber dejado todo lo demás. Montañas de cuadernos de todas clases, rellenos de la escritura menuda de tu padre.

Juana entró para anunciar la comida. Comunicó a los niños que los policías se habían comido todas las rosquillas que les había preparado. Juana parecía muy excitada. Se sentía importante y deseaba pasearse por el pueblo y contar las novedades a todo el mundo.

—Mejor será que se quede en casa y prepare una buena merienda para los policías. Van a volver pronto y traerán un fotógrafo con ellos.

—Entonces será mejor que amase algún pastel —dijo Juana con

satisfacción.

—Podría usted preparar uno de esos pasteles de chocolate que le salen tan bien —sugirió Ana.

—¿Creen ustedes que eso les gustará? —preguntó Juana, esperanzada.

—¡Pero si no es para ellos, sino para nosotros, claro está! —intervino Jorgina—. No se le ocurra desperdiciar uno de sus riquísimos pasteles de chocolate con los policías.

—¿Puede usted prepararnos una merienda para llevarnos? Estamos hartos de permanecer en casa. Vamos a dar un paseo en barca.

Después de comer, Juana les preparó una suculenta merienda y los niños se escabulleron antes de que los policías regresaran. Tim ya no se sentía tan adormecido y empezó a hacer cabriolas en torno a ellos mientras se dirigían a la playa. Jorgina se animó al punto.

—Ya está mejor —dijo—. Tim, no quiero que te apartes de mi vista ni un momento. Si alguien piensa volver a narcotizarte tendrá que hacerlo ante mis narices.

Disfrutaron mucho en la barca de Jorgina. Llegaron hasta medio camino de la isla de Kirrin y se bañaron desde la barca, zambulléndose y haciendo carreras de natación hasta que se encontraron cansados. Tim les alcanzaba con facilidad, aunque no sabía nadar con tan buen estilo como ellos.

—En realidad, no nada —comentó Ana—. Sólo intenta correr por el agua. Me gustaría que me permitiera montar en su espalda, como si fuera un perro de mar, pero siempre se escurre cuando lo intento.

Regresaron hacia las seis y descubrieron que los agentes se habían comido todo el pastel de chocolate que había preparado Juana, y además, gran cantidad de bollos y rosquillas.

El estudio había recuperado su buen orden y un hombre había comparecido para arreglar el arca. Todo estaba, pues, otra vez en su sitio, a pesar de que el sargento había asegurado a Juana que, si allí había algo realmente valioso, ellos lo guardarían hasta que el tío Quintín regresara.

—Pero nosotros ignoramos por completo cuáles de esos papeles tienen importancia y cuáles no —adujo Julián—. Tendremos que

esperar hasta que tío Quintín nos telegrafíe, y eso aún puede tardar. De todas maneras, no creo que el ladrón vuelva a molestarnos. Ya debe de tener en su poder lo que quería.

Aquéllos emocionantes acontecimientos los habían fatigado a todos, excepto a Julián.

—Me voy a la cama —dijo Dick cuando dieron las nueve—. ¿Por qué no te acuestas tú también, Ana? Pareces agotada.

—Sí, ahora subo. ¿Vienes, Jorge?

—Voy a sacar a Tim a dar el último paseo —contestó Jorgina—. Jamás en la vida volveré a dejarle salir solo de noche. Vamos, Tim. Si quieres irte a la cama, yo misma cerraré la puerta, Julián.

—Esta bien —respondió éste—. Subo en seguida. No tengo ganas de permanecer aquí esperando esta noche. Voy a cerrarlo todo, excepto la puerta de la entrada. No te olvides de pasar la cadena, Jorge, aunque estoy seguro de que no debemos temer más ladrones.

—Ni caras en la ventana —añadió Ana al punto.

—No —asintió Julián—. Tampoco las habrá. Buenas noches, Ana. ¡Que duermas bien!

Ana y Dick subieron al primer piso. Julián acabó de hojear una revista y luego se levantó para dar la vuelta a la casa y cerrarlo todo. Juana se hallaba arriba, soñando en policías que comían su pastel de chocolate.

Jorgina salió con Tim. Corrió alegremente hasta la verja y luego salió al camino para iniciar su acostumbrado paseo nocturno con el perro. Delante de una verja que daba al camino, Tim se paró en seco y empezó a gruñir, como si oliera algo desacostumbrado.

—¡Tim! ¡Tim! ¡Cállate! —ordenó Jorgina al llegar junto a él—. No son más que excursionistas con su carromato. ¿Es que no has visto nunca un carromato?

Prosiguieron… Tim se detenía a olfatear cada madriguera de conejo o de ratón que encontraba en su camino y se divertía mucho. También Jorgina disfrutaba con aquel paseo. No se apresuraba. Julián podía irse a la cama si quería.

En efecto, Julián se había retirado a su dormitorio. Dejó la puerta de la entrada abierta de par en par y subió bostezando. Tenía mucho sueño. Se introdujo en la cama a toda prisa y sin hacer ruido, al ver que Dick ya estaba profundamente dormido. Sin

embargo, permaneció despierto, esperando el regreso de su prima. Cuando ya estaba medio dormido, oyó que cerraban la puerta de la entrada.

«Ya ha vuelto», pensó, y se durmió tranquilo.

Pero no era Jorgina. Su cama permaneció vacía toda la noche, sin que nadie se diera cuenta, ni tan siquiera Ana. Ni Jorgina ni Tim habían regresado.

Capítulo 8

¿Donde estará Jorgina?

Ana se despertó durante la noche. Tenía sed. En voz baja, dijo:

—Jorge, ¿estás despierta?

No hubo contestación. Por lo tanto, con precaución y procurando no hacer ruido, Ana bebió un sorbo del jarro que había en el lavabo. Jorgina se enfadaba mucho cuando la despertaban. Ana regresó a su cama y no adivinó que Jorgina no podía contestarle porque no estaba en la habitación.

Se quedó dormida y no volvió a despertarse hasta que oyó la voz de Dick.

—Vosotras dos, ¡levantaos! Son las ocho menos cuarto. Vamos a tomar un baño.

Ana se sentó y bostezó. Sus ojos se dirigieron a la cama de Jorgina, que aparecía vacía. Aún más, ¡estaba tan ordenada como si acabasen de hacerla!

«¡Vaya! —pensó Ana con extrañeza—. Jorge ya se ha levantado e incluso ha hecho su cama. Podía haberme despertado y así habría salido con ella. Hace un hermoso día. Supongo que ha sacado a Tim a dar su paseo matinal, como hace a veces».

Se deslizó en su traje de baño y corrió a unirse con los chicos. Bajaron juntos, pisando con sus pies descalzos sobre la alfombra.

—Jorge ya ha salido —les explicó Ana—. Debe de haberse despertado y habrá salido con Tim. Ni la he oído.

Julián se hallaba ahora delante de la puerta de la entrada.

—Sí —dijo—. La puerta no está cerrada con llave. Sin duda, Jorge ha bajado sin hacer ruido, ha quitado la cadena y ha abierto

la puerta con suavidad. ¡Qué desacostumbrada amabilidad la suya! La última vez que salió temprano cerró de un portazo que despertó a todo el mundo.

—Quizá se ha ido a pescar en su bote —sugirió Dick—. Ayer dijo que le apetecía mucho y que lo haría tan pronto como la marea fuera favorable. Seguramente llegará cargada de grandes cantidades de pescado, para que Juana lo guise.

Una vez en la playa miraron hacia el mar. Se veía una barquita bastante alejada, en la que dos bultos parecían estar pescando.

—Deben de ser Jorge y Tim —indicó Dick.

Gritó y agitó la mano, pero la barca se encontraba demasiado alejada y nadie le contestó. Los tres se zambulleron en las frías olas.

—¡Brrr… rrr… rrr!

—¡Magnífico! —exclamó Ana cuando los tres volvieron a salir, mientras las gotas de agua salada resbalaban por sus cuerpos y resplandecían al sol de la mañana—. Corramos un poco ahora.

Se persiguieron durante un rato de un lado a otro de la playa. Luego, sudorosos y hambrientos, regresaron a casa a desayunarse.

—¿Dónde está Jorge? —preguntó Juana cuando les trajo el desayuno—. He visto que su cama ya estaba hecha. ¡Qué cosa más rara en ella!

—Creo que está pescando con Tim —dijo Dick—. Se levantó y se marchó mucho antes de que nosotros despertásemos.

—Yo no la he oído salir. Lo ha hecho muy silenciosamente —comentó Juana—. Bien. Os traigo un buen desayuno: salchichas, tomates y huevos fritos.

—¡Oooooh, qué bueno! —exclamó Ana—. Y las salchichas están como a mí me gustan, Juana, así, con la piel reventada. ¿Qué os parece si nos comiéramos también las de Jorge? Todavía continúa en la barca. A lo mejor tarda mucho en regresar.

—De acuerdo. Será mejor que os comáis su ración —resolvió Juana—. Estoy segura de que habrá cogido algo de la despensa antes de irse por la mañana. Hice mal en no dejarla cerrada anoche, como suelo hacer.

Entre los tres despacharon la ración de Jorgina y luego se dedicaron a las tostadas con mermelada. Después, Ana ayudó a Juana a hacer las camas, a barrer y a quitar el polvo, y Julián y

Dick se dirigieron al pueblo con el fin de adquirir en la tienda los artículos que Juana necesitaba para disponer la comida.

Nadie se preocupó de Jorgina. Julián y Dick, al regresar del pueblo, comprobaron que la barquita seguía en medio del mar.

—Jorge estará a punto de perecer de hambre cuando regrese —comentó Julián—. Puede que se sienta de mal humor y desee pasar la racha sola. Se asustó mucho cuando creyó que podían haber envenenado a Tim.

Se toparon con la andrajosa Jo, que vagabundeaba por la playa, recogiendo trozos de madera. Aparentaba más hosca y sucia que nunca.

—Hola, Jo —le gritó Dick.

Ella levantó la cabeza y se dirigió hacia ellos sin sonreír. Parecía haber estado llorando. Su cara pequeña y sucia aparecía surcada de rayas más blancas, allí por donde las lágrimas habían corrido.

—Hola —respondió mirando a Dick.

Tenía un aspecto tan miserable, que el muchacho se sintió apenado.

—¿Qué te pasa, pequeña? —le preguntó en tono bondadoso.

Las lágrimas volvieron a correr por las mejillas de la niña al oír la entonación cariñosa del chico. Las secó con el borde de su manga y su cara quedó aún más embadurnada que antes.

—Nada —contestó—. ¿Dónde está Ana?

—En casa, y Jorgina en su barca, pescando con Tim —respondió Dick, señalando hacia el mar.

—¡Ah! —replicó Jo, y se alejó para proseguir su recolección de madera.

Dick la siguió.

—¡Oye! —exclamó—. No te vayas así. Dime qué te pasa esta mañana.

Asió a Jo por el brazo y la obligó a volverse hacia él. La examinó de cerca y descubrió que ella tenía en la cara dos cardenales. Uno, que empezaba a tornarse amarillento, era el que él le había hechos dos o tres días antes, cuando la hizo saltar por los aires. El otro era reciente, de un color granate oscuro.

—¿Dónde has pescado este cardenal? —preguntó, tocándoselo con suavidad.

—Me lo ha hecho papá. Se ha ido y me ha abandonado. Se ha llevado el carromato y todo lo que había en él. Yo quería irme también, pero no me ha dejado entrar. Yo golpeaba la puerta que él mantenía cerrada. Entonces salió y me dio un empujón que me hizo caer al suelo del camino. Así me he hecho este cardenal y también otro en la pierna.

Julián y Dick la escuchaban horrorizados. ¿Qué clase de vida era la que llevaba Jo? Los muchachos se sentaron en la playa y Dick obligó a Jo a sentarse entre ellos.

—Pero tu padre tiene que regresar a buscarte —opinó Julián—. ¿No tienes más hogar que el carromato?

—No —respondió Jo—. Nunca he tenido otro. He pasado toda mi vida en un carromato. Cuando vivía mamá también era así, pero entonces las cosas marchaban mejor. Sin embargo, es la primera vez que papá me abandona.

—¿Y cómo vivirás ahora? —se interesó Dick.

—Papá me ha dicho que Jake me daría el dinero para comprar comida, pero que tengo que hacer cuanto él me ordene. A mí no me gusta Jake. Es malo.

—¿Quién es Jake? —preguntó Julián, con gran extrañeza por todo lo que oía.

—Un gitano. Es amigo de mi padre. Se da una vuelta por aquí de cuando en cuando y se pasa con nosotros un par de días. Luego se vuelve a marchar de nuevo. Si me quedo por aquí, vendrá y me dará algunos céntimos, creo.

—Pero, ¿qué pretenderá que hagas? —dijo Dick, que estaba muy asombrado—. Todo esto me parece muy raro y terrible. Eres aún muy niña.

—¡Oh! Seguramente me mandará que vaya con él a pescar a sitios vedados. O bien… pues… bueno, hay cosas que nosotros hacemos y que las personas como vosotros no hacen nunca —explicó Jo, que de repente caía en la cuenta de que a Dick y Julián no les gustaría alguna de las cosas que se veía obligada a llevar a cabo—. Espero que me dé algún dinero. No tengo ni un céntimo y estoy hambrienta.

Dick y Julián se miraron. ¡Pobre Jo! ¡Pensar que en nuestros tiempos todavía pudiera existir una mujercita como Jo, extraviada, actuando por temor y sufriendo con frecuencia hambre y soledad!

Dick metió la mano en el cesto de la compra y retiró de él un trozo de mantequilla y algunas galletas.

—Toma —dijo—. Cómete esto, y si todavía te quedas con hambre, ven a la puerta de la cocina de nuestra casa. Le diré a Juana que te dé comida.

—A la gente no suele gustarle que yo me acerque a la puerta de las cocinas —comentó la chiquilla embutiendo a toda prisa galletas en su boca—. Temen que les robe algo. —Y mirando a Dick confesó —: Y yo lo hago si puedo.

—No debes hacerlo —declaró Dick.

—¿Acaso no lo harías tú si estuvieras hambriento, tan hambriento que no soportaras la vista del carrito del panadero? —preguntó ella.

—No, me parece que no lo haría. Al menos, así lo espero —declaró Dick, que, no habiendo sentido nunca verdadera necesidad, no alcanzaba a imaginarse lo que sentiría si estuviera muriéndose de hambre.

—¿Dónde está ese individuo que llamas Jake? —preguntó Julián.

—No lo sé. Anda rondando por ahí —contestó Jo—. Ya me encontrará cuando me necesite. Yo debo permanecer en la playa, ha dicho papá. Así es que tampoco podría ir a tu casa. No debo alejarme de aquí con ningún pretexto.

Los chicos se levantaron para marcharse. Se sentían preocupados por aquella niña vagabunda. Pero, ¿qué podían hacer por ella? Nada, exceptuando alimentarla y proporcionarle algún dinero. Dick había deslizado un chelín en su mano y ella se lo había guardado sin decir ni una palabra, pero sus ojos relucían.

A la hora de la comida, Jorge tampoco regresó. Y, por primera vez, Julián se sintió preocupado. Corrió hasta la playa para ver si la barca seguía aún en alta mar. En aquel momento se acercaba a la orilla. Con gran sobresalto, comprobó Julián que no iban en ella

Jorgina ni Tim, sino un par de muchachos.

Se dirigió hacia el lugar en que Jorgina solía dejar su barca y allí la encontró bastante lejos de la orilla, en medio de muchas otras. Resultaba evidente que Jorgina no la había utilizado aquella mañana.

Regresó presuroso a «Villa Kirrin» y se lo contó a los demás. Todos se sintieron inquietos al saberlo. ¿Qué podía haberle sucedido a Jorgina?

—Esperemos hasta la hora de la merienda —resolvió Julián—. Si para entonces no ha regresado todavía, será necesario que actuemos… Lo primero notificárselo a la policía, me parece. Sin embargo, otras veces ha permanecido ausente durante un día entero, así es que esperaremos un poco más.

Llegó la hora de la merienda, pero ni Jorgina ni Tim hicieron su aparición. De pronto oyeron pasos por el camino del jardín. ¿Sería Tim? Se asomaron a la ventana para ver quién venía.

—Es Jo —exclamó Dick con desaliento—. Trae un papel o una carta. ¿Qué querrá?

Capítulo 9

Un mensaje extraordinario y un plan

Julián se acercó a la puerta de entrada. Jo, en silenció, le tendió un sobre corriente. Julián lo abrió, no sabiendo qué esperar de aquello. La chiquilla se dio la vuelta para marcharse, pero Julián la agarró y la retuvo con firmeza, mientras leía la nota lleno de asombro.

—¡Dick! —llamó—. Sujeta a Jo. No la dejes huir. Métela dentro. Este asunto es algo muy serio.

Jo no quería que la hicieran entrar. Gritaba y se escurría como una anguila. Luego empezó a dar patadas a Dick con sus pies desnudos.

—¡Suéltame! No he hecho nada malo. Sólo os he traído un recado.

—Deja de gritar y no seas tonta —le recomendó Dick—. No quisiera hacerte daño, ya lo sabes. Pero tienes que entrar.

No obstante, la niña no cesaba de gritar, patear y dar puñetazos. Parecía muerta de miedo. Todo lo que Julián y Dick consiguieron fue arrastrarla hasta el comedor y encerrarla allí. Ana los siguió. Estaba muy asustada. ¿Qué ocurría?

—¡Oíd esto! —les comunicó Julián cuando hubieron entrado y cerrado la puerta—. ¡Es increíble!

Y mostraba la nota a sus hermanos mientras la iba leyendo en voz alta:

Queremos el segundo cuaderno de notas, el que contiene los diagramas, y lo obtendremos. Buscadlo y colocadlo bajo la

última piedra de ese camino de empedrado desigual que se halla al final del jardín. Ponedlo allí esta misma noche.

Tenemos en nuestro poder a la niña y al perro. Los dejaremos en libertad cuando entremos en posesión de lo que nos interesa. Si lo denunciáis a la policía, ni la niña ni el perro regresarán jamás. Vigilaremos la casa para darnos cuenta de si alguien sale a avisar a la policía. Hemos cortado los cables telefónicos.

Cuando oscurezca, encended las luces en la habitación de delante y sentaos los tres en ella, junto con Juana, la criada. Así podremos vigilaros. El mayor de vosotros saldrá de la casa con una linterna encendida a las once en punto y depositará el cuaderno de notas donde hemos indicado. Luego, que regrese a la habitación iluminada. Oiréis algo parecido al grito de un búho, cuando el cuaderno esté en nuestras manos. Entonces la niña y el perro serán puestos en libertad.

La lectura de esta nota extraordinaria y aterradora hizo que Ana estallara en sollozos y se agarrara con fuerza al brazo de Julián.

—¡Julián, Julián! Seguramente Jorge ya no regresó a casa después de su paseo con Tim anoche. En aquel momento fue cuando la debieron de secuestrar, y también a Tim. ¡Dios mío! ¿Por qué no fuimos a buscarla en seguida?

Julián se sentía asimismo apesadumbrado. Se había quedado muy pálido y pensaba intensamente.

—Sí —dijo al fin—, alguien se mantuvo al acecho, no cabe duda, y secuestró a Jorge y a Tim. Luego el secuestrador, o alguien que lo acompañaba, regresó hasta la casa y cerró la puerta de la entrada a fin de que pareciera que Jorge había regresado ya. Uno de ellos nos habrá estado espiando para ver si parecíamos preocupados por la ausencia de Jorge o si pensábamos que se había ido a pasar el día fuera.

—¿Quién te ha entregado la nota? —preguntó Dick con rudeza a Jo, que estaba muy asustada.

Jo se echó a temblar.

—Un hombre —respondió.

—¿Cómo era ese hombre?

—No lo sé.

—Sí que lo sabes. Debes decírnoslo, Jo.

Jo se mostraba hosca. Dick la sacudió y ella intentó escaparse. Más él la retenía con fuerza.

—Prosigue. Dinos cómo era ese hombre —ordenó.

—Era alto, llevaba una larga barba y tenía la nariz saliente y los ojos castaños —tartamudeó, por fin, Jo—. Iba vestido de pescador y hablaba en… extranjero.

Los dos niños la miraron con severidad.

—Creo que estás inventando todo eso —dijo Julián.

—No lo invento —protestó la niña en tono sombrío—. Nunca lo había visto antes de hoy.

—Jo —suplicó Ana, cogiendo la morena mano de la niña entre las suyas—, dinos la verdad, todo lo que sepas. Estamos muy, muy preocupados por Jorge. —Las lágrimas saltaban de sus ojos mientras hablaba, y profirió un leve gemido.

—Que le sirva de lección, si se la han llevado —replicó Jo con fiereza—. Fue muy antipática conmigo. Insultante y antipática. Lo tiene muy merecido. No os diría nada aunque lo supiera.

—Estoy seguro de que algo sabes —dijo Dick—. No eres una chica buena. No quiero más tratos contigo. Estaba disgustado y preocupado por ti, pero ahora ya no lo estoy.

Jo tenía un aspecto muy tétrico y sus ojos relucían por las lágrimas. Se apartó y dijo:

—Dejadme marchar. Os diré que el individuo me dio unos céntimos en pago por entregaros la carta y no sé nada más. Y que me alegro si Jorge lo está pasando mal. ¡Las personas como ella lo tienen bien merecido, creo yo!

—Suéltala —ordenó Julián, abrumado—. Es como un gatito salvaje. Todo garras y rencor. Creí que había algo bueno en ella. Siento tener que decir que me he equivocado.

—También yo lo creía —confirmó Dick, soltando el brazo de Jo —, me agradaba bastante. Vete, pues, Jo. No te molestaremos más.

Jo corrió hacia la puerta, la abrió de par en par, atravesó la entrada a toda velocidad y huyó por el camino del jardín. Cuando se hubo ido, siguió un prolongado silencio.

—Julián —susurró por fin Ana—, ¿qué vamos a hacer ahora?

Su hermano no contestó. Se levantó y se dirigió hacia la entrada.

Cogió el receptor del teléfono y se lo acercó al oído, esperando percibir el débil sonido que indicaba que había línea. Al cabo de un momento lo colgó de nuevo.

—No hay línea —dijo—. Han cortado los cables tal como dice el mensaje. Y sin duda alguna nos espían para ver si salimos a dar el aviso. Todo este asunto parece una cosa de locos. ¡No puede ser verdad!

—Pero lo es —rechazó Dick—. Es una terrible verdad, Julián. ¿Sabes tú qué cuaderno de notas es el que piden? ¡Yo no tengo ni idea!

—Ni yo —respondió Julián—. Y es imposible buscarlo porque el arca ha sido reparada y cerrada y los policías se han llevado la llave.

—Bien, así está todo —dijo Dick—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Quieres que yo me deslice fuera e intente avisar a la policía?

Julián reflexionó un momento.

—No —dijo por último—. Creo que esos individuos no se arredrarán ante nada. Sería terrible si algo le ocurriera a Jorge. No obstante, podrían capturarte a ti también y hacerte desaparecer. Están vigilando la casa, ¡no lo olvides!

—¡Pero, Julián, no podemos permanecer sentados sin hacer nada! —exclamó Dick.

—Lo sé. Sin embargo, hemos de meditar con todo cuidado lo que podemos hacer —contestó Julián—. Si por lo menos supiésemos adonde se han llevado a Jorge… podríamos rescatarla. Pero no sé cómo lograremos descubrir dónde se encuentra.

—Si uno de nosotros se ocultase en el fondo del jardín y esperase para ver quién iba a recoger el cuaderno de notas, podríamos seguirle y quizá nos guiaría hasta donde está escondida Jorge —sugirió Dick.

—Olvidas que todos hemos de permanecer mientras tanto en la habitación de delante, bien iluminada, de manera que pronto advertirían si falta alguno —repuso Julián—. Incluso Juana ha de estar allí sentada. Tu idea no es factible.

—¿Ha venido alguien a casa esta tarde? ¿Alguno de los mozos de la tienda, por ejemplo? —preguntó Ana en voz baja. Le parecía que aquellos individuos rodeaban la casa por todas partes,

escuchándolos y espiándolos.

—No. Si viniese podríamos entregarle un aviso —dijo Julián. Luego dejó caer la mano con fuerza sobre la mesa, sobresaltando a sus hermanos—. ¡Esperad! Claro está, ¡tiene que venir el chico que trae el periódico! La nuestra es la última casa de su recorrido. Aunque… puede que sea imprudente entregarle un aviso. ¿No se os ocurre algo mejor?

—Escuchad —exclamó de pronto Dick con los ojos relucientes—. ¡Ya lo tengo! Conozco al repartidor de periódicos. Es una buena persona. Mantendremos abierta la puerta de entrada y lo meteremos dentro de un empujón en cuanto aparezca. Yo saldré inmediatamente en su lugar. Me pondré su gorro y me llevaré su fardo de periódicos. Saltaré silbando sobre su bicicleta, como él suele hacerlo, y me alejaré corriendo. Ninguno de los espías se dará cuenta de que no es el mismo chico. Regresaré cuando oscurezca y me esconderé en el fondo del jardín para ver quién viene a recoger la libreta de notas… y lo seguiré.

—¡Buena idea, Dick! —asintió Julián, que lo había estado meditando mientras su hermano hablaba—. Sí, eso me parece posible. Será mejor ocultarse y observar, que avisar a la policía, porque, si esos secuestradores pretenden hacer negocio, Jorge podría pasarlo mal si se enterasen de que habíamos conseguido ponernos en contacto con la policía.

—¿No le parecerá raro todo esto al repartidor de periódicos? —preguntó Ana.

—No mucho. Es bastante tonto —replicó Dick—. Se lo cree todo. Idearemos algo que lo distraiga y le haga pasar tan bien el tiempo que desee quedarse con nosotros.

—En cuanto al cuaderno de notas —prosiguió Julián—, lo mejor que podemos hacer es coger uno cualquiera de los cajones y envolverlo con una nota que diga que suponemos que es aquél el que buscan. El que venga a recogerlo tiene que encontrar algo para llevárselo a los secuestradores. No es probable que lo desenvuelva y lo mire allí mismo, e incluso cabe en lo posible que no sea capaz de reconocer si es o no el que ellos quieren.

—Ve, Ana, y procúrate un cuaderno —dijo Dick—. Yo me quedo al acecho del repartidor de periódicos. No suele venir hasta las siete

y media, pero no quiero arriesgarme a perderle. Podría pasar hoy más temprano. Nunca se sabe.

Ana se lanzó al estudio, contenta de tener algo en qué ocupar el tiempo. Sus manos temblaban mientras abría cajón tras cajón, en busca de un cuaderno de notas que causara buen efecto una vez empaquetado.

Julián se apostó con Dick junto a la puerta de entrada, con objeto de ayudarle a luchar contra el desprevenido repartidor de periódicos. Permanecieron allí, aguardando impacientes, oyendo cómo el reloj daba las seis, luego las seis y media, luego las siete.

—¡Ya viene! —exclamó Dick de pronto—. ¡Prepárate para meterlo dentro en seguida! ¡Hola, Sid! —añadió en voz alta.

Capítulo 10

La magnífica velada de Sid

Sid, el repartidor de periódicos, se extrañó mucho al sentirse atraído hacia el interior por Julián. Aún se asombró más al notar que su vieja gorra, que llevaba sujeta por una brida, era arrancada de su cabeza y que el fajo de periódicos era sustraído de debajo de su brazo.

—¡Vaya! —exclamó en tono débil—. ¿Qué hacen ustedes?

—No pasa nada, Sid —explicó Julián, mientras le sujetaba con firmeza—. Es una broma. Te hemos reservado una jugarreta.

A Sid no le agradaban aquella clase de bromas. Forcejeó un poco. Sin embargo, pronto se dio por vencido. Julián era alto, fuerte y parecía muy resuelto a salirse con la suya. Sid se volvió y contempló a Dick, que marchaba muy tieso, con su gorra ladeada sobre la cabeza y al fajo de periódicos bajo el brazo. Se quedó boquiabierto cuando vio que Dick montaba en la bicicleta que él había dejado junto a la verja y se marchaba por el sendero, pedaleando a toda velocidad.

—¿Qué hace? —preguntó pasmado a Julián—. ¡Qué broma más rara es ésta!

—Sí. Espero que no te moleste —respondió Julián, conduciéndole hacia la salita.

—¿Alguien le apostó a que no sería capaz de repartir él los periódicos, quizá? —preguntó Sid—. Sin duda, él habrá aceptado el reto.

—¡Qué listo eres, Sid! —dijo Julián, y el chico sonrió ampliamente, con toda su redonda cara bobalicona.

—Bueno, espero que los repartirá bien. De todas formas, no quedan más que los dos de la granja por entregar. Vuestra casa es la penúltima en que paso a repartir. ¿Cuándo regresará?

—Pronto —contestó Julián—. Te quedarás hasta entonces y cenarás con nosotros, ¿verdad, Sid?

Los ojos de Sid casi se salieron de sus órbitas.

—¿Cenar con vosotros yo? —dijo—. ¡Vaya! Esto sí que va a ser un modo extraordinario de tratarme.

—Está bien, de momento siéntate y mira estos libros —dijo Julián, entregándole dos o tres libros de cuentos que pertenecían a Ana—. Voy a decir a la cocinera que haga una cena muy buena, puesto que te hemos invitado.

Sid se sentía atónito ante este trato inesperado, pero muy deseoso de aceptar una comida gratuita y un rato de descanso. Se sentó y se reclinó en el sofá, volviendo con lentitud las páginas de un cuento de hadas. ¡Vaya! ¿Qué diría su madre cuando se enterase de que había cenado en «Villa Kirrin»? ¡No se quedaría poco sorprendida!

A Julián le quedaba la tarea de convencer a Juana para que se uniese al grupo. Fue a la cocina y cerró la puerta. Presentaba un aspecto tan grave que Juana se asustó.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Julián se lo explicó. Le contó el rapto de Jorgina y la extraña nota que habían recibido. Se la entregó para que la leyese. Ella tuvo que sentarse ante el súbito temblor que asaltó a sus rodillas.

—Es como esas cosas que se leen en los periódicos, señorito Julián —dijo con voz temblorosa—. Parece imposible que puedan ocurrirle a uno mismo. No me gusta esto. Es aplastante. No me gusta nada.

—Ni a nosotros tampoco —afirmó Julián, y prosiguió relatando a Juana todo lo que habían planeado.

Ella sonrió con húmeda sonrisa cuando le contó que Dick se había ido, haciéndose pasar por el repartidor de periódicos, a fin de averiguar quién recogía el cuaderno de notas. Le contó también la sorpresa de Sid.

—¡Vaya con el bueno de Sid! —exclamó Juana—. En el pueblo oiremos hablar durante años de que se haya invitado a Sid a cenar aquí. Es bastante tonto, pero es un buen muchacho. Voy a prepararle una buena cena —continuó—. No se preocupe. En cuanto acabe, iré a reunirme con ustedes en la habitación iluminada. Jugaremos a cartas, si les parece. Un juego que Sid pueda seguir… Supongo que no sabrá más que jugar al «burro» y a la «mona».

—Es muy buena idea —asintió Julián, que había estado temiendo no saber cómo entretener a Sid durante la velada—. ¡Jugaremos a la «mona» y le permitiremos que gane!

Aquélla maravillosa velada sobrepasó todo cuanto Sid hubiera podido imaginar. Primero hubo lo que él denominó «una cena aplastante», con jamón, huevos y patatas fritas, seguido de una tartaleta de mermelada y un flan de chocolate, del cual Sid se comió poco más o menos las tres cuartas partes.

—Me encanta el flan de chocolate —explicó a Ana—. Juana sabe que me «chiflo» por todo lo que está hecho con chocolate. Es amiga de mamá y por eso está enterada. Las cosas que me gustan, me gustan muchísimo, ¿entiendes?

Ana se reía asintiendo. Se divertía con Sid a pesar de que se sentía preocupada y angustiada. ¡Pero Sid era tan cómico! No es que él pretendiera serlo. Disfrutaba en grado sumo y se encargaba de asegurarlo cada dos o tres minutos.

En verdad resultaba un huésped muy agradable. No todo el mundo celebra cada cosa con tanto placer y dice lo bueno que lo encuentra todo media docena de veces seguidas.

Después de cenar, fue a la cocina y se ofreció para fregarle los platos a Juana.

—Siempre se los friego a mi madre —dijo—. No le romperé nada.

Así, pues, él fue quien fregó los platos y Ana los secó. Julián pensó que era bueno mantener ocupada a la niña el mayor tiempo posible para que se distrajera de su preocupación.

Más tarde Sid pareció sobrecogido cuando se le rogó que participase en el juego de cartas.

—¡Vaya, no sé qué decir! —contestó—. No juego muy bien. He

intentado aprender varias veces, pero es bastante complicado y me armo un lío. Si no me enredara, me gustaría mucho jugar.

—Habíamos pensado jugar a la «mona» —dijo Julián.

Al oír esto se iluminó el rostro del muchacho.

—¿A la «mona»? ¡Por ese camino ya sé ir! —exclamó satisfecho.

Y era verdad. Tenía una cierta destreza para manejar las cartas y esto le hizo ganar varias veces. Se mostraba entusiasmado.

—Es una velada aplastante —seguía repitiendo—. No recuerdo cuánto tiempo hace que no me había divertido tanto. ¿Cómo se las estará arreglando vuestro hermano? Espero que me devuelva mi «bici» en buen estado.

—Sí, seguro que lo hará, no te preocupes —respondió Julián mientras barajaba las cartas para empezar la sexta partida de la «mona». Estaban todos reunidos en la salita iluminada, sentados alrededor de una mesa junto a la ventana: Julián, Ana, Juana y Sid. Cualquiera que se hallase al acecho podía verlos claramente, y con seguridad no adivinaría que Sid, el cuarto personaje, era el repartidor de periódicos y no Dick.

A las once, Julián se levantó para ir a colocar el paquete, que Ana había preparado con cuidado, debajo de la piedra del fondo del jardín. La niña había cogido un recio cuaderno de notas que le pareció que serviría para el caso y que no contenía cosas importantes. Lo había envuelto con papel, atándolo con una cinta. Julián metió una nota en su interior.

> *Les entregamos el cuaderno. Por favor, dejen inmediatamente en libertad a mi prima. Si la retienen por más tiempo les acarreará serias preocupaciones.*

Se deslizó hasta el fondo del jardín y enfocó con su linterna el empedrado desigual. Cuando llegó a la última piedra advirtió que estaba suelta. La levantó con facilidad y depositó el paquete en un agujero que parecía preparado a propósito para ello. Miró a su alrededor con precaución, pensando que Dick andaría escondido por allí cerca, pero no consiguió ver a nadie.

En menos de dos minutos volvía a estar sentado en la salita iluminada, gritando «mona» de cuando en cuando como los demás.

Jugaba mal con toda intención, porque deseaba que ganara Sid, el cual se encontraba en la gloria, y también, porque estaba preocupado por Dick. ¿Se encontraría su hermano bien?

Una salva de fuertes chillidos de búho sobresaltó a todo el mundo. Julián miró a Juana y a su hermana y ambas asintieron con la cabeza. Los tres habían adivinado que se trataba de la señal que indicaba que el paquete había sido hallado y recogido. Ahora podrían librarse de Sid y esperar a Dick con tranquilidad.

Juana salió y volvió a entrar con tazones de chocolate y un plato con bollos. Los ojos de Sid centelleaban. ¡Aquélla era una velada de la que se podría vanagloriar por mucho tiempo!

Transcurrió una hora más comiendo, bebiendo y escuchando a Sid relatar los múltiples detalles de las emocionantes partidas de «mona» que había jugado durante su vida. Luego siguió hablando del «burro» y parecía desear permanecer más tiempo con ellos con objeto de jugar una partida de ese juego.

—Tu madre va a sentirse preocupado por ti. Creerá que te ha ocurrido algo —dijo Julián mirando el reloj—. Es ya muy tarde.

—¿Y dónde está mi bicicleta? —preguntó Sid, comprendiendo con pesar que la «aplastante» velada había tocado a su fin—. ¿Aún no ha regresado vuestro hermano? Decidle que me la deje en casa mañana por la mañana, antes de la hora de repartir los periódicos. Y también mi gorra. Es la gorra de Servicio Especial. Yo la cuido con mucho interés. Es una gorra «aplastante».

—Sí que lo es —admitió Julián, que ahora se sentía de pronto agotado—. Pero oye, Sid, es muy tarde y puede haber maleantes rondando por ahí. Si alguien te dirige la palabra, tú no contestes y échate a correr con todas tus fuerzas y no te pares hasta llegar a tu casa.

—¡Vaya! —exclamó Sid, y sus ojos parecieron salírsele de las órbitas—. Sí, sí… Ya lo creo que correré.

Intercambiaron solemnes apretones de manos y luego Sid se fue. Silbaba con todas sus fuerzas para mantener firme su ánimo. Uno de los agentes del pueblo compareció por una esquina, sin hacer el menor ruido a causa de sus suelas de goma, y le hizo pegar un brinco.

—¡Vaya, Sid! —le interpeló el policía con sorna—. ¿Qué haces

por las calles a estas horas?

Sid no se detuvo a contestarle, sino que voló hasta su casa. Al llegar, divisó su bicicleta apoyada en la reja de la entrada. Sobre ella se encontraba la sobada gorra y la carpeta de los periódicos.

«¡Muy bien! —pensó Sid—. Ha cumplido su palabra».

Se sintió desengañado al no ver luz en las ventanas de su casa. Su madre debía estar ya en la cama y dormida. Tendría, pues, que esperar hasta mañana para relatarle su extraordinaria velada.

Y, entre tanto, ¿qué le había ocurrido a Dick? Había salido disparado de su casa. Montó en la bicicleta de Sid y pedaleó con todas sus fuerzas, llevando la deslumbrante gorra de Sid bien asentada sobre la cabeza. Le pareció ver que algo se movía en un seto cercano y pensó que quizás alguien estuviese escondido allí, espiando. Deliberadamente, amenguó la velocidad, se detuvo por fin y bajando de la bicicleta simuló arreglar algo en una rueda. De este modo daría ocasión al espía para ver su gorra y el fajo de periódicos, y le engañaría, haciéndole pensar que, sin duda alguna, se trataba del repartidor de periódicos.

Continuó hasta la granja y entregó los dos periódicos que faltaban. Luego siguió hasta el pueblo y dejó las cosas de Sid a la puerta de su casa. Después se metió un rato en el cine… con objeto de esperar hasta que se hiciera de noche y la oscuridad le protegiera para volver a «Villa Kirrin».

Por fin alcanzó la meta. Había dado un gran rodeo para llegar hasta allí. Se acercó a la parte trasera del jardín. ¿Dónde podría esconderse? ¿Estaría ya alguien merodeando por allí? Si era así, le habían ganado la partida y él también se vería secuestrado…

Capítulo 11

Dick atrapa una sombra

Dick procuraba mantenerse inmóvil por completo y escuchaba reteniendo la respiración. No se oía nada, excepto el susurro de los árboles cercanos y el chillido repentino de una rata de campo. La noche era oscura y nublada. ¿Habría alguien escondido por allí cerca? ¿Podría hallar un sitio seguro donde ocultarse y esperar?

Durante unos minutos permaneció meditando. Luego decidió que no debía de haber nadie espiando por detrás de la casa, cuyas luces se habían apagado. Julián y los otros debían de estar a la vista del que los estuviera acechando, sentados en la habitación iluminada de delante. No parecía necesario que nadie vigilara por detrás.

Estuvo pensando dónde se ocultaría y por fin tuvo una decisión rápida.

«Me subiré a un árbol —pensó—. Lo mejor será que me decida por el que se alza junto al camino de pavimento irregular. Si las nubes se aclaran, quizás alcance a ver al hombre que viene a recoger el paquete. Entonces me deslizaré del árbol y me aproximaré a él furtivamente».

Trepó a un roble y se encaramó a las ramas que dominaban el sendero. Llegó a un sitio en que las ramas se cruzaban y le brindaban un asiento confortable. Allí se instaló para esperar con paciencia.

¿Qué hora señalaba la nota? ¿Las once? Sí, Julián debía salir a las once y dejar el paquete debajo de la piedra. Escuchó con atención para oír tocar las horas en el reloj de la iglesia. Si el viento

soplaba en dirección favorable, las percibiría con toda claridad.

En aquel mismo momento sonó el reloj. Eran las diez y media. Aún tendría que esperar media hora. Aquello era lo peor. Dick metió la mano en su bolsillo y extrajo de él una barrita de chocolate medio derretido. Empezó a chuparla con parsimonia con objeto de que le durara mucho.

El reloj de la iglesia dio las once menos cuarto. Dick acabó su chocolate y pensó si Julián tardaría aún mucho tiempo. En el momento en que el reloj empezaba a dar las once, la puerta de la cocina se abrió y Dick vislumbró a su hermano perfilándose en la abertura. Llevaba el paquete bajo el brazo.

Vio que Julián descendía ligero por el camino y pensó que iría mirando a todas partes. No se atrevió a hacer la más leve señal para que su hermano supiera que él se encontraba sobre su cabeza.

Oyó el roce de los pasos de Julián sobre el camino y luego como éste levantaba la piedra y la volvía a colocar en su sitio. Vigiló la luz de la linterna de Julián cuando regresaba por el camino hacia la puerta de la cocina. Luego, la puerta se cerró de golpe.

Dick casi no podía respirar. ¿Quién vendría ahora a recoger el paquete? Escuchaba, rígido por la emoción. El viento soplaba y las hojas rozaban su espalda y le sobresaltaban. Le parecía como si un dedo fantasmal lo estuviera tocando.

Transcurrieron cinco minutos y nadie apareció. De pronto oyó un ruido muy tenue. ¿Se acercaba alguien hacia la verja del jardín? Por más que forzaba sus ojos no alcanzó a descubrir más que una sombra más oscura que parecía moverse. Después pudo oír con claridad la fuerte respiración de alguien que intentaba mover la piedra. ¡Estaban recogiendo el paquete tal como habían acordado!

La piedra volvió a su sitio y la sombra se deslizó de nuevo hacia la verja. El que había recogido el paquete se lo llevaba ahora.

Dick descendió del árbol. Calzaba zapatos de goma y no hacía el menor ruido. En silencio corrió hacia un gran hueco que había en el seto y permaneció allí quieto, esforzando la vista para descubrir al hombre que pretendía seguir. ¡Ah! Allí estaba la sombra, que se movía calladamente bajando por el camino del prado. Dick la siguió, manteniéndose al amparo del seto.

Continuó detrás de la movediza sombra hasta que ésta llegó al

portillo, lo franqueó y se encaminó hacia la llanura.

Cuando llegó allí fue acogido por un coro de chillidos de búho. Dick se sintió muy asustado.

¡Ah, claro estaba! Aquélla era la señal de que el paquete había sido recogido. Dick se quedó admirado ante la buena imitación de los gritos del búho.

La sombra se detuvo respondiendo con el mismo grito y luego prosiguió su camino. Se veía que no sospechaba siquiera que le estuviesen siguiendo y, por eso, avanzaba con tranquilidad y no se preocupaba de ponerse a cubierto. Continuó su marcha y penetró en un campo cercado.

Dick iba a seguirle cuando oyó voces. Hablaban en voz baja y no podía entender ni una palabra. Se protegió bajo la sombra de una verja que estaba abierta y daba paso al campo.

Un gran ruido le sobresaltó de pronto. A continuación una luz brillante le deslumbre y apenas tuvo tiempo para esconderse detrás de la verja. En el campo había un coche. Su motor acababa de ponerse en marcha y las luces se habían encendido. Ahora avanzaba, se movía con lentitud hacia la verja.

Dick puso gran empeño en reconocer a los ocupantes del coche. Sólo alcanzó a ver a un hombre, el que iba al volante. Parecía que en el coche no hubiera nadie más. ¿Dónde se encontraría el otro individuo, el que había recogido el paquete y se lo había entregado al hombre del coche? ¿Se había quedado atrás? Por si fuera así, Dick debía guardar ciertas precauciones.

Pronto el coche salió del campo y siguió por el camino. Adquirió velocidad y Dick oyó el ronquido del motor que se alejaba. Él no podía detener un coche, eso estaba bien claro. Contuvo la respiración, prestando atención por si oía moverse al otro hombre que debió quedarse por allí.

Percibió un bufido y procuró ocultarse aún mejor. Una sombra pasó rápidamente por la verja, dio la vuelta en dirección a «Villa Kirrin» y se perdió de vista en la oscuridad del camino.

En un santiamén, Dick resolvió iniciar su persecución. ¡Al menos podría detener a ese individuo! ¡Debía dirigirse a algún lugar determinado!

En efecto, sin detenerse por el camino hacia el portillo, lo pasó y

se dirigió al campo. Atravesándolo llegó hasta la verja que daba entrada a «Villa Kirrin».

¿Por qué regresaría allí aquel individuo? Dick se sentía lleno de asombro. Oyó que la sombra se deslizaba a lo largo de la verja y la siguió. Observó cómo avanzaba con cautela por el camino, se aproximaba a la casa y miraba hacia el interior de una ventana oscura.

«Supongo que piensa introducirse de nuevo en la casa y registrarla», pensó Dick, furioso.

Contempló la oscura figura junto a la ventana. No parecía muy grande. Sin duda se trataba de un hombre muy pequeño, a quien Dick podría atacar y hacer caer. Pensó en gritar bien fuerte para que Julián acudiera en su ayuda. No le costaría mucho trabajo mantener en el suelo a aquel individuo hasta que Julián llegara.

«Entonces quizá también nosotros podamos actuar de secuestradores a nuestra vez y entablar negociaciones —pensó Dick—. Puesto que tienen a Jorge como rehén, nosotros nos quedaremos con uno de ellos. Ojo por ojo y diente por diente».

Esperó hasta que la sombra se alejó de la ventana y entonces se abalanzó sobre ella. Su víctima cayó al suelo en el acto lanzando un grito.

Dick se sorprendió al comprobar lo pequeña que era… ¡Pero, Dios mío, cómo luchaba! Mordía, pateaba, daba puñetazos… Los dos, cogidos uno al otro, rodaban por el suelo, destrozando las margaritas de los parterres y arañándose las piernas, los brazos y los rostros con las espinas de los rosales. Dick llamaba a Julián sin cesar.

—¡Julián! ¡Julián! ¡Socorro! ¡Julián!

Julián le oyó y salió de la casa.

—Dick, Dick, ¿dónde estás? ¿Qué ocurre?

Enfocó su linterna hacia el lugar de donde partían los gritos y descubrió a Dick rodando por el suelo abrazado a alguien. En el acto corrió a auxiliarle, arrojando su linterna entre la hierba para tener ambas manos libres.

No pasó mucho tiempo antes de que hubiera dominado a las dos figuras que luchaban y las separara, conduciéndolas hasta la puerta trasera. El desconocido sollozaba. Dick reconoció entonces su voz.

¡Cielo santo, no! ¡No podía ser… no podía ser Jo!

¡Pero sí lo era! Cuando la arrastraron al interior, la niña se quedó paralizada, llorando, gimiendo y frotándose sus piernas arañadas, llenas de cardenales, e insultando a los muchachos con todos los nombres que le pasaban por la cabeza. Ana y Juana, que se habían acercado, los miraban con gran extrañeza. ¿Qué había ocurrido?

—Subidla a uno de los dormitorios y metedla en la cama —dijo Julián—. Está en muy mal estado. Y yo también. No le hubiese pegado tan fuerte si hubiese sabido que se trataba solamente de Jo.

—Nunca lo hubiese creído —comentó Dick, secándose su maltrecha cara con el pañuelo—. ¡Os doy mi palabra de que es un verdadero gato salvaje! ¡Fijaos cómo me ha mordido!

—No sabía que eras tú, Dick, palabra. Yo no lo sabía —gemía Jo —. Te abalanzaste sobre mí y yo sólo luché para defenderme. Si hubiese sabido que eras tú, no te hubiese mordido.

—Eres un gato salvaje y tramposo y que tiene dos caras —exclamó Dick, furioso, contemplando los mordiscos y rasguños que señalaban su cuerpo—. Has estado fingiendo no saber nada del hombre que te dio la nota… Y todo el tiempo estabas de acuerdo con la banda de ladrones y secuestradores.

—No estoy de acuerdo con ellos —sollozaba Jo.

—No sigas con tus mentiras —gritó Dick, enfurecido—. Yo estaba en lo alto de un árbol cuando tú viniste a recoger el paquete de debajo de la piedra… Sí. ¡Y te he seguido hasta el coche y después te he vuelto a seguir hasta aquí! Has vuelto a la casa para robar de nuevo, me imagino.

Jo protestó llorando:

—No, yo no he hecho nada de eso.

—¡Sí que lo has hecho! Y mañana sin falta te entregaremos a la policía —insistió Dick, que continuaba indignado.

—No regresé para robar. Vine para otra cosa —negaba Jo, y sus ojos brillaban por entre su pelo revuelto como los de un animal asustado.

—¡Ya! ¡Eso dices tú! ¿Para qué regresaste, pues? ¿Para buscar otro perro y narcotizarlo como a Tim? —gritaba Dick.

—No —contestó la muchachilla con voz plañidera—. Vine para

deciros que os conduciría adonde estaba Jorge si queríais confiar en mí. Mi padre me mataría si sospechara que yo le traiciono. Es verdad que cogí el paquete… Tenía que hacerlo, pero no sabía lo que contenía. Lo llevé hasta el lugar que se me dijo. Hice tan sólo lo que Jake me ordenó. Luego regresé para deciros todo lo que sabía. ¡Y te lanzaste sobre mí de aquella forma!

Cuatro pares de ojos se clavaron en Jo y ella se cubrió la cara con las manos. Dick se las separó y obligó a la niña a que le mirara.

—Oye —le dijo en tono solemne—, es muy importante para nosotros saber si dices la verdad o no. ¿Sabes de veras dónde se encuentra Jorge?

Jo asintió con la cabeza.

—¿Y nos conducirás hasta allí? —preguntó Julián con voz seria y fría.

Jo volvió a asentir.

—Sí, os guiaré. Os habéis portado muy mal conmigo, pero yo os demostraré que no soy tan mala como creéis. Os conduciré adonde está Jorge.

Capítulo 12

¡Jo habla por fin!

El reloj de la entrada resonó fuertemente: ¡Dong!

—¡La una! —exclamó Juana—. La una de la madrugada. Señorito Julián, no podremos hacer nada más por esta noche. Esta gitanilla no se halla en estado de poderles llevar a ninguna parte. Está agotada. Apenas puede sostenerse de pie.

—Sí, tiene usted razón, Juana —asintió Julián, abandonando al punto la idea de ir aquella misma noche en busca de Jorgina—. Tendremos que esperar hasta mañana. Es una pena que los cables telefónicos hayan sido cortados. Creo que sería muy conveniente que la policía se enterara de todo esto.

Al oír sus palabras, Jo levantó la cabeza vivamente.

—En ese caso, no os diré dónde está Jorge —aseguró—. ¿Sabéis lo que me hará la policía si me coge? Me meterá en un reformatorio y nunca jamás saldré de allí, porque yo soy una niña mala que hice cosas malas. Nunca he podido hacer otra cosa.

—Todo el mundo tiene alguna oportunidad más tarde o más temprano —respondió Julián con amabilidad—. Tú también tendrás la tuya, Jo, pero cuida de aprovecharla cuando llegue. Está bien, no daremos cuenta a la policía si prometes conducirnos hasta donde se encuentra Jorge. Esto es un trato.

Jo comprendía muy bien lo que era un trato. Asintió con la cabeza. Juana forzó a la niña a ponerse en pie y la condujo al piso de arriba.

—En mi habitación hay un catre —comunicó a Julián—. Puede acostarse allí por esta noche, pero, aunque sea tan tarde, voy a

darle un baño primero. Huele como algo que el perro trajo aquí el otro día.

En menos de media hora Jo estuvo acostada en el lecho de la habitación de Juana. Estaba reluciente de limpieza, si bien llena de rasguños y cardenales. Su pelo recién lavado, seco y cepillado, se veía tan rizado como el de Jorgina. Un tazón de leche caliente y un pedazo de pan aparecían puestos frente a ella.

Juana fue hasta el rellano y llamó a la puerta del dormitorio de los chicos.

—¡Señorito Julián! Jo está ya en la cama. Quiere decirles algo a usted y al señorito Dick.

Dick y Julián se pusieron los batines y se dirigieron a la habitación de Juana. Apenas pudieron reconocer a Jo. Se había puesto uno de los viejos pijamas de Ana y parecía muy limpia y más infantil que antes. Presentaba un cierto aire patético.

Los miró y les dirigió una leve sonrisa.

—¿Qué quieres decirnos? —preguntó Julián.

—Hay varias cosas que debo comunicaros —respondió Jo, revolviendo lentamente el pan dentro de su tazón—. Me siento buena ahora… Buena, limpia y todo lo demás. Pero quizá mañana vuelva a ser como siempre y entonces no os lo contaría todo. Será mejor, pues, que os lo diga ahora.

—Habla ya —apremió Julián.

—Fui yo quien hice entrar a aquellos hombres en vuestra casa la otra noche.

Julián y Dick se miraron atónitos. Jo siguió revolviendo su pan.

—Es la verdad —dijo—. Penetré por la pequeña ventana que había quedado abierta, fui hasta la puerta trasera y la abrí. Ellos entraron y revolvieron la habitación. Yo les miraba. Se llevaron muchos papeles.

—No pudiste haberte deslizado por aquella ventana —replicó Dick incrédulo.

—Pues lo hice —respondió Jo—. Yo he pasado a través de muchas ventanas pequeñas. Sé cómo arreglármelas. Últimamente ya no puedo hacerlo tan bien como antes, porque voy creciendo. Pero la vuestra me resultó muy fácil.

—¡Vaya! —exclamó Julián, y dejó escapar un gran suspiro. No

sabía qué decir—. Cuéntanos más cosas. Supongo que, cuando los hombres hubieron acabado, tú cerraste la puerta de la cocina y saliste otra vez por la ventana de la despensa.

—Sí —continuó Jo, y se llenó la boca con un gran pedazo de pan mojado en leche.

—¿Y qué pasó con Tim? ¿Quién le dio la droga que le obligó a dormir toda la noche? —preguntó Dick.

—Yo. Fue muy sencillo.

Los niños se quedaron mudos por el asombro. ¡Pensar que Jo había realizado también aquella faena! ¡Qué niña tan malvada!

—Me había hecho amiga de Tim en la playa, ¿no os acordáis? —prosiguió ella—. Jorge se enfadó por ese motivo. A mí me gustan mucho los perros. Siempre tuvimos a docenas, hasta que murió mamá, y todos me obedecían ciegamente. Papá me explicó lo que debía hacer: trabar amistad con Tim, de manera que, cuando me acercase a él por la noche, él aceptara de mí la carne drogada que yo le ofrecería.

—Ya veo. Un trabajo fácil porque dejamos salir a Tim solo. Lo mandamos derechito hacia ti —comentó Dick con amargura.

—Sí. Se acercó en seguida a mí. Estaba contento de verme. Lo llevé de paseo conmigo y de cuando en cuando le permitía oler la carne que traía para él. Cuando se la di, la tragó de un solo bocado, casi sin masticarla.

—Y se quedó profundamente dormido durante toda la noche, de manera que tú y tus preciosos amigos pudisteis penetrar en la casa —dijo Julián—. Lo único que puedo decir es que eres una pequeña intrigante. ¿No te avergüenzas de tu conducta?

—No lo sé —respondió Jo, que, en realidad, no se sentía muy segura de en qué consistía la vergüenza—. ¿Queréis que siga contándoos cosas?

—¡Claro que sí! Prosigue —la animó Dick en seguida—. ¿Tuviste parte en el rapto de Jorge?

—Sólo tuve que chillar como un búho cuando ella y Tim se acercaron. Los hombres los esperaban preparados con un saco para cubrirle la cabeza a, Jorge. A Tim pensaban golpearlo en la cabeza para que quedara sin sentido y poder meterlo también en un saco. Yo tuve que deslizarme hasta aquí y cerrar la puerta a fin de que, si

alguno de vosotros se daba cuenta de que Jorge faltaba de casa, os imaginarais que había salido temprano a dar un paseo.

—Así lo creímos en efecto —refunfuñó Dick—. ¡Qué tontos hemos sido! La única buena idea que se nos ocurrió fue la de espiar a la persona que recogió el paquete.

—Era yo —confesó Jo—. De todas formas pensaba regresar para deciros que os conduciría a Jorge. No porque me guste, pues la verdad es que no me gusta nada. Es una chica horrible y mal educada. ¡Si por ella fuera, me alegraría de que permaneciese secuestrada durante años!

—¡Qué amable y bondadosa eres! —comentó Julián con desesperación—. ¿Qué se puede hacer con una muchacha así? Puesto que deseabas que Jorge permaneciera secuestrada durante años, ¿qué es lo que te ha impulsado a venir y contarme dónde podíamos hallarla? —le preguntó con extrañeza.

—A mí no me gusta Jorge… pero me gusta él —declaró Jo, señalando a Dick con la cuchara—. Se ha mostrado amable conmigo y yo deseaba corresponderle de alguna forma. Eso me ocurre pocas veces —añadió avergonzada, como si el ser amable fuera una debilidad nada admirable, muy poco digna de admiración—. Quería que él siguiera siendo amable conmigo.

Dick la miró.

—Me gustarás si nos conduces hasta Jorge —dijo—. En caso contrario, no. Si nos engañas, te consideraré como un hueso de ciruela agria, que sólo sirve para escupirlo lo más lejos posible.

—Mañana lo haré —prometió la chiquilla.

—¿En dónde está Jorge? —preguntó Julián, pensando que sería mejor enterarse cuanto antes por si acaso Jo cambiaba de pensamiento de aquí a la mañana siguiente y volvía a comportarse como una niña mala.

Jo dudaba. Dirigió sus ojos a Dick.

—Serías muy amable si nos lo dijeras —añadió Dick con voz cariñosa.

Jo apreciaba mucho el cariño y no supo resistirse.

—Está bien —susurró—. ¿Recordáis que os dije que mi padre se había marchado y me había dejado con Jake? Bien, papá no me confió el motivo, pero Jake sí que me lo explicó. Papá había

encerrado a Jorge y a Tim en nuestro carromato, había colocado los arneses a nuestro caballo, Blacky, y se había marchado a medianoche, llevándose a los dos, secuestrados. Y me parece que adivino adonde se ha dirigido… al mismo lugar al que va siempre que quiere esconderse.

—¿Dónde? —preguntó Julián, tan extrañado al oír aquellas extraordinarias revelaciones que empezaba a creer que estaba soñando.

—En el medio del bosque del Cuervo. Vosotros no sabéis dónde está situado, pero yo sí lo sé. Mañana os guiaré hasta allí. No puedo deciros nada más por ahora.

Empezó a engullir a toda prisa cucharadas de leche con pan, mirando al mismo tiempo a los niños a través de sus largas pestañas.

Dick la observaba a su vez con perplejidad. Estaba seguro de que la niña había dicho la verdad en esta ocasión, aunque también sabía que ella habría mentido si hubiese podido obtener con ello mayores beneficios.

La consideraba como un mono salvaje, lleno de sangre fría, mas, a pesar de eso, la compadecía y la admiraba sin querer por su extremo valor.

Reparó en sus heridas y cardenales y se mordió los labios al recordar cómo se había abalanzado sobre ella y le había pegado, devolviéndole golpe por golpe y bofetón por bofetón. Ni por un momento había sospechado que se tratase de Jo.

—Siento haberte hecho tanto daño —dijo—. No quería herirte. No sabía que fueras tú.

Jo lo miró como un esclavo podría mirar a su rey.

—No me importa —dijo—. Haría cualquier cosa por ti. ¡Seguro que lo haría! Eres bueno:

Juana llamó a la puerta con impaciencia.

—¿Aún no habéis acabado, muchachos? —dijo—. Quiero acostarme de una vez. Decid a Jo que no hable más y vosotros id a la cama.

Los niños abrieron la puerta. Juana echó un vistazo a sus solemnes rostros y adivinó que lo que Jo les había dicho era algo muy importante. Recogió el tazón vacío de entre las manos de la

niña y dio un empujón a ésta para que se echara.

—Ahora te vas a dormir en seguida y pobre de ti si te oigo moverte durante la noche. Me levantaré y te daré tal zurra que no podrás sentarte durante un mes —dijo con rudeza no exenta de bondad.

Jo sonrió. Entendía bien aquella manera de hablar. Se arropó entre las mantas, maravillada al sentir el calorcito y la blandura de aquella cama. En seguida se quedó medio dormida. Juana se metió en la cama y apagó la luz.

—¡Son las dos de la madrugada! —murmuró al oír sonar el reloj de la entrada—. ¡Cuántos acontecimientos, Dios mío! Me va a resultar imposible despertarme para cuando llegue el lechero y necesito decirle que me deje más leche.

Muy pronto todos estuvieron durmiendo. Sólo Julián continuaba despierto. Estaba preocupado por saber si habían obrado correctamente. También pensaba en Jorge. ¿Estaría sana y salva? ¿Podían confiar en que Jo, aquella niña vagabunda, les conduciría hasta el carromato al día siguiente, o bien iba a engañarles y les metería en la boca del lobo y todos se verían también secuestrados? Julián no acertó a dilucidarlo.

Capítulo 13

En busca de Jorgina

A la mañana siguiente, Juana fue la única en despertarse relativamente temprano. Pese a ello, no llegó a tiempo de ver al lechero. Había bajado a las siete y media, una hora más tarde que de costumbre, atándose apresurada el delantal mientras descendía los escalones.

—¡Las siete y media! ¡Qué hora de despertarse! —iba murmurando en tanto encendía el fuego de la cocina.

Meditaba en los sucesos de la pasada noche… ¡Qué velada más extraña habían pasado con Sid!… Y Dick había capturado a Jo… Y las extraordinarias historias que Jo había contado. Juana había echado una mirada a Jo antes de bajar. Casi esperaba que aquel golfillo vivaracho hubiera desaparecido durante la noche.

Sin embargo, Jo dormía acurrucada como un gatito, con su morena mejilla apoyada en su diminuta mano. Su pelo, limpio y reluciente como nunca, caía sobre sus ojos cerrados. Ni siquiera se movió cuando Juana deambuló por el dormitorio, lavándose y vistiéndose.

Los demás dormían también profundamente. Julián fue el primero en despertar, pero tal cosa no ocurrió hasta las ocho. Recordó en seguida todo lo que había acontecido y saltó de su cama en el acto.

Se dirigió a la habitación de Juana. Oía que ésta rondaba por la cocina, en la planta baja, hablando sola en voz alta, como solía hacer. Miró a hurtadillas por la puerta entreabierta del dormitorio. ¡Menos mal!… ¡Jo seguía aún allí!

Se acercó a la niña y la sacudió con suavidad. Ella hizo un movimiento como para apartarlo, se dio la vuelta y hundió la cabeza bajo la almohada. Julián la sacudió un poco más fuerte. Quería despertarla y hacer que les condujese hasta donde estaba Jorgina lo más pronto posible.

Como por arte de magia, todo el mundo se encontró abajo tomándose las gachas del desayuno a las ocho y media. Los tres hermanos aparecían ojerosos y fatigados. Jo fue servida en la cocina y, de cuando en cuando, se oía a Juana amonestarla por sus malos modales.

—¿Por qué tienes que engullir de ese modo tan precipitado, como si el perro fuese a venir para arrebatarte la comida de tu plato antes de que hubieses acabado? ¿Y quién te ha mandado que mojes los dedos en la mermelada y luego te los lamas? Yo tengo ojos en el cogote. Así es que ¡cuidadito con lo que haces!

A Jo le gustaba Juana. Sabía a qué atenerse con respecto a ella. Si se mantenían en buenas relaciones y hacía lo que ella le ordenara, Juana la alimentaría bien y no se metería demasiado con ella… Si no la obedecía, Jo sabía bien lo que le esperaba: riñas y algún que otro porrazo. Juana era bondadosa pero impaciente. Sin embargo, ningún niño la había temido jamás. Jo la seguía por todas partes, como un perrito, cuando hubo acabado su desayuno.

Julián fue a la cocina a las nueve.

—¿Dónde está Jo? —preguntó—. ¡Ah, estás aquí! Bueno, ¿cuándo nos llevas al carromato de tu padre? ¿Sabes bien el camino?

—¡Claro que lo sé! —respondió Jo riéndose, burlona—. Conozco toda esta comarca en muchos kilómetros a la redonda.

—Muy bien —dijo Julián, y sacó un mapa que extendió sobre la mesa de la cocina. Señaló con su dedo un punto determinado—. Aquí está Kirrin —dijo—. Y aquí un lugar llamado bosque del Cuervo. ¿Es a este bosque al que tú te refieres? ¿Cómo te propones llegar hasta allí? ¿Por este camino o por aquél?

Jo contempló el mapa. Aquello no significaba nada para ella. Miraba con vaguedad hacia el punto que el chico le señalaba.

—¿Qué dices a eso? —preguntó Julián con impaciencia—. ¿Es éste el bosque del Cuervo de que hablabas ayer?

—No sé —contestó Jo con desaliento—. Yo quiero decir un bosque de veras. Nunca he estado en ese bosque tuyo del mapa.

Juana dio un bufido.

—Los mapas del señorito Julián no sirven para ella. No creo que haya visto uno en toda su vida. ¡Si ni siquiera sabe leer!

—¿De veras? —exclamó Julián muy extrañado—. ¿Ni tampoco escribir? —Y miraba a Jo con expresión interrogante.

La niña movió la cabeza denegando.

—Mamá intentó enseñarme a leer —dijo—, pero ella tampoco sabía mucho. De todos modos, ¿para qué sirve leer? No te sirve para cazar conejos ni para pescar algo de comer, ¿verdad?

—No, aunque sirve para otras muchas cosas —replicó Julián, divertido—. Bien. Ya veo que es inútil hacerte mirar el mapa.

Lo guardó, pensativo. Era difícil saber cómo tratar a una persona como Jo, que sabía tan poco respecto a algunas cosas y tanto respecto a otras.

—Ya verá usted como sabe bien el camino —dijo Juana, mientras rascaba una cazuela—. Esta clase de gente suele ser como los perros… Con el olfato reconocen el camino que deben seguir.

—¿Es cierto eso? ¿Puedes acertar el camino por el olfato, como un perro? —preguntó Ana con curiosidad.

Había entrado para enterarse de lo que ocurría y le agradaba pensar que Jo pudiese averiguar dónde hallaba su prima sólo con husmear, como lo hacía Tim.

—No, no puedo —respondió Jo—. Simplemente conozco el camino. Pero yo no voy por la carretera. Es demasiado largo. Siempre voy por el camino más corto.

—¿Y cómo sabes que es el camino más corto? —se interesó Ana.

Jo encogió sus delgados hombros. Toda aquella historia le molestaba.

—¿Dónde está el otro chico? —preguntó—. ¿No va a venir con nosotras? Me gustaría verlo.

—Está loca por Dick —comentó Juana, empezando a fregar la cazuela—. ¡Mírale, aquí viene! ¡Puedes lamerle las botas si lo deseas, Jo!

—¡Hola, Jo! —saludó Dick con una amable sonrisa—. ¿Nos vas a acompañar?

—Mejor será que vayamos de noche —propuso ella mirando a Dick.

—¡Oh, no! —respondió éste—. ¡Iremos ahora mismo! No vamos a estar aplazándolo así. Ahora, Jo, ¡ahora mismo!

—Si papá nos ve llegar se pondrá hecho una furia —rechazó la niña con obstinación.

—Está bien —dijo Dick mirando a Julián—. Iremos nosotros solos. Ya hemos localizado el bosque del Cuervo en el mapa. Podremos llegar allí fácilmente por nuestra cuenta.

—¡Bah! —exclamó Jo con aspereza—. Quizá podáis llegar allí fácilmente como dices, pero el bosque del Cuervo es un lugar muy grande y… nadie más que papá y yo sabemos dónde solemos ocultar el carromato. Y si papá quiere tener a Jorge segura la meterá en el hoyo que está oculto en medio del bosque, ¿sabéis? No podéis ir sin mí.

—De acuerdo. Entonces haremos que la policía nos conduzca —repuso Julián con desenfado—. Nos ayudarán a rastrear el bosque de punta a punta. Pronto hallaremos a Jorge.

—¡No! —gritó Jo muy asustada—. Habéis dicho que no lo haríais. ¡Lo habéis prometido!

—También tú nos habías prometido algo —le recordó Julián—. Fue un trato. Sin embargo, veo que no se puede confiar en ti. Voy a coger mi bicicleta y me iré al puesto de policía.

Antes de que pudiese salir, la chiquilla se lanzó sobre él y se colgó de su brazo como un gato.

—¡No! ¡No! Yo os conduciré… ¡cumpliré mi palabra! ¡Pero que conste que sería muchísimo mejor ir de noche!

—No pienso aplazar más las cosas —resolvió Julián desasiéndose de Jo—. Si es verdad lo que dices, nos vas a acompañar ahora mismo. ¡Decídete!

—Iré —afirmó Jo.

—¿No sería mejor que le diésemos antes otros pantalones o algo con que vestirse? —intervino Ana advirtiendo que la niña presentaba un gran agujero en sus raídos pantalones—. No puede salir así. ¡Y mirad qué viejo es su jersey! Está lleno de boquetes…

Los chicos la miraron,

—Olería mejor si llevase ropa limpia —asintió Juana—. Tengo

unos pantalones viejos de Jorge que lavé y remendé la semana pasada. Podría ponérselos. Y también hay una camisa muy usada que no le vendría mal.

Al cabo de cinco minutos, Jo, muy satisfecha, se había puesto los viejos pantalones de Jorgina, muy limpios, aunque bastante remendados, y una camisa igual a la que llevaba Ana. Ésta la miró y se rió.

—¡Ahora aún se parece más a Jorge! Podrían ser hermanas.

—Hermanos, querrás decir —replicó Dick—. Jorge y Jo. ¡Vaya un par!

Jo refunfuñó. No le gustaba Jorgina y no quería parecerse a ella en absoluto.

—¡Incluso refunfuña exactamente igual que Jorge! —comentó Ana.

Jo le dio la espalda en seguida. Juana aprovechó la ocasión para reñirla.

—¡Qué gesto más feo pones! Ten cuidado con que el viento no cambie y se te quede la cara en esa posición.

—¡Vamos ya! —exclamó Julián con impaciencia—. ¿Me oyes, Jo? Vamos y condúcenos de una vez al bosque del Cuervo.

—¡Pero Jake puede vernos! —protestó la niña, con desconfianza.

—Es verdad, puede vernos —asintió Julián, que no había pensado en esto—. Ve tú delante por un rato y nosotros te seguiremos. Así no dejaremos que Jake se entere de que tú nos guías.

Por fin se pusieron en camino. Juana les había preparado algo de comida para llevarse, por si acaso sentían hambre. Julián metió el paquete en una mochila y se la colgó a la espalda.

Jo se deslizó por el camino de atrás, bajó hasta el fondo del jardín y salió por un pequeño hueco que había en el seto. Los demás abandonaron la casa por la puerta principal y caminaron lentamente esperando ver aparecer a Jo.

—Allí está —anunció Julián—. ¡Sigámosla! No debemos perderla de vista. ¡No me extrañaría que tratara de hacernos una jugarreta!

Jo, apartada de ellos un buen trecho, iba bailoteando. No se preocupaba de los muchachos y estos la seguían con mucha prudencia.

De pronto, algo ocurrió. Una oscura figura surgió del seto, se paró frente a Jo y le dijo algo. Ella comenzó a gritar e intentó escabullirse. Pero el hombre la agarró con fuerza y la arrastró hacia el seto.

—¡Es Jake! —gritó Dick—. ¡Estoy seguro de que es Jake! La estaba espiando. ¿Qué hacemos ahora?

Capítulo 14

El carromato de Simmy

Los tres niños corrieron hacia el lugar donde Jake se había apoderado de la niña. Allí no había nada, excepto algunas ramitas quebradas del seto. No se veía rastro de Jake ni de Jo. Tampoco se oía el menor sonido. Ni un lamento de Jo, ni un grito de Jake. Parecía que ambos se hubiesen esfumado.

Dick se coló a través del seto y pasó al campo vecino. Tampoco allí se veía a nadie, salvo unas cuantas vacas, que lo miraron con sorpresa, balanceando sus rabos.

—Hay una mata al final del campo —gritó Dick—. Me jugaría lo que fuese a que están allí detrás. Voy a ver.

Atravesó el campo a toda la velocidad de sus piernas hasta llegar junto a la mata. Pero tampoco allí encontró a nadie. Al otro lado del matorral aparecía una hilera de casitas medio derruidas. Dick las repasó con la vista. Se sentía desesperado.

«Seguramente Jake se la ha llevado a una de ellas —pensó con enojo—. Él debe de vivir por aquí. Está claro que Jake no la soltará por voluntad propia. Es probable que adivine que está ahora de acuerdo con nosotros. ¡Pobre Jo!»

Regresó junto a sus hermanos y sostuvo con ellos un breve coloquio en voz baja.

—Vayamos a contárselo a la policía —rogaba Ana.

—No, será mejor que sigamos al bosque del Cuervo por nuestra cuenta —rechazó Dick—. Sabemos dónde está. Y aunque no podamos seguir por el atajo que conoce Jo, llegaremos igual siguiendo las indicaciones del mapa.

—Sí, creo que estás en lo cierto —asintió Julián—. ¡Vamos, pues! ¡Rápido! ¡En marcha!

Subieron por un camino y, tomando por un sendero, llegaron a una carretera. Pasó un autobús en dirección contraria a la que ellos llevaban.

—Cuando lleguemos a la primera parada del autobús, podremos saber si pasa alguno cerca del bosque del Cuervo —dijo Julián—. Ganaríamos mucho tiempo si pudiésemos ir en coche. Alcanzaríamos el bosque mucho antes que Jake, si es que se le ocurre ir a prevenir al padre de Jo de que estamos en camino hacia allí. Me apuesto lo qué queráis a que la niñita esa se lo suelta. Se puede uno fiar de esa cosita escurridiza lo mismo que de una culebra.

—Odio a Jo —dijo Ana casi llorando—. No me fío nada de ella. ¿Tú sí, Dick?

—No sé —respondió Dick—. No estoy muy seguro. Aún no nos ha dado pruebas suficientes de si se puede confiar en ella o no. De todos modos, ella regresó anoche para contarnos todo lo que sabía.

—Pues yo no creo que ése fuera el motivo —replicó Ana con testarudez—. Yo creo que ella volvía a la casa para pedir o para robar algo.

—Quizá tengas razón —dudó Dick—. ¡Mirad! Aquí hay una parada de autobús con la tabla de horarios.

En efecto, había un autobús que los conduciría cerca del bosque del Cuervo. Según la tablilla, pasaría dentro de cinco minutos. Se sentaron en el banco que había en la parada y esperaron. El autobús llegó puntual y pronto se le vio bajar raudo por la carretera, lleno de mujeres que se dirigían al mercado. Todas eran rollizas y llevaban grandes cestos, así es que resultaba bastante dificultoso colarse en el interior del coche.

Todo el mundo descendió en el mercado del Cuervo. Julián preguntó el camino para llegar hasta el bosque del Cuervo.

—Ése es —respondió el conductor, señalando en dirección a la colina, un punto del valle poblado de espesos árboles—. Es un bosque muy grande. ¡Tened cuidado, no os vayáis a perder…! Y manteneos vigilantes, porque hay en él muchos gitanos…

—Gracias —dijo Julián, y los tres se pusieron en marcha por el

camino que conducía hacia el valle. Pronto llegaron al bosque.

—¡Esto sí que es un verdadero bosque! —exclamó Ana—. ¡Árboles y más árboles! En el centro debe de ser muy espeso, como una selva.

Llegaron a un claro donde se veía un campamento de gitanos. Había tres sucios y destartalados carromatos muy juntos uno del otro. Una multitud de niños gitanos aparecía jugando a cierta clase de juego para el cual se servían de una cuerda. Julián lanzó una rápida mirada escrutadora a los tres carromatos, cuyas puertas estaban abiertas.

—Por aquí no anda Jorge —comunicó a los otros en voz baja—. Quisiera saber adonde debemos dirigirnos. Supongo que lo mejor será seguir este camino tan ancho, puesto que el carromato necesita bastante espacio para pasar.

—¿No podemos preguntar a alguien por el carromato de Jo? —preguntó Ana.

—Ignoramos el nombre de su padre —repuso Julián.

—Por lo menos sabemos que es un carromato tirado por un caballo que atiende por Blacky y que en él vive una niña llamada Jo con su padre —insistió Ana.

—Es verdad, no me acordaba del caballo —dijo Julián, dirigiéndose a una vieja que estaba removiendo algo que se cocía en una cazuela ennegrecida sobre un fuego de leños.

Julián pensó que parecía una bruja. La mujer le miró a través de su enmarañado pelo.

—¿Puede usted decirnos si está acampado en el bosque un carromato tirado por un caballo llamado Blacky? —le preguntó cortésmente—. Vive en él una niña, Jo, con su padre. Queremos verla.

La vieja guiñó los ojos. Sacó de la cazuela una cuchara de hierro y la sacudió hacia la derecha.

—Simmy ha descendido por ese camino —dijo—. Pero no he visto a Jo esta vez. Desde luego, la puerta del carromato estaba cerrada, así es que quizá se encontraba en el interior. ¿Qué es lo que pretenden de Jo?

—¡Oh!… sólo… queríamos verla —respondió Julián, incapaz de inventar un buen pretexto para visitar a una gitanilla en aquel

preciso instante—. ¿Simmy es el nombre de su padre?

La vieja movió la cabeza en gesto afirmativo y comenzó de nuevo a remover el puchero. Julián se reunió con sus dos compañeros.

—Por aquí —dijo.

Descendieron por el camino señalado por las roderas. Era suficientemente ancho como para que un carromato pudiera pasar con comodidad. Ana miró hacia arriba. Las ramas de los árboles ondeaban sobre su cabeza.

—Supongo que estas ramas deben cepillar el techo del carromato —comentó—. ¡Qué vida tan rara la de Jo! ¡Vivir en un pequeño carromato de día y de noche, escondiéndose por los bosques y campos!

Siguieron avanzando por el camino que serpenteaba entre los árboles y conducía a diversos claros. A veces, los árboles estaban tan juntos que parecía imposible que un carromato pudiera caber entre ellos. Pero las roderas indicaban que por allí habían pasado algunos.

Al cabo de un rato, el bosque se tornó aún más frondoso y la luz del sol apenas podía atravesar el follaje. Sin embargo, el camino continuaba, aunque sólo advertían ya las huellas de un carromato. Sin la menor duda, se trataba del de Simmy.

Aquí y allá se veían ramas quebradas o matas arrancadas de raíz y apartadas a un lado.

—Parece que Simmy quiso penetrar muy adentro del bosque —comentó Julián, señalando un arbusto arrancado que empezaba a secarse al borde del camino—. En muchos sitios tuvo que abrirse paso. El camino terminó hace rato y ahora seguimos únicamente las roderas.

Era verdad. El camino se había esfumado. Se encontraban en un lugar en que el bosque era muy denso y no se distinguían sino las señales del carromato sobre la tierra.

Caminaban en silencio. El bosque estaba muy callado. No se oía cantar a ningún pájaro y el follaje era tan espeso que la luz parecía la de un anochecer verdoso.

—Me gustaría que Tim estuviese con nosotros —susurró por fin Ana.

Julián asintió. Hacía tiempo que estaba pensando en ello. También hubiese deseado no haberse llevado a Ana, pero, a la salida, no había sentido temor alguno puesto que iban con Jo y ella les hubiese advertido de cualquier peligro. Mas ahora marchaban solos.

—Creo que debemos avanzar con precaución —dijo en voz baja —. Cabe en lo posible que topemos con el carromato de modo inesperado. No nos conviene que Simmy nos oiga y se prepare para recibirnos.

—Me adelantaré un poco y os advertiré si hay alguna novedad —propuso Dick.

Julián se mostró conforme y su hermano avanzó más de prisa, deteniéndose detrás de los árboles para escudriñar cuando llegaban a algún cambio en dirección de las roderas. Julián comenzaba a meditar en lo que harían cuando llegaran junto al carromato. Tenía la absoluta seguridad de que Jorge y Tim estarían encerrados en él.

«Si logramos abrir la puerta y ponerlos en libertad, Tim se cuidará del resto —pensaba—. ¡Vale tanto como tres policías juntos! Sí, éste es el mejor plan».

Dick se paró de súbito y levantó la mano en señal de aviso. Se puso al acecho tras el tronco de un gran árbol y luego se volvió hacia ellos, haciendo señales afirmativas.

—¡Ya ha visto el carromato! —exclamó Ana, sintiendo que su corazón latía desacompasadamente bajo el efecto de la emoción.

—Quédate aquí —le ordenó Julián, y él marchó procurando no hacer ruido a reunirse con Dick.

Ana se acurrucó junto a una mata. No le agradaba aquel bosque oscuro y silencioso, con su verdosa luz. Miraba nerviosa a su alrededor y espiaba los movimientos de los muchachos.

Dick había vislumbrado el carromato. Era pequeño, muy despintado, y parecía deshabitado. No había ningún fuego en las proximidades y no se veía a Simmy sentado junto a él, ni a Blacky, el caballo.

Los niños observaron con atención durante unos minutos. No se atrevían a hablar ni a moverse.

Desde el claro en que se hallaba el carromato no llegaba hasta ellos ningún ruido ni se veía movimiento alguno.

—Dick —murmuró Julián—. No parece que Simmy esté por aquí ¡Ésta es la ocasión! Nos deslizaremos hasta el carromato y miraremos por la ventana. Atraeremos la atención de Jorge y procuraremos hacerla salir lo más pronto posible, y también a Tim.

—Es raro que no ladre —opinó Dick, también en voz baja—. Tiene que habernos oído. Bueno, ¿vamos hasta el carromato?

Corrieron veloces hasta él y Julián atisbo por la empañada ventana. El interior estaba demasiado oscuro para poder vislumbrar nada en él. —¡Jorge!— susurró. —¡Jorge! ¿Estás ahí?

Capítulo 15

A Ana no le gustan las aventuras

No hubo la menor respuesta. Quizá Jorgina estaba dormida. ¿O acaso narcotizada? Lo mismo debía de ocurrirle a Tim. El corazón de Julián desfalleció. Sería horrible si hubiesen maltratado a Jorgina. Intentó de nuevo mirar a través de los cristales, pero entre su suciedad y la oscuridad del bosque era imposible ver nada en el interior.

—¿Y si golpeáramos en la puerta? —propuso Dick.

—No, eso sólo serviría para que Simmy regresara, si es que anda por aquí cerca. Si Jorge se hallase en el interior despierta, nuestras voces ya le habrían llamado la atención —contestó Julián.

Dieron la vuelta alrededor del carromato hasta alcanzar la puerta trasera. No había llave en la cerradura. Julián frunció el entrecejo. Simmy debía de haberse llevado la llave. Esto significaba tener que derribar la puerta con el consiguiente ruido. Semejaba bastante sólida. ¿Cómo podrían echarla abajo? No contaban con herramientas y no parecía posible hacerla ceder a empujones o puñetazos.

La golpeó con suavidad. No se oyó en el interior ni el más leve movimiento. ¡Qué extraño! Probó a dar la vuelta al pomo y éste giró sin dificultad, y no sólo eso, sino que la puerta cedió al mismo tiempo.

—¡Dick! ¡No está cerrada con llave! —exclamó Julián, olvidando el hablar en voz baja a causa de la sorpresa.

Penetró en el carromato, aunque su esperanza de hallar en él a Jorgina y a Tim casi se había desvanecido. Se notaba un olor agrio

muy desagradable. Todo estaba sucio y descuidado. No había nadie allí. Estaba completamente vacío, tal como Julián había estado temiendo.

Refunfuñó. ¡Todo aquel largo camino en vano!

—Se han llevado a Jorge a otra parte. Estamos vencidos. No tenemos la menor idea, ninguna indicación de adonde podemos dirigirnos.

Dick hurgó en su bolsillo y sacó una linterna. Dirigió la luz en torno al desordenado carromato, buscando algo que indicase que Jorgina había estado allí. Pero no advirtió la menor señal de su presencia.

—Esto es cosa de Jo. Habrá inventado toda la historia de que su padre se había llevado a Jorge en el carromato —dijo ceñudo—. No parece que hayan estado jamás aquí.

Su linterna iluminó la pared de madera del carromato y Dick descubrió algo que llamó en el acto su atención. ¡Alguien había escrito algo sobre aquella pared!

—¡Julián, mira! ¿No es ésta la letra de Jorge? ¡Mira! ¿Qué dice aquí?

Los dos chicos se detuvieron frente a la sucia pared. «Torreón Rojo», «Torreón Rojo», estaba escrito muchas veces en letra diminuta.

—¡«Torreón Rojo»! —exclamó Dick—. ¿Qué significa esto? Es la letra de Jorge, ¿no?

—Sí, yo creo que sí —replicó Julián—. Pero, ¿por qué escribiría eso repetidamente? ¿Te parece que será el nombre del lugar adonde se la han llevado? Pudo oírselo mencionar y lo garabateó varias veces por si hallábamos el carromato y lo inspeccionábamos. «Torreón Rojo». ¡Qué nombre tan raro!

—Quizá se trate de alguna casa que posee un torreón colorado —opinó Dick—. Será mejor que regresemos y avisemos a la policía y que ellos se encarguen de encontrar ese dichoso torreón.

Amargamente desilusionados, los chicos regresaron junto a Ana. Ella, tan pronto como los vio venir, salió a gatas de debajo de la mata donde se había acurrucado.

—Jorge no está aquí —le explicó Dick—. Se ha ido. Sin embargo, hemos visto unos garabatos suyos escritos en la pared

interior del carromato.

—¿Cómo podéis asegurar que son suyos? —les interrogó Ana.

—Ha escrito varias veces «Torreón Rojo» y la R y la T mayúsculas son características de ella —respondió Dick—. Nos imaginamos que oyó hablar a los secuestradores y que éstos comentarían entre sí que iban a llevarla a «Torreón Rojo». ¡Dios sabe dónde se encontrará eso! Desde aquí iremos directamente a la policía. ¡Ojalá no hubiésemos confiado en Jo! Hemos perdido demasiado tiempo.

—Comamos algo —propuso Julián—, aunque será, mejor no sentarnos. Comeremos por el camino. ¡Vámonos!

No obstante, ninguno de los tres deseaba comer. Ana se sentía mareada, Julián estaba en exceso preocupado y Dick deseaba tanto marcharse qué no quería detenerse ni el tiempo preciso para desenvolver los bocadillos. Así es que volvieron por el mismo camino por el que habían venido, siguiendo de nuevo las roderas en sentido contrario.

De repente, la oscuridad aumentó de una manera alarmante y sobre las hojas de los árboles empezaron a caer gruesas gotas de lluvia, que producían un ruido acompasado. De pronto se oyó retumbar un trueno. Ana, muy asustada, se asió del brazo de su hermano mayor.

—¡Oh, Julián, los relámpagos nos fulminarán!

—No, no ocurrirá nada de eso. Un bosque no resulta más peligroso que cualquier otro lugar. Mira, allí hay un claro. Nos quedaremos en él si lo prefieres.

Mas cuando llegaron al claro, la lluvia caía en forma torrencial y Julián se dio cuenta de que en un minuto estarían calados. Hizo correr a Ana hacia unos arbustos y se acurrucaron debajo, esperando que la tormenta amainara.

Muy pronto cesó de llover y la tempestad se alejó hacia el este. Ellos no habían visto ningún relámpago. El bosque se aclaró un poco, como si, por encima de las densas ramas verdes, estuviese luciendo el sol.

—Odio este bosque —dijo Dick saliendo a gatas de debajo del matorral—. ¡Vayámonos ya! Volvamos al camino marcado por las roderas.

Y se puso en marcha a través de los árboles. Julián le llamó.

—Espera, Dick. ¿Estás seguro de que vamos en buena dirección?

Dick se detuvo angustiado.

—No sé —respondió dudando—. Creí que íbamos bien, pero no estoy seguro; ¿y tú?

—Yo creía que era por entre aquellos árboles, donde hay aquel pequeño claro.

Se dirigieron hacia allí.

—¡Pero si no es el mismo claro! —aseguró Ana—. En el que pasamos al venir había un árbol muerto a un lado. Aquí no lo hay.

—¡Sopla! —exclamó Julián—. Probaremos, pues, este otro camino.

Marcharon hacia la izquierda y pronto se encontraron en un lugar del bosque aún más denso. A Julián se le heló el corazón. ¡Qué idiota había sido! Debió pensar que era una verdadera locura abandonar el único camino marcado sin señalar la dirección de alguna manera. Ahora no tenía ni la menor idea de hacia dónde se encontraba el camino. Todo le parecía igual. Ni siquiera el sol podía guiarlo. Apesadumbrado, miró a Dick.

—¡Vaya una papeleta! —dijo—. Tendremos que decidir qué dirección emprendemos. No podemos permanecer aquí.

—Puede ser que cada vez nos internemos más —intervino Ana con un súbito arrebato de temor.

Julián le rodeó los hombros con su brazo.

—Si nos internásemos más y más, acabaríamos por salir por el otro lado —la consoló—. No es un bosque interminable.

—Bueno, entonces caminemos en línea recta. Quizás así logremos atravesar el bosque —propuso Ana—. Alguna vez llegaremos al final.

Los niños no le aclararon que era imposible marchar en línea recta por el bosque. Se hacía necesario contornear los matorrales, volver hacia atrás cuando se llegaba a un sitio impenetrable y desviarse hacia la derecha o hacia la izquierda cuando la espesura de los árboles no permitía el paso. No existía la menor posibilidad de avanzar en línea recta.

«Puede que estemos dando vueltas en redondo, como hacen los que se pierden en el desierto», pensó Julián. Se acusaba

amargamente por haber perdido el camino marcado por las roderas.

Siguieron andando durante tres o cuatro horas. En un momento dado, Ana tropezó y cayó al suelo.

—No puedo más —sollozó—. Tengo que descansar un poco.

Dick miró su reloj y lanzó un silbido. ¿Cómo había transcurrido tan rápido el tiempo? Eran casi las tres. Se sentó junto a Ana e hizo que la niña se apoyara en él.

—Lo que ahora nos haría falta sería una buena comida —la animó fingiendo optimismo—. No hemos comido nada desde el desayuno.

Ana dijo que ella no sentía apetito. No obstante, cuando notó el olor de los bocadillos de carne que Juana había preparado, cambió de parecer. Se puso a comer con los demás y muy pronto se sintió mejor.

—Por desgracia no tenemos nada para beber —dijo Dick—. Pero Juana nos ha puesto también tomates y ciruelas, así es que esto nos refrescará un poco. Son muy jugosos.

Acabaron con todas las provisiones, a pesar de que Julián meditaba en silencio si harían bien en comérselo todo de una sola vez. ¿Quién podía saber por cuánto tiempo andarían perdidos en el bosque del Cuervo? Más pronto o más tarde, Juana se angustiaría por ellos si no regresaban y acabaría por avisar a la policía, comunicándole adonde habían ido. Entonces se organizaría su búsqueda. Sin embargo, podía transcurrir mucho tiempo antes de que los encontraran.

Rendida por el cansancio, Ana se durmió en cuanto hubo terminado de comer. Sus hermanos hablaban en voz baja por encima de su cabeza.

—Esto no me agrada —decía Dick—. Hemos salido en busca de Jorge y nos hemos perdido nosotros. Me parece que no estamos llevando tan bien esta aventura como hemos hecho con otras.

—Si no conseguimos salir de aquí antes de que oscurezca, tendremos que arreglárnoslas para armar alguna especie de lecho debajo de una mata —opinó Julián—. Caminaremos un poco más cuando Ana se despierte y gritaremos de cuando en cuando por si alguien nos oye. Pero, si seguimos perdidos, procuraremos buscar un sitio donde pasar la noche.

Cuando llegó la noche, que fue muy pronto en aquel bosque tan frondoso, seguían tan perdidos como antes y, además, roncos de tanto gritar.

En silencio, cortaron helechos en un claro del bosque y los apilaron debajo de un matorral que les serviría de protección.

—Menos mal que la noche no es demasiado fría —comentó Dick, procurando hablar en un tono despreocupado—. Nos sentiremos con más ánimos por la mañana. Apóyate en mí, Ana, así estarás calentita. Eso está bien. Julián se pondrá al otro lado para resguardarte. ¡Vaya una aventura!

—No me gustan las aventuras —aseguró Ana, con voz muy apagada. Y en el acto se quedó profundamente dormida.

Capítulo 16

Un visitante en la noche

A Julián y a Dick les costó mucho más tiempo conciliar el sueño. Ambos estaban muy preocupados, tanto por Jorgina como por ellos mismos. Se sentían también muy hambrientos y el hambre, tanto como la angustia, contribuía a mantenerlos despiertos.

Por último, Dick se durmió. Pero Julián permaneció aún despierto, pensando si Ana se sentiría cómoda y caliente entre ellos. En cuanto a él, tenía bastante frío.

Oía el susurro de las hojas de los árboles y el crujir de leves pasos detrás de su cabeza. ¿Qué animales los producían? ¿Ratones acaso?

Algo corrió por encima de su pelo haciéndole temblar de aprensión. Quizá se tratase de una araña. No podía moverse sin despertar a Ana. Si la araña lo deseaba así, podría tejer sobre su pelo. Cerró los ojos y se adormiló. Pronto empezó a soñar.

Se despertó de súbito y dio un brinco, sobresaltado. Había oído el chillido de un búho. Sin duda esto le había despertado. ¡Sopla! Le costaría siglos volver a dormirse.

Cerró los ojos. El búho chilló de nuevo y Julián frunció el ceño. Esperaba que Ana no se despertara. Ella se movía y murmuraba entre sueños. Julián la tocó con suavidad. La niña tenía calor.

Julián volvió a tumbarse y cerró los ojos. Muy pronto volvió a abrirlos. ¡Había oído algo! Algo que no era ni el grito de un búho ni el patear de un animal pequeño, sino el ruido que origina un animal de buen tamaño. Escucho. Por alguna parte, algo se acercaba arrastrándose.

Julián se sintió presa de pánico. Luego se detuvo a razonar. Sabía que por allí no había animales peligrosos, ni siquiera lobos. Sin duda se trataba de algún tejón que salía a su ronda nocturna. Mantuvo el oído atento, por si oía algún bufido, pero no percibió ninguno, tan sólo el seco crujido que producía el animal al moverse a través de los arbustos.

Se fue acercando hasta llegar junto a él. Sintió su aliento cálido sobre su oreja e hizo un rápido movimiento para apartarse. Intentó palpar con la mano aquello que había a su lado y tocó algo caliente y peludo. Separó en seguida la mano y empezó a buscar su linterna. Haber topado con algo caliente y peludo en medio de la densa oscuridad resultaba demasiado, incluso para Julián, que no carecía de valor.

Algo se agarró a su brazo y él lanzó un grito y luchó para soltarse. Entonces recibió la mayor sorpresa de su vida. ¡El animal habló!

—¡Julián! —dijo la voz—. ¡Soy yo!

Julián, con la mano temblorosa todavía, iluminó en derredor con su linterna. La luz se proyectó sobre una oscura cara sucia y con el pelo revuelto que le caía sobre los ojos.

—¡Jo! —exclamó Julián—. ¡Jo! ¿Qué estás haciendo por aquí? Me has asustado muchísimo. Creí que eras un animal. Debo haber tocado tu cabeza.

—Sí —respondió Jo arrastrándose por debajo del arbusto.

Ana y Dick, que se habían despertado a la vez al grito de Julián, miraban a la niña mudos de sorpresa. ¡Qué extraordinario era encontrarse con Jo en mitad del bosque! ¿Cómo había llegado hasta allí?

—Os sorprende verme, ¿verdad? —preguntó la niña—. Me capturó Jake, pero él no sabía que vosotros me seguíais. Me arrastró hasta su casa y me encerró en ella. Sabía que había pasado la noche en «Villa Kirrin» y dijo que me llevaría adonde estaba mi padre y que éste me daría la peor zurra que he recibido en mi vida. También él me pegó.

—¡Vaya, conque eso era lo que te había ocurrido! —dijo Dick.

—Luego conseguí forzar la ventana y huir —prosiguió Jo—. ¡Caramba con Jake! Nunca jamás volveré a hacer lo que él me

ordene, ya que me encerró de ese modo. Eso es precisamente lo que más odio en el mundo. Después vine hasta aquí, buscándoos.

—¿Y cómo nos has encontrado? —preguntó Julián, admirado.

—En primer lugar fui hasta nuestro carromato. La abuela Smith, la que siempre está revolviendo la cazuela, me dijo que le habíais preguntado por nosotros. Adiviné que habíais seguido adelante hasta encontrarlo. Pero allí no encontré más que el carromato y en él no había nadie. Ni aun Jorge.

—¿Dónde está Jorge? ¿Lo sabes? —preguntó Ana.

—No, no lo sé —respondió Jo—. Mi padre ha debido de llevársela a otra parte. La habrá montado en Blacky, porque el caballo también ha desaparecido.

—¿Y de Tim tampoco sabes nada? —preguntó a su vez Dick.

Jo miró a lo lejos.

—Mucho me temo que se lo hayan cargado —dijo.

Nadie hizo el menor comentario. El pensamiento de que Tim pudiese haber sufrido algún mal era insoportable para todos ellos.

—¿Cómo nos has encontrado? —volvió a preguntar Julián.

—Ha sido fácil. Puedo seguir el rastro de la gente. Hubiese venido con más rapidez, pero se hizo de noche. ¡Vaya, habéis estado dando vueltas todo el tiempo!

—Sí. Hemos dado muchas vueltas —asintió Dick—. ¿Pero quieres hacernos creer que has seguido todas nuestras idas y venidas y todos nuestros rodeos?

—¡Claro! Me he cansado muchísimo con tantas vueltas y más vueltas. ¿Por qué abandonasteis las roderas?

Julián se lo explicó.

—¡Sois tontos! —exclamó en tono desdeñoso Jo—. Cuando se va a alguna parte por fuera del camino, se marca una señal en el tronco de los árboles a medida que se avanza: una aquí, otra allí… Y luego siempre se puede encontrar el camino de regreso.

—No nos dimos cuenta de que podíamos perdernos hasta que ya lo estábamos —explicó Ana.

Cogió la mano de Jo y la apretó con fuerza. Se sentía muy feliz de verla. Ahora podrían salir de aquel horrible bosque.

Jo se sorprendió, emocionada. Sin embargo, apartó la mano en seguida. No le gustaba que la acariciaran, aunque no le hubiese

importado que Dick le cogiera la mano. Dick era su héroe, alguien que estaba muy por encima de los demás. Él se había mostrado amable con ella y se sentía feliz de estar de nuevo a su lado.

—Hemos encontrado algo escrito en las paredes del carromato —dijo Julián—. Creemos saber adonde han llevado a Jorge. Es un lugar llamado «Torreón Rojo». ¿Lo conoces?

—No hay ningún lugar llamado «Torreón Rojo» —respondió Jo en el acto—. Es…

—No seas tonta, Jo. Tú no puedes saber si no existe algún sitio llamado «Torreón Rojo» —interrumpió Dick con impaciencia—. Puede haber centenares de lugares que lleven ese nombre. Hemos de localizarlo cuanto antes. La policía debe conocerlo.

Jo hizo un gesto de susto.

—Habíais prometido no decir nada a la policía.

—Sí, te lo hemos prometido, pero con la condición de que tú nos llevaras junto a Jorge —dijo Dick—, y no lo has hecho. Y, además, aunque nos hubieses conducido hasta el carromato, Jorge no ha aparecido. Así es que nos veremos obligados a dar parte a la policía para descubrir dónde está «Torreón Rojo».

—¿Decías que Jorge había escrito «Torreón Rojo»? —preguntó Jo—. Entonces yo puedo conduciros hasta ella.

—¿Cómo puedes hacerlo si dices que no conoces ningún lugar que se llame «Torreón Rojo»? —empezó a decir Julián, exasperado —. No creo ni una palabra de lo que dices, Jo. Eres una mentirosa y casi empiezo a pensar que estás aún trabajando en favor de nuestros enemigos.

—Eso no es verdad —saltó Jo, furiosa—. ¡Yo no hago eso! Eres muy mezquino. Estoy intentando deciros que «Torreón Rojo» no es un lugar. «Torreón Rojo» es un hombre.

A esta extraña afirmación siguió un silencio de sorpresa. ¡Un hombre! Nadie había pensado en semejante posibilidad.

Jo volvió a hablar de nuevo, satisfecha por el asombro general que había originado.

—Su apellido es Torreón y tiene el pelo rojo, de un rojo llameante. Por eso le llaman «Torreón Rojo», ¿entendéis?

—¿No estarás inventado todo esto? —preguntó Dick, interrumpiendo el silencio, que se prolongaba demasiado—. Otras

veces ya has inventado cosas, bien lo sabes.

—Muy bien. Podéis pensar que lo estoy inventando, si os parece —respondió Jo, enfurruñada—. Me voy, arreglaos solos como podáis. Sois unos estúpidos.

Ya se escabullía, pero Julián la cogió del brazo.

—¡Oh, no! ¡De ninguna manera! Tú te quedas con nosotros. Vas a quedarte aunque sea menester que te ate junto a mí durante toda la noche. No debe parecerte raro que desconfiemos de ti, Jo, eso es culpa tuya, no nuestra. Pero confiaremos en ti por esta vez. Cuéntanos cuanto sepas sobre «Torreón Rojo» y guíanos hasta donde vive. Si lo haces, nunca más desconfiaremos de ti.

—¿También Dick confiará en mí? —preguntó Jo, intentando huir de Julián.

—Sí —afirmó Dick con sequedad. Sentía ganas de besar a aquella redomada pilluela, de la que nunca se podía adivinar lo que haría, pero que, sin embargo, tenía algo agradable—. Aunque la verdad es que en este momento no me gustas mucho. Si quieres que te tengamos afecto y que confiemos en ti debes ayudarnos más y mejor de lo que lo has hecho hasta ahora.

—Está bien —dijo Jo, y volvió a escabullirse—. Estoy muy cansada. Mañana os enseñaré el camino para salir del bosque y os llevaré hasta la casa del «Rojo». Lo malo es que el «Rojo» no os gustará. Es una mala bestia.

La niña no quiso hablar más y todos intentaron de nuevo dormir. Se sentían más felices ahora que Jo se hallaba con ellos y que había prometido enseñarles el camino para salir del bosque. Julián creía que ahora no pretendía dejarles en la estacada. Cerró los ojos y pronto estuvo soñando.

Fue el primero en despertar. Se estiró bostezando y se desperezó. Había olvidado dónde se encontraban. Despertó a los demás y todos se sentaron. Se sentían agarrotados, sucios y hambrientos.

—Tengo sed y hambre —se quejó Ana—. ¿Dónde podríamos conseguir algo para comer y beber?

—Será mejor que regresemos a casa, nos lavemos, comamos algo y demos cuenta a Juana de lo que estamos haciendo —resolvió Julián—. Ven con nosotros, Jo. Enséñanos la salida.

Jo les indicó el camino. Los tres hermanos se sentían admirados

de ver cómo la niña lo sabía. Aún quedaron más asombrados al comprobar que, en menos de dos minutos, había localizado las roderas del carromato.

—¡Vaya! ¡Pues si que estábamos cerca! —comentó Dick—. Sin embargo, parecía que hubiésemos andado muchos kilómetros a través de este horrible bosque.

—Es que lo habíais hecho —replicó Jo—. Habíais estado dando vueltas a un círculo enorme y casi habíais regresado al lugar de partida. Seguidme, os conduciré por mi atajo hasta vuestra casa. Se llega mucho antes que montando en el autobús.

Juana se alegró mucho cuando aparecieron en la casa. Se había asustado tanto al ver que no regresaban durante la noche, que, si las líneas telefónicas no hubiesen estado cortadas, con toda seguridad hubiese llamado a la policía. Sin embargo, no había logrado establecer comunicación y la noche era tan negra que sintió miedo de caminar hasta el pueblo.

—No he podido dormir en toda la noche —declaró—. Esto no ha de repetirse, señorito Julián. Estuve a punto de morirme de preocupación. Y, a pesar de todo, no habéis recuperado ni a Jorge ni a Tim. Yo ya lo había dicho. Si no regresan pronto, tomaré este asunto en mis manos. Tampoco se ha sabido nada de vuestros tíos. Espero que no se hayan perdido también.

Después de esta perorata, regresó a sus quehaceres y pronto estuvo friendo salchichas y tomates para los niños. Ellos no pudieron esperar a que se frieran, y, entre tanto, se comieron grandes rebanadas de pan con mantequilla.

—No puedo lavarme hasta después de haber comido algo —manifestó Ana—. Me alegro de que conocieras tantos atajos para llegar hasta aquí, Jo. El camino me ha parecido mucho más corto que cuando fuimos en el autobús.

Era realmente extraordinario cómo, de una manera segura y confiada, Jo les había llevado hasta casa a través de los campos, por estrechos senderos, atravesando collados. Ni un momento temió extraviarse.

Habían llegado cuando Juana acababa de levantarse, y ésta casi

lloró de sorpresa y alivio cuando los vio entrar por la puerta del jardín.

—Parecéis una cuadrilla de piojosos —dijo mientras les servía el desayuno en una gran fuente—. Voy a encender la cocina a toda potencia para prepararos un buen baño. Todos parecéis hermanos de este diablillo de Jo.

A Jo no le importaban estos comentarios. Masticaba un pedazo de pan y sonreía. Engullía el desayuno sin la menor muestra de educación, pero los demás se comportaban casi como ella. ¡Tenían tanta hambre!

—Es un azadón y un rastrillo lo que necesitáis para comer esta mañana, y no tenedores y cuchillos —comentó Juana con desagrado —. Lo estáis materialmente tragando. No, señorito Julián, no puedo prepararles nada más. Ya no queda en casa ni una salchicha ni un pedacito de tocino. Si tienen más hambre, coman tostadas y mermelada.

Después del desayuno, se prepararon los baños y los cuatro se bañaron. Jo no quería de ninguna manera, pero Juana corrió detrás de ella con un sacudidor, declarando que le sacudiría de encima el polvo y la porquería a golpes si no se metía en el agua. Así, pues, Jo decidió obedecer y hubo de confesarse que le gustaba.

Terminado el baño, tuvieron una reunión.

—¿Qué hay de ese individuo llamado «Torreón Rojo»? —preguntó Julián—. ¿Quién es? ¿Qué sabes de él, Jo?

—No gran cosa —contestó ésta—. Es un hombre rico y habla de una manera rara. Me parece que está algo loco. Contrata gente como mi padre y Jake para que le hagan los negocios sucios.

—¿Qué clase de negocios sucios? —preguntó Dick.

—¡Oh! Robar y otras cosas… —respondió Jo con vaguedad—. Yo tampoco lo sé. Mi papá no me dice gran cosa. Yo hago lo que él me ordena y no pregunto nada. No deseo recibir más tortazos de los que recibo normalmente.

—¿Dónde vive? —preguntó Ana—. ¿Lejos de aquí?

—Ha alquilado una casa en la colina. No sé el camino por tierra, sólo en barca. Es un sitio muy raro, casi como un castillo, con gruesas paredes de piedra. Es un lugar muy apropiado para el «Rojo», según mi padre.

—¿Has estado alguna vez allí? —la interrogó Dick con interés.

Jo asintió con la cabeza.

—¡Sí! Dos veces. Mi padre llevó allí una gran caja de hierro y en otra ocasión algo metido en un saco. Y yo fui con él.

—¿Por qué? —se interesó Julián—. Yo hubiese creído que él preferiría que anduvieses vagabundeando por ahí.

—Me necesitaba para remar —explicó Jo—, ya os he dicho que la casa del «Rojo» está en lo alto del acantilado. Llegamos hasta allí en bote. Así que yo no sé ir por tierra. Hay una especie de cueva detrás de la cala en que abordamos. Entramos por allí. El «Rojo» salió a nuestro encuentro. Dijo que venía de su casa, pero no sé cómo había llagado hasta allí.

Dick miró de frente a Jo.

—Supongo que vas a decirnos que hay un caminito secreto desde la cueva a la casa —dijo—. Continúa.

—Tiene que haberlo —dijo Jo. Y miró a Dick con enfado—. ¿No me crees? Está bien, ¡pues encuentra tú mismo el lugar!

—Lo que dices parece un cuento —aseguró Julián.

—¿Estás segura de que todo eso es cierto? No queremos salir de nuevo en busca de fantasmas.

—¡Yo no he hablado para nada de fantasmas! —exclamó Jo, muy extrañada. No tenía ni la más leve idea de lo que Dick quería decir con aquello—. Os estoy hablando del «Rojo». Estoy dispuesta a ir cuando vosotros queráis. Pero necesitamos un bote.

—Cogeremos el de Jorge —decidió Dick levantándose—. Me parece que será mejor que dejemos a Ana en casa esta vez. No me gusta llevarla a algo que puede resultar peligroso.

—Pues yo quiero ir —dijo Ana tercamente.

—No, tú te quedas conmigo —intervino Juana—. Hoy deseo compañía. Me da miedo quedarme sola cuando ocurren estas cosas. Te quedas conmigo.

Por lo tanto, Ana se quedó. En realidad lo prefería, aunque se negaba a confesarlo. Estuvo contemplando a los otros tres mientras se alejaban. Jo se deslizó junto a la verja para no ser vista por Jake en el caso de que estuviese por allí. Julián y Dick bajaron hasta la playa, mirando a todas partes para asegurarse de que el gitano no rondaba por aquellos lugares.

Hicieron señas a Jo, que llegó procurando no ser vista, y saltó dentro del bote de Jorgina. Se tumbó en el fondo para esconderse. Los chicos arrastraron el bote hasta el mar. Dick saltó al interior y Julián lo empujó cuando vino una ola grande. Luego también él montó en la barca.

—¿Está muy lejos de la costa? —preguntó a Jo, que aun permanecía en el fondo del bote.

—No lo sé —contestó Jo con su acostumbrada vaguedad, que tanto les irritaba—. A unas dos o tres horas, creo.

El tiempo no significaba lo mismo para Jo que para los otros. Jo no tenía reloj de pulsera como ellos. La verdad es que si lo hubiese tenido tampoco le hubiese resultado muy útil, porque no conocía los números. Para ella, el tiempo sólo estaba representado por el día y la noche.

Dick izó la vela. El viento les era favorable, así es que pensaron aprovecharlo. Llegarían antes.

—¿Has cogido el almuerzo que Juana nos ha preparado? —preguntó Julián a Dick—. No lo veo por ninguna parte.

—¡Oh, Jo! Debes de estar tumbada sobre él —exclamó Dick.

—Bueno, no va a estropearse por eso —respondió Jo con toda tranquilidad.

Se sentó en cuanto se hubieron adentrado en el mar y se ofreció a llevar el timón.

La niña era muy hábil y los muchachos pronto se dieron cuenta de que podían permitirle guiar el bote.

Julián desdobló el mapa que se había llevado.

—Me gustaría saber dónde se encuentra el lugar en donde vive el «Rojo» —dijo—. Toda la costa es muy accidentada hasta el puerto siguiente, Port Limmersley. Si hay una construcción como un castillo, debe de estar situada en una zona muy solitaria. En varios kilómetros no hay ni siquiera un poblado de pescadores indicado en el mapa.

El bote siguió adelante. A veces sufría fuertes sacudidas, porque el viento soplaba con gran fuerza. Julián se puso al timón.

—Hemos hecho ya un largo camino —dijo—. ¿Dónde está ese lugar? ¿Estás segura de conocer bien el camino, Jo?

—Claro —respondió la chiquilla, con sorna—. Me parece que

estamos llegando. Debe de estar detrás de ese acantilado tan alto.

Tenía razón. Cuando contornearon el elevado acantilado que se adelantaba con aspecto fiero, la niña señaló con aire triunfal.

—¡Ya llegamos! ¿Veis aquel lugar? Allí está la casa del «Rojo».

Los niños miraron en la dirección señalada. Era una construcción austera y gris y, tal como había dicho Jo, parecía un pequeño castillo. Se recortaba sobre el mar y uno de sus torreones dominaba las olas.

—Hay una cueva antes de llegar al lugar —dijo Jo—. Estad atentos porque está muy oculta.

En efecto, el bote pasó de largo antes de que se dieran cuenta. Pero Jo gritó:

—¡Aquí está!

Plegaron la vela y remaron hacia atrás. La cueva se abría entre dos altos paredones de roca y sobresalía del acantilado. Guiaron el bote hasta su interior. El mar aparecía allí muy calmado y reinaba un gran silencio. La barquita se balanceaba suavemente con el movimiento del agua.

—¿Crees que pueden vernos desde la casa? —preguntó Dick mientras remaban hacia el fondo de la cueva.

—No sé —respondió Jo—, aunque creo que no. Mira, lleva la barca allí, detrás de esa gran roca. No sabemos quién puede venir por aquí.

Sacaron la barca del agua. Dick la ocultó con grandes brazadas de algas y pronto semejó una roca más.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Julián—. ¿Dónde está la cueva de que hablabas?

—Un poco más arriba —dijo Jo, y empezó a trepar por el rocoso acantilado como si fuera un mono.

Los dos chicos eran buenos escaladores, pero pronto les pareció imposible seguir adelante.

—¿Qué os pasa? Si mi padre puede subir por aquí, también podéis hacerlo vosotros —les gritaba Jo.

—Tu padre ha sido acróbata —contestó Julián, resbalando inesperadamente hacia atrás—. ¡Ooooh! Esto no me gusta mucho. Preferiría tener una cuerda.

—Hay una en el bote. Voy a cogerla —decidió la niña.

Se deslizó por el acantilado hasta la cueva que se hallaba debajo de ellos a una velocidad casi alarmante. Pronto volvió a subir con la cuerda. Se situó un poco más arriba que ellos y ató la cuerda a un saliente. La cuerda colgó hasta donde esperaban Dick y Julián y los chicos se agarraron a ella como a una tabla de salvación.

Fue mucho más fácil subir con la ayuda de la cuerda. En pocos momentos, los dos muchachos estuvieron en el borde superior del acantilado, dominando una cueva de forma extraña. Era ovalada y muy oscura.

—Tenemos que entrar aquí —dijo Jo, que pasó delante. Dick y Julián la siguieron a tientas. ¿Adonde les conduciría aquello?

Capítulo 17

En el bote de Jorge

Juana se alegró mucho cuando aparecieron en la casa. Se había asustado tanto al ver que no regresaban durante la noche, que, si las líneas telefónicas no hubiesen estado cortadas, con toda seguridad hubiese llamado a la policía. Sin embargo, no había logrado establecer comunicación y la noche era tan negra que sintió miedo de caminar hasta el pueblo.

—No he podido dormir en toda la noche —declaró—. Esto no ha de repetirse, señorito Julián. Estuve a punto de morirme de preocupación. Y, a pesar de todo, no habéis recuperado ni a Jorge ni a Tim. Yo ya lo había dicho. Si no regresan pronto, tomaré este asunto en mis manos. Tampoco se ha sabido nada de vuestros tíos. Espero que no se hayan perdido también.

Después de esta perorata, regresó a sus quehaceres y pronto estuvo friendo salchichas y tomates para los niños. Ellos no pudieron esperar a que se frieran, y, entre tanto, se comieron grandes rebanadas de pan con mantequilla.

—No puedo lavarme hasta después de haber comido algo —manifestó Ana—. Me alegro de que conocieras tantos atajos para llegar hasta aquí, Jo. El camino me ha parecido mucho más corto que cuando fuimos en el autobús.

Era realmente extraordinario cómo, de una manera segura y confiada, Jo les había llevado hasta casa a través de los campos, por estrechos senderos, atravesando collados. Ni un momento temió extraviarse.

Habían llegado cuando Juana acababa de levantarse, y ésta casi

lloró de sorpresa y alivio cuando los vio entrar por la puerta del jardín.

—Parecéis una cuadrilla de piojosos —dijo mientras les servía el desayuno en una gran fuente—. Voy a encender la cocina a toda potencia para prepararos un buen baño. Todos parecéis hermanos de este diablillo de Jo.

A Jo no le importaban estos comentarios. Masticaba un pedazo de pan y sonreía. Engullía el desayuno sin la menor muestra de educación, pero los demás se comportaban casi como ella. ¡Tenían tanta hambre!

—Es un azadón y un rastrillo lo que necesitáis para comer esta mañana, y no tenedores y cuchillos —comentó Juana con desagrado —. Lo estáis materialmente tragando. No, señorito Julián, no puedo prepararles nada más. Ya no queda en casa ni una salchicha ni un pedacito de tocino. Si tienen más hambre, coman tostadas y mermelada.

Después del desayuno, se prepararon los baños y los cuatro se bañaron. Jo no quería de ninguna manera, pero Juana corrió detrás de ella con un sacudidor, declarando que le sacudiría de encima el polvo y la porquería a golpes si no se metía en el agua. Así, pues, Jo decidió obedecer y hubo de confesarse que le gustaba.

Terminado el baño, tuvieron una reunión.

—¿Qué hay de ese individuo llamado «Torreón Rojo»? —preguntó Julián—. ¿Quién es? ¿Qué sabes de él, Jo?

—No gran cosa —contestó ésta—. Es un hombre rico y habla de una manera rara. Me parece que está algo loco. Contrata gente como mi padre y Jake para que le hagan los negocios sucios.

—¿Qué clase de negocios sucios? —preguntó Dick.

—¡Oh! Robar y otras cosas… —respondió Jo con vaguedad—. Yo tampoco lo sé. Mi papá no me dice gran cosa. Yo hago lo que él me ordena y no pregunto nada. No deseo recibir más tortazos de los que recibo normalmente.

—¿Dónde vive? —preguntó Ana—. ¿Lejos de aquí?

—Ha alquilado una casa en la colina. No sé el camino por tierra, sólo en barca. Es un sitio muy raro, casi como un castillo, con gruesas paredes de piedra. Es un lugar muy apropiado para el «Rojo», según mi padre.

—¿Has estado alguna vez allí? —la interrogó Dick con interés.

Jo asintió con la cabeza.

—¡Sí! Dos veces. Mi padre llevó allí una gran caja de hierro y en otra ocasión algo metido en un saco. Y yo fui con él.

—¿Por qué? —se interesó Julián—. Yo hubiese creído que él preferiría que anduvieses vagabundeando por ahí.

—Me necesitaba para remar —explicó Jo—, ya os he dicho que la casa del «Rojo» está en lo alto del acantilado. Llegamos hasta allí en bote. Así que yo no sé ir por tierra. Hay una especie de cueva detrás de la cala en que abordamos. Entramos por allí. El «Rojo» salió a nuestro encuentro. Dijo que venía de su casa, pero no sé cómo había llagado hasta allí.

Dick miró de frente a Jo.

—Supongo que vas a decirnos que hay un caminito secreto desde la cueva a la casa —dijo—. Continúa.

—Tiene que haberlo —dijo Jo. Y miró a Dick con enfado—. ¿No me crees? Está bien, ¡pues encuentra tú mismo el lugar!

—Lo que dices parece un cuento —aseguró Julián.

—¿Estás segura de que todo eso es cierto? No queremos salir de nuevo en busca de fantasmas.

—¡Yo no he hablado para nada de fantasmas! —exclamó Jo, muy extrañada. No tenía ni la más leve idea de lo que Dick quería decir con aquello—. Os estoy hablando del «Rojo». Estoy dispuesta a ir cuando vosotros queráis. Pero necesitamos un bote.

—Cogeremos el de Jorge —decidió Dick levantándose—. Me parece que será mejor que dejemos a Ana en casa esta vez. No me gusta llevarla a algo que puede resultar peligroso.

—Pues yo quiero ir —dijo Ana tercamente.

—No, tú te quedas conmigo —intervino Juana—. Hoy deseo compañía. Me da miedo quedarme sola cuando ocurren estas cosas. Te quedas conmigo.

Por lo tanto, Ana se quedó. En realidad lo prefería, aunque se negaba a confesarlo. Estuvo contemplando a los otros tres mientras se alejaban. Jo se deslizó junto a la verja para no ser vista por Jake en el caso de que estuviese por allí. Julián y Dick bajaron hasta la playa, mirando a todas partes para asegurarse de que el gitano no rondaba por aquellos lugares.

Hicieron señas a Jo, que llegó procurando no ser vista, y saltó dentro del bote de Jorgina. Se tumbó en el fondo para esconderse. Los chicos arrastraron el bote hasta el mar. Dick saltó al interior y Julián lo empujó cuando vino una ola grande. Luego también él montó en la barca.

—¿Está muy lejos de la costa? —preguntó a Jo, que aun permanecía en el fondo del bote.

—No lo sé —contestó Jo con su acostumbrada vaguedad, que tanto les irritaba—. A unas dos o tres horas, creo.

El tiempo no significaba lo mismo para Jo que para los otros. Jo no tenía reloj de pulsera como ellos. La verdad es que si lo hubiese tenido tampoco le hubiese resultado muy útil, porque no conocía los números. Para ella, el tiempo sólo estaba representado por el día y la noche.

Dick izó la vela. El viento les era favorable, así es que pensaron aprovecharlo. Llegarían antes.

—¿Has cogido el almuerzo que Juana nos ha preparado? —preguntó Julián a Dick—. No lo veo por ninguna parte.

—¡Oh, Jo! Debes de estar tumbada sobre él —exclamó Dick.

—Bueno, no va a estropearse por eso —respondió Jo con toda tranquilidad.

Se sentó en cuanto se hubieron adentrado en el mar y se ofreció a llevar el timón.

La niña era muy hábil y los muchachos pronto se dieron cuenta de que podían permitirle guiar el bote.

Julián desdobló el mapa que se había llevado.

—Me gustaría saber dónde se encuentra el lugar en donde vive el «Rojo» —dijo—. Toda la costa es muy accidentada hasta el puerto siguiente, Port Limmersley. Si hay una construcción como un castillo, debe de estar situada en una zona muy solitaria. En varios kilómetros no hay ni siquiera un poblado de pescadores indicado en el mapa.

El bote siguió adelante. A veces sufría fuertes sacudidas, porque el viento soplaba con gran fuerza. Julián se puso al timón.

—Hemos hecho ya un largo camino —dijo—. ¿Dónde está ese lugar? ¿Estás segura de conocer bien el camino, Jo?

—Claro —respondió la chiquilla, con sorna—. Me parece que

estamos llegando. Debe de estar detrás de ese acantilado tan alto.

Tenía razón. Cuando contornearon el elevado acantilado que se adelantaba con aspecto fiero, la niña señaló con aire triunfal.

—¡Ya llegamos! ¿Veis aquel lugar? Allí está la casa del «Rojo».

Los niños miraron en la dirección señalada. Era una construcción austera y gris y, tal como había dicho Jo, parecía un pequeño castillo. Se recortaba sobre el mar y uno de sus torreones dominaba las olas.

—Hay una cueva antes de llegar al lugar —dijo Jo—. Estad atentos porque está muy oculta.

En efecto, el bote pasó de largo antes de que se dieran cuenta. Pero Jo gritó:

—¡Aquí está!

Plegaron la vela y remaron hacia atrás. La cueva se abría entre dos altos paredones de roca y sobresalía del acantilado. Guiaron el bote hasta su interior. El mar aparecía allí muy calmado y reinaba un gran silencio. La barquita se balanceaba suavemente con el movimiento del agua.

—¿Crees que pueden vernos desde la casa? —preguntó Dick mientras remaban hacia el fondo de la cueva.

—No sé —respondió Jo—, aunque creo que no. Mira, lleva la barca allí, detrás de esa gran roca. No sabemos quién puede venir por aquí.

Sacaron la barca del agua. Dick la ocultó con grandes brazadas de algas y pronto semejó una roca más.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Julián—. ¿Dónde está la cueva de que hablabas?

—Un poco más arriba —dijo Jo, y empezó a trepar por el rocoso acantilado como si fuera un mono.

Los dos chicos eran buenos escaladores, pero pronto les pareció imposible seguir adelante.

—¿Qué os pasa? Si mi padre puede subir por aquí, también podéis hacerlo vosotros —les gritaba Jo.

—Tu padre ha sido acróbata —contestó Julián, resbalando inesperadamente hacia atrás—. ¡Ooooh! Esto no me gusta mucho. Preferiría tener una cuerda.

—Hay una en el bote. Voy a cogerla —decidió la niña.

Se deslizó por el acantilado hasta la cueva que se hallaba debajo de ellos a una velocidad casi alarmante. Pronto volvió a subir con la cuerda. Se situó un poco más arriba que ellos y ató la cuerda a un saliente. La cuerda colgó hasta donde esperaban Dick y Julián y los chicos se agarraron a ella como a una tabla de salvación.

Fue mucho más fácil subir con la ayuda de la cuerda. En pocos momentos, los dos muchachos estuvieron en el borde superior del acantilado, dominando una cueva de forma extraña. Era ovalada y muy oscura.

—Tenemos que entrar aquí —dijo Jo, que pasó delante. Dick y Julián la siguieron a tientas. ¿Adonde les conduciría aquello?

Capítulo 18

Se inician los acontecimientos

Jo los condujo a través de un estrecho túnel formado por las rocas, por el que salieron a una cueva más amplia, cuyas paredes rezumaban humedad. Julián se alegraba de haber llevado su linterna. Aquél era un lugar atemorizador, frío y húmedo. A pesar suyo, comenzó a temblar. Algo le rozó el rostro y él dio un salto hacia atrás.

—¿Qué es esto? —exclamó.

—Murciélagos —repuso Jo—. Hay centenares de ellos. Por eso este lugar despide tan mal olor. Seguidme, rodearemos esta roca.

Se deslizaron por el borde de un saliente de la roca y llegaron a otra cueva. Ésta estaba más seca y no apestaba tanto a murciélago.

—Yo nunca he ido más allá —explicó Jo—. Papá y yo subimos hasta aquí y el «Rojo» nos salió al encuentro. Se presentó de repente y no supe adivinar de dónde había salido.

—Por algún sitio tuvo que venir —dijo Dick, encendiendo también su linterna—. Debe haber un pasadizo. Pronto daremos con él.

Dick y Julián inspeccionaron la cueva a la búsqueda de algún pasadizo o pequeño túnel o aunque sólo fuera un agujero que les permitiera colarse hacia el interior del acantilado y dirigirse hacia la casa.

Con toda seguridad, el «Rojo» tuvo que emplear algún camino de esta índole para llegar a la caverna. Entre tanto, Jo aguardaba en un rincón. Ella no contaba con una linterna.

De súbito, los tres chicos recibieron un susto terrible. Una voz

retumbó en la cueva en que se encontraban. Una voz fuerte y enojada, que casi detuvo los latidos de sus corazones.

—¡Vaya, conque os atrevéis a venir aquí!

Jo se deslizó en el acto detrás de un saliente de la roca, como un animal que buscase cobijo. Los niños permanecieron en el mismo lugar en que se vieron sorprendidos, inmovilizados por el pánico. ¿De dónde procedía aquella voz?

—¿Dónde estáis? —se volvió a oír.

—¿Quién es usted? —pudo al fin gritar Julián—, ¡salga y muéstrese! Hemos venido a ver a un hombre llamado el «Rojo». Condúzcanos hasta él.

Hubo un momento de silencio, como si el propietario de la voz hubiese quedado sorprendido. Luego la voz clamó de nuevo.

—¿Para qué queréis ver al «Rojo»? ¿Quién os manda?

—Nadie. Venimos porque queremos que nos devuelva a nuestra prima y también a su perro —dijo Julián con fuerza, haciendo embudo con sus manos e intentado que su voz sonara más que la otra.

Siguió otro silencio. Luego, por un agujero del techo asomaron dos largas piernas y alguien se deslizó hasta el suelo ágilmente. Los niños lo contemplaban con sorpresa. En ningún momento habían imaginado que la voz proviniera del techo de la cueva.

Julián dirigió su linterna hacia el recién llegado. Era un hombre alto, casi como un gigante, y de llameante pelo rojo. Hasta sus cejas eran rojas, al igual que su barba, que ocultaba a medias su boca, de expresión cruel. Julián miró a los ojos de aquel hombre, pero en seguida apartó la vista.

«Está loco —pensó—. Debe de ser 'Torreón Rojo'. ¿A qué se dedicará? Quizá sea un científico como el tío Quintín, celoso de los éxitos de nuestro tío. O acaso un ladrón en gran escala, que intenta apoderarse de documentos importantes para luego venderlos. Sea lo que sea, estoy seguro de que está loco».

El «Rojo» observaba de cerca a los dos niños.

—¿De manera que pensáis que yo tengo a vuestra prima en mi poder? —dijo—. ¿Quién os ha contado ese estúpido cuento?

Julián no contestó. El «Rojo» dio un paso amenazador hacia él.

—¿Quién os lo ha contado? —repitió.

—Se lo diré cuando llegue la policía —replicó Julián con audacia.

El «Rojo» retrocedió.

—¡La policía! ¿Qué saben ellos? ¿Por qué han de venir aquí? ¡Contéstame, muchacho!

—Hay muchas cosas que usted podría explicar, señor «Torreón Rojo» —contestó Julián—. ¿Quién envió a unos hombres para que robaran los documentos de mi tío? ¿Quién nos mando una nota reclamando otros documentos? ¿Quién secuestró a nuestra prima y la retiene hasta que obtenga esos documentos? ¿Quién la ha traído aquí desde el carromato de Simmy? ¿Quién…?

—¡Aaaaah! —exclamó el «Rojo», y había un matiz de pánico en su voz—. ¿Cómo sabéis todo eso? ¡No hay ni un ápice de verdad en ello! Y la policía, ¿sabe algo de ese cuento fantástico?

—¿Qué imagina usted? —respondió Julián, que deseaba con todo su corazón que la policía hubiese estado en efecto enterada y que aquello no constituyera tan sólo una bravata suya.

El «Rojo» se dio un tirón a la barba. Sus verdes ojos relucían mientras pensaba con rapidez y angustia.

De repente gritó muy alto, volviendo su cabeza hacia el agujero del techo:

—¡Markhoff! ¡Baja!

Por el agujero aparecieron dos piernas y un hombre bajito y grueso saltó al suelo, frente a los dos asustados niños.

—Baja al acantilado. Encontrarás un bote en alguna parte de la cueva, el bote que hemos visto venir con estos muchachos —ordenó el «Rojo» con aspereza—. Hazlo trizas. Luego vuelve aquí y conduce a los chicos al patio. Átalos. Hemos de irnos rápidamente y llevarnos con nosotros a la niña.

El hombre le escuchaba. Su cara era hosca.

—¿Cómo podremos irnos? —dijo enfadado—. Sabes que el helicóptero no está a punto. Lo sabes muy bien.

—Prepáralo, pues. ¿A qué esperas? —gritó el «Rojo»—. Nos vamos esta noche. La policía llegará pronto, ¿oyes eso? Los chicos lo saben todo, me lo han dicho. Y la policía también debe saberlo. Te digo que hemos de marcharnos.

—¿Y qué haremos del perro? —preguntó el hombre.

—Mátalo —ordenó el «Rojo»—. Mátalo antes de que nos vayamos. Es una fiera. Ya teníamos que haberlo despachado antes. Ahora, ve de prisa y destruye el bote.

El hombre desapareció detrás del saliente rocoso que conducía a la cueva de los murciélagos. Julián apretaba los puños. Le horrorizaba pensar que el bote de Jorgina pudiera ser destruido. Mientras, el «Rojo» se quedó en pie frente a ellos, esperando. Sus ojos brillaban con intensidad a la luz de las linternas.

—Os llevaría conmigo si dispusiese de sitio —dijo súbitamente, dirigiéndose a Julián—. Sí. Y os tiraría después al mar… Bien, podéis decir a vuestro tío que sabrá noticias mías respecto a su preciosa hija. ¡Haremos un interesante intercambio! Si quiere que se la devuelva, que me mande el cuaderno de notas que deseo. Y gracias por haber venido hasta aquí a prevenirme. Me habré marchado antes de que aparezca la policía.

Empezó a dar grandes zancadas por la cueva, en tanto refunfuñaba sin cesar. Dick y Julián lo contemplaban en silencio. Estaban muy asustados por la pobre Jorgina. ¿Pretendía de verdad el «Rojo» llevársela en su helicóptero? Parecía lo suficientemente loco como para hacer cualquier barbaridad.

El hombre, adusto regresó por fin.

—Ya está destrozado —dijo.

—Muy bien —asintió el «Rojo»—. Yo iré delante. Luego, que sigan estos chicos. Detrás ve tú. Y mételos en cintura si intentan hacer alguna tontería.

El «Rojo» trepó a través del agujero del techo. Julián y Dick le siguieron, no viendo ninguna utilidad en resistirse. El hombre que iba tras ellos aparentaba demasiada seguridad en sí mismo para soportar cualquier tontería. Les seguía muy de cerca.

Jo no había dado señales de vida. Se había mantenido bien escondida, rígida por el espanto. Julián no sabía qué decisión tomar respecto a ella. Creía que no debía mencionar su presencia al «Rojo» y, por otra parte, le parecía terrible abandonarla allí, en completa soledad. Desde luego, no debía olvidar que se trataba de una muchacha lista y ágil como una mona. Quizá se le ocurriese alguna buena idea.

El «Rojo» los guió por una cueva hacia un pasadizo tan bajo de

techo que tenía que andar casi doblado por la mitad

El hombrecillo que caminaba en pos de ellos había encendido una linterna muy potente y por eso les resultaba más fácil ver el camino. El pasadizo ascendía y era obvio que conducía a la construcción del acantilado. En algunos trechos aparecía tan empinado que se había colocado una baranda a un lado para poderse ayudar a subir.

Luego siguió un tramo de escalones, excavados en la misma roca. Eran ásperos y de forma irregular y tan empinados que costaba un gran esfuerzo pasar de uno al otro

Al final del tramo se encontraba una recia puerta, colocada en un amplio reborde. El «Rojo» la abrió de un empujón y la luz del día penetró hasta ellos. Julián guiñó los ojos. Un patio enorme, enladrillado con grandes piedras llanas, se extendía ante sus ojos y la hierba crecía en todas las rendijas y separaciones.

En el medio había un helicóptero. Resultaba extraño y fuera de lugar en aquel antiguo patio. La casa, cubierta de tupida hiedra, y su alto torreón estaban construidos rodeando el patio por tres lados.

El cuarto lado estaba formado por una pared con una enorme puerta en el centro. La puerta aparecía cerrada, y, desde donde se encontraba Julián, podía ver los enormes cerrojos que la cruzaban.

«Es como un pequeño fuerte», pensó Julián, asombrado. De pronto se sintió cogido y llevado hasta un cobertizo cercano.

Le echaron los brazos hacia atrás y le sujetaron las muñecas con una cuerda. Luego, dicha cuerda fue pasada por una anilla de hierro y atada de nuevo.

Julián miraba al hosco individuo que ahora hacía lo mismo con Dick. Se volvió para intentar ver cómo estaba atada la cuerda, pero no pudo acabar de dar la vuelta porque las ligaduras le tenían rígidamente inmovilizado.

Dirigió la mirada hacia el torreón. Un pequeño rostro apareció mirando por la ventana. El corazón de Julián dio un brinco y se puso a latir con violencia. Sin duda se trataba de Jorgina. Pensó si la niña les habría visto. Deseaba que esto no ocurriese porque así no sabría que él y Dick habían sido capturados y no se preocuparía tanto.

¿Dónde estaría Tim? No se le veía por ningún sitio. Pero… ¡un

momento!… ¿Qué era aquello tendido al otro lado de la verja, en el lado opuesto del patio? ¿No sería Tim? Sin embargo, si lo hubiese sido, hubiera ladrado para darles la bienvenida al oírles entrar en el patio.

—¿No es aquél el perro de mi prima? —preguntó al hombre que los amarraba.

El enano asintió con la cabeza.

—Se le ha drogado con frecuencia, porque no cesaba de ladrar. Qué animal más salvaje, ¿verdad? Creo que debemos liquidarlo.

El «Rojo» había atravesado el patio y desaparecido bajo los arcos de piedra. Su compañero marchó ahora tras él, dejando solos a Julián y a Dick.

—Hemos vuelto a estropear las cosas poniendo sobre aviso a estos individuos —dijo Julián gruñendo—. Ahora se irán, llevándose a Jorge. ¡Buena la hemos hecho!

Dick no contestó. Se sentía muy desgraciado y sus muñecas atadas le dolían mucho. Los dos niños permanecían allí quietos, meditando sobre lo que iba a ocurrirles.

—¡Chiss!

¿Qué era aquello? Julián se volvió y miró hacia la puerta que conducía del sótano al patio. Allí estaba Jo, medio oculta por las arcadas de piedra.

—¡Chiss! Voy a desataros. ¿Hay moros en la costa?

Capítulo 19

Jo proporciona una buena sorpresa

—¡Jo! —exclamaron los dos chicos a la vez, sintiendo que sus decaídos ánimos se levantaban—. ¡Acércate!

No había nadie en el patio. Jo se deslizó sin hacer ruido desde la puerta y entró en el cobertizo.

—Llevo un cuchillo en el bolsillo de atrás —le dijo Julián—. Cógelo, será más rápido cortar estas cuerdas que desatarlas. Te lo juro, Jo, el verte me ha producido la mayor alegría de mi vida.

Jo sonreía mientras extraía del bolsillo de Julián el cuchillo. Pasó el pulgar con suavidad por la hoja. Era muy cortante. Se puso al trabajo intentando cortar la recia cuerda. Sus fibras cedieron sin gran dificultad.

—Me oculté cuando oí al «Rojo» —les explicó rápidamente—. Luego he seguido cuando me pareció que podía hacerlo con seguridad. Pero estaba muy oscuro y eso no me gustaba. Por fin llegué a esta puerta y salí por ella. Me he puesto muy contenta al veros.

—Nos ha venido muy bien que el hombre no adivinara tu presencia —comentó Dick—. ¡Vaya, eres una buena chica, Jo! Retiro todos los insultos que haya podido decirte hasta ahora.

Jo sonrió muy satisfecha. Consiguió cortar el último trozo de cuerda que retenía a Julián. Éste se apartó de la anilla de hierro y frotó sus doloridas y rígidas muñecas. Jo se puso a trabajar entonces en las ataduras de Dick. Pronto también éstas estuvieron cortadas.

—¿Dónde está Jorge? —preguntó la niña mientras ayudaba a Dick a frotarse los brazos.

—En el torreón —respondió Dick—. Si nos atrevemos a salir al patio, podremos verla. Y allí está el pobre Tim, medio drogado, tumbado tras aquella verja.

—No permitiré que lo maten —anunció Jo en tono resuelto—. Es un perro muy hermoso. Iré y lo esconderé en las cuevas.

—¡Ahora no, por favor, ahora no! —rechazó Julián, horrorizado —. Si te vieran lo estropearías todo. Entonces nos atarían a los tres.

Pero Jo ya había corrido hasta la verja y estaba acariciando al perro.

El batir de una puerta sobresaltó a los niños e hizo que Jo se refugiase de un brinco en la sombra que producía una parte de la casa. Era el «Rojo», que atravesaba el patio.

—¡Rápido! ¡Viene hacia aquí! —dijo Dick, presa de pánico—. Acerquémonos a las anillas de hierro y pongamos las manos detrás para que piensen que seguimos atados.

Así, pues, cuando el «Rojo» apareció en la puerta del cobertizo, todo aparentaba seguir igual, como si los niños tuviesen todavía las manos atadas. El «Rojo» rió.

—Podéis permanecer aquí hasta que llegue la policía —dijo.

Cerró la puerta del cobertizo, se dirigió hacia el helicóptero y lo examinó con detenimiento. Después se dirigió de nuevo a la puerta por donde había salido y la cerró de un golpe.

Cuando volvió a reinar el silencio, Jo vino corriendo al cobertizo.

—¡Salid! —dijo—. Volveremos a cerrarla. Así nadie sabrá si estáis o no aquí. ¡Daos prisa!

No quedaba otro recurso que obedecer, con la esperanza de que nadie los espiara. Jo cerró con llave la puerta del cobertizo y les urgió para que regresasen a la puerta que conducía a las cuevas. Penetraron por ella y casi se cayeron por los altos escalones.

—Gracias, Jo —dijo Dick.

Se sentaron. Julián se rascaba pensativo la cabeza. No acertaba a imaginar lo que debían hacer. Los policías no acudirían en su ayuda porque no sabían una palabra del «Rojo» ni de Jorgina, ni de ninguna otra cosa. Y, dentro de poco, Jorge se hallaría volando en aquel helicóptero y Tim habría muerto.

Julián pensó en la elevada torre y comenzó a murmurar.

—No hay manera de hacer salir a Jorge de ese torreón —dijo por fin en voz alta—. Debe de estar cerrado con llave; en caso contrario, Jorge hubiese salido ya. No podemos llegar hasta ella. No sacaríamos nada con intentar meternos en la casa. Nos verían y nos capturarían en seguida.

Jo miró a Dick.

—¿Deseas mucho que Jorge sea rescatada? —preguntó.

—¡Vaya una pregunta más tonta! —respondió Dick—. Es lo que más deseo en este mundo.

—Entonces iré y la rescataré —resolvió Jo. Y se levantó como si pensara realmente hacer lo que decía.

—No bromees —repuso Julián—. Esto es una cosa muy seria, Jo.

—Bien, yo también hablo en serio —contestó Jo—, conseguiré liberarla. ¡Ya veréis si soy capaz de hacerlo! Entonces sabréis que se puede confiar en mí, ¿verdad? Vosotros creéis que yo soy mala y ladrona y que no valgo ni un penique… Supongo que tenéis razón. Pero yo puedo hacer cosas que vosotros no podéis, aunque quisierais. Y voy a hacerlo.

—Pero, ¿cómo? —preguntó Julián, extrañado y sin acabar de creerlo.

La muchachilla se sentó de nuevo.

—Has visto el torreón, ¿verdad? —empezó a decir—. Es muy grande y creo que hay en él más de una habitación. Si consigo meterme en el cuarto vecino al de Jorge, podré abrir su puerta y ponerla en libertad.

—¿Y cómo piensas llegar hasta la habitación vecina a la suya? —preguntó Dick con sorna.

—Subiré por la pared, claro —respondió Jo—. Está recubierta de hiedra espesa. Más de una vez he trepado por muros así.

Los niños la miraron.

—¿Fuiste tú el «rostro» que apareció en la ventana de nuestra casa? —preguntó Julián, recordando el espanto de Ana—. Claro, claro que fuiste tú. Eres como una mona, que se sube por todas partes y se mete en todo. Sin embargo, no puedes encaramarte por ese muro tan alto. No pienses siquiera en ello. Te caerías y te matarías. No te lo podemos permitir.

—¡Bah! —exclamó Jo en tono burlón—. ¡Caerme yo de un muro

como ése! Incluso he subido en una ocasión por una pared que no tenía hiedra. Siempre se encuentran agujeros y rendijas a los que poderse agarrar. Ésta será muy sencilla de escalar.

Julián se sentía sumido en un mar de dudas ante la proposición de la chiquilla. Por último, Dick le recordó que el padre de Jo era acróbata. Quizás esto constituyera una peculiaridad familiar.

—Me gustaría que vierais lo bien que ando por la cuerda floja —continuó Jo sonriente—. Puedo bailar sobre ella y nunca me pusieron la red de seguridad. ¡Es facilísimo! ¡Bueno, me voy!

Sin añadir una sola palabra más, subió por las empinadas escaleras, ligera como un cervatillo, y se detuvo muy tiesa ante el arco de la entrada. También allí reinaba gran tranquilidad. Fue brincando como una ardilla a través del patio hasta llegar al pie del torreón recubierto de hiedra. Julián y Dick se habían acercado a la entrada del patio y la observaban atentamente.

—Se matará —dijo Julián.

—¡Puede asegurarse que tiene valor! —exclamó Dick—. No he visto una chica igual en toda mi vida. ¡Fíjate cómo sube! ¡Igual que un mico!

Jo fue trepando por la hiedra con gran seguridad, ligera y tranquila. Sus manos tanteaban cada rama de hiedra y comprobaban su solidez antes de colgarse de ella, y también sus pies iban palpando antes de posarse.

En un momento dado resbaló porque una rama se separó de la pared. Julián y Dick, que la contemplaban ansiosos, sintieron que el corazón se les subía a la garganta. Pero Jo, con tranquilidad, buscó otra rama y se afirmó en un segundo. Entonces empezó de nuevo a trepar.

Subía y subía. Pasó los dos primeros pisos y llegó al tercero. Sólo le faltaba uno para alcanzar el último. Se la veía empequeñecer a medida que se acercaba a su meta.

—No puedo soportar el estar mirándola por más tiempo, pero tampoco soporto el no hacerlo —comentó Dick, que temblaba de nerviosismo—. Si ahora se cayera, ¿qué haríamos?

—¡Cállate, por favor! —respondió Julián entre dientes—. No se caerá. Parece un gato. Mírala. Ya ha llegado junto a la ventana de la habitación vecina a la de Jorge. Por fortuna está abierta.

Sentada triunfalmente en el ancho alféizar de la ventana, la niña saludaba con descaro a los dos chicos, que se veían muy lejos, allá abajo. Luego intentó acabar de abrir la ventana, que aparecía entornada. No cedió. Se tendió y, a fuerza de retorcerse y escurrirse, consiguió colarse por el estrecho espacio que quedaba entre el alféizar y la ventana. Y así desapareció de la vista de los muchachos.

Los dos niños se sintieron muy aliviados. Dick se dio cuenta de que las rodillas le entrechocaban a causa del temblor que le invadía. Él y Julián se ocultaron en el pasadizo subterráneo debajo de las empinadas escaleras y allí se sentaron en silencio.

—Ha sido más difícil que en el circo —murmuró Dick, pensativo—. Nunca más podré ver con tranquilidad a los acróbatas. ¿Qué crees que estará haciendo ahora?

En aquel momento, Jo se hallaba muy ocupada. Se había caído desde la alta ventana al suelo, dándose un fuerte batacazo. No obstante, estaba acostumbrada a los golpes.

Se levantó y se ocultó detrás de un sillón por si alguien la hubiese oído. Nadie parecía haber advertido nada y pronto se atrevió a salir de su escondrijo, si bien con precaución. La habitación en que se encontraba estaba amueblada con antiguos y pesados muebles. El polvo lo recubría todo.

Jo caminó de puntillas hasta la puerta. Llevaba los pies descalzos y no hacía el menor ruido. Miró al exterior. Vio una escalera de caracol que conducía hacia abajo. A cada uno de los lados se abría una puerta. Había, pues, cuatro habitaciones en el torreón, una en cada esquina. Cada una de ellas contaba con dos ventanas. Dirigió su mirada hacia la puerta de la habitación contigua. Allí debía de ser donde habían encerrado a Jorge. Había una gran llave en la cerradura y estaba reforzada además por un enorme cerrojo. Llegó hasta la puerta y descorrió el cerrojo. Éste chirrió fuertemente y la niña se escondió de nuevo en la otra habitación. Pero nadie compareció. Volvió hacia la puerta y esta vez hizo girar la gran llave. La cerradura estaba bien aceitada y se abrió con facilidad.

Abrió la puerta y ojeó el interior con prudencia. Allí estaba Jorge, una Jorge enflaquecida e infeliz, sentada junto a la ventana.

Se quedó mirando a Jo, como si no pudiera dar crédito a sus ojos.

—¡Chiss! —ordenó Jo, que disfrutaba de lo lindo con la situación—. He venido para liberarte.

Capítulo 20

La aventura se pone candente

Jorgina se quedó pasmada, como si acabara de ver un fantasma.

—¡Jo! —exclamó—. ¡No es posible que seas tú!

—Pues sí lo es, me parece —respondió Jo, atravesando la habitación y llegando junto a Jorgina. La tiró del brazo—. Ven, sígueme. Hemos de marcharnos antes de que venga el «Rojo». ¡Date prisa! No quiero que nos atrapen.

Jorgina se puso en pie. Le parecía estar soñando. Salieron del cuarto y Jo se asomó, manteniéndose un momento en lo alto de la escalera de caracol.

—Creo que tendremos que bajar por aquí —dijo.

Inclinó la cabeza y escuchó. Luego comenzó a bajar los escalones y dio la vuelta a la primera espiral de la escalera.

Sin embargo, antes de que hubiese descendido más de una docena de escalones, se detuvo, asustada. ¡Alguien subía!

Presa de pánico, Jo volvió a subir a toda prisa y empujó con brusquedad a Jorgina hacia el interior del cuarto por donde había penetrado en la torre.

—Alguien viene —anunció jadeando—. Estamos perdidas.

—Será el hombre del pelo rojo, me imagino —contestó Jorgina —. Viene a verme tres o cuatro veces al día y pretende que le hable del trabajo de mi padre. Pero yo no sé nada. ¿Qué haremos ahora?

Los lentos pasos se aproximaban. Resonaban huecos sobre la escalera de piedra. Ahora podían oír también una respiración jadeante. A Jo se le ocurrió una idea. Muy bajito, con la boca pegada al oído de Jorgina, dijo:

—¡Oye! Tú y yo nos parecemos muchísimo. Dejaré que el nombre me prenda y me encierre. Entre tanto, tú aprovechas para deslizarte hacia abajo y reunirte con Dick y Julián. El «Rojo» no sabrá que se ha confundido de chica. Llevamos incluso la misma ropa, puesto que Juana me dio tus viejos pantalones y tu camisa.

—¡De ninguna manera! —rechazó Jorgina admirada—. Te prendería a ti y yo no quiero que eso ocurra.

—Tienes que hacerlo —susurró Jo con firmeza—. No seas estúpida. Yo puedo abrir la ventana y descender por la hiedra con mucha facilidad cuando el «Rojo» se haya marchado. Es tu única ocasión. Quieren llevarte de aquí esta noche en su helicóptero.

Los pasos habían llegado ya arriba. Jo empujó a Jorgina detrás de una cortina y de nuevo murmuró con firmeza:

—De todas formas, que conste que no hago esto por ti. Lo hago por Dick. Tú quédate aquí y yo me encargaré de lo demás.

Se oyó una fuerte exclamación cuando el hombre descubrió desde fuera que la puerta de la habitación de Jorgina estaba abierta. Se precipitó y descubrió que allí no había nadie. Salió y empezó a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Markhoff! ¡La puerta está abierta y la niña se ha ido! ¿Quién ha abierto la puerta?

Markhoff subió los escalones de dos en dos. Parecía aterrorizado.

—¡Nadie! ¿Quién podía abrirla? De todos modos, la niña no puede haber llegado muy lejos. He permanecido en la habitación de abajo desde que la encerré por última vez. La hubiese visto si se hubiese ido.

—¿Quién abriría la puerta? —gritó el «Rojo»—. Necesitamos a esa niña para entablar negociaciones.

—Tiene que haberse metido en alguna de las otras habitaciones —dijo Markhoff, que no semejaba sentirse emocionado por la furia de su dueño.

Marchó en dirección opuesta, hacia donde se encontraban Jo y Jorgina, que temblaban de miedo. Por último, penetró en la habitación y descubrió al punto la coronilla de Jo que sobresalía por encima del respaldo de una silla.

Se lanzó sobre ella y la asió brutalmente.

—¡Aquí está! —dijo, y parecía no darse cuenta de que aquélla

no era Jorgina, sino Jo.

Ambas niñas, con el pelo corto, la cara llena de pecas y las ropas tan semejantes resultaban casi iguales. Jo comenzó a gritar y a forcejear con todas sus fuerzas. Nadie hubiese podido adivinar que ella misma había planeado el que se la capturara y encerrara.

Jorgina castañeteaba los dientes y temblaba detrás de la cortina. Deseaba con ansia salir en ayuda de Jo, pero comprendía que no le serviría de ninguna utilidad. Además, consideraba que ahora tendría alguna probabilidad de encontrar a Tim. Verse separada de su perro durante tanto tiempo había destrozado el corazón de Jorgina.

Jo fue arrastrada gritando y pateando y se la encerró en la habitación. El «Rojo» y Markhoff empezaron a pelearse, echándose mutuamente la culpa de haber dejado abierta la puerta.

—Tú fuiste el último en subir aquí —decía el «Rojo».

—Bien, pues si fui yo, le aseguro que no dejé la puerta abierta —decía Markhoff, rabioso—. No soy tan estúpido. Usted sí que suele hacer cosas así.

—Está bien, dejémoslo —vociferó el «Rojo»—. ¿Has matado ya al perro? ¡Claro que no lo has hecho! Baja en el acto y mátalo antes de que también se escape.

El corazón de Jorgina se heló de espanto. ¡Matar a Tim! ¡Oh, no! ¡Su queridísimo Tim! No podía permitir que lo mataran.

No sabía qué hacer. Oyó que el «Rojo» y Markhoff descendían por las escaleras. Sus pasos retumbaban de un modo terrorífico al principio. Luego, de un modo gradual, el ruido se fue debilitando.

Ella bajó en silencio detrás de ellos. Se metieron en una habitación cercana, discutiendo aún. Jorgina se expuso a que la vieran y le dispararan al atravesar la puerta, que estaba abierta. Llegó a otra escalera que no era de caracol y descendió a tanta velocidad que estuvo a punto de perder pie y caer. Descendía, descendía y descendía. No encontró a nadie. ¡Qué lugar más extraño!

Llegó a una sala muy grande y penumbrosa, que olía a humedad y a viejo. Corrió hasta la gran puerta que veía enfrente e intentó abrirla. Era muy pesada, pero al fin cedió.

La niña se quedó inmóvil en medio de la brillante luz del sol y

asomó la cabeza parar mirar con precaución. Ella sabía dónde se hallaba Tim. Lo había divisado alguna vez, entrando y saliendo de la casita de verano con aire soñoliento. Sabía que, a fin de que no ladrara, lo habían drogado. El «Rojo» se lo había dicho cuando ella le preguntó por su perro. A aquel hombre le gustaba hacerla sufrir. ¡Pobre Jorgina!

Rodeó el patio y llegó al pabellón de verano. Tim estaba allí, tumbado como si durmiera. Jorgina se lanzó hacia él y rodeó el grueso cuello con sus brazos.

—¡Tim, oh, mi Tim! —sollozaba, y las lágrimas no le dejaban ver al perrazo. Tim, en medio de su pesado sueño, oyó la voz que más amaba en el mundo. Se estremeció. Abrió los ojos y vio a Jorgina.

Estaba tan aletargado por el sueño que no podía hacer más que lamerle la cara. Luego, sus ojos se cerraron de nuevo. Jorgina se sintió desesperada. Temía que Markhoff llegara y matase al perro.

—¡Tim! —gritó en su oído—. ¡Tim! ¡Despiértate!

Tim abrió otra vez los ojos. ¡Vaya, aún estaba allí su dueña! Entonces no podía tratarse de un sueño. Quizá su mundo se normalizaría de nuevo. Tim no comprendía en absoluto qué le ocurría en aquellos últimos días. A duras penas consiguió levantarse sobre sus patas y se mantuvo bamboleándose y moviendo la cabeza. Jorgina cogió su collar.

—Está bien, Tim —dijo—. Ven conmigo. ¡Date prisa!

Mas el pobre perro no podía andar. Apenas conseguía mantenerse en pie. Con desespero, Jorgina miró hacia el patio, temiendo que en cualquier momento se presentara Markhoff.

No vio al enano por parte alguna, pero, en cambio, descubrió a Julián, apoyado en una columna en el lado opuesto al patio. Jorgina estaba tan trastornada por lo que ocurría a Tim que casi no pudo sentir extrañeza.

—¡Julián! —gritó—. ¡Ven a ayudarme a salvar a Tim! ¡Quieren matarle!

En un santiamén, Julián y Dick atravesaron el patio y se encontraron junto a Jorgina.

—¿Qué te ha ocurrido, Jo? —preguntó Julián—. ¿Has hallado a Jorge?

—¡Julián, pero si Jorge soy yo! —exclamó la niña. Y Julián, de súbito, Se dio cuenta de que era la propia Jorgina. Estaba tan convencido de que se trataba de Jo que, en el primer momento, no había reconocido a su prima.

—Ayúdame a salvar a Tim —suplicó Jorgina, empujando al pesado perro—. ¿Dónde lo esconderemos?

—Abajo, en el sótano —respondió Dick—. Es el único lugar posible. ¡Vamos ahora mismo!

Nunca supieron con precisión cómo se las habían arreglado para arrastrar a Tim, medio dormido y atontado, a través de todo el patio hasta las arcadas. Abrieron la puerta y lo metieron dentro. El pobre Tim cayó como un fardo y empezó a rodar escaleras abajo, aterrizando con un gran estrépito. Jorgina exclamó:

—¡Dios mío! ¡Tiene que haberse hecho daño!

Sin embargo, aunque parezca extraño, Tim no dio señal alguna de haber recibido el menor daño. Al contrario, el golpe sirvió para reanimarle. Se puso en pie y dirigió a su alrededor una mirada de sorpresa. Luego gimió y miró a Jorgina. Intentó subir las empinadas escaleras, pero aún no estaba suficientemente despierto.

En un segundo Jorgina estuvo a su lado, acariciándolo y mimándolo. Los dos niños se unieron a ellos. Tim sintió que las cosas empezaban a marchar bien de nuevo y que sólo le faltaba liberarse de una aterradora pesadez que sentía en la cabeza. No podía comprender por qué tenía tan vehementes deseos de tumbarse y dormir.

—Llevadle al subterráneo —propuso Dick—. Esos hombres lo buscarán y también a nosotros en cuanto se den cuenta de que Tim no está y que nosotros nos hemos marchado del cobertizo.

Así, pues, descendieron los cuatro por el estrecho pasadizo y se colaron por el agujero, que comunicaba con la cueva. Tim parecía no saber cuál de sus patas le correspondía mover a cada paso.

Cuando llegaron a la cueva, se sentaron en un saliente plano y Jorgina se colocó tan cerca de Tim como le fue posible. Se alegró cuando los chicos apagaron sus linternas. Tenía grandes deseos de llorar y, como nunca lo hacía, le avergonzaba que alguien la viera.

Luego, contó a los muchachos en voz baja todo lo que había ocurrido con Jo.

—Me obligó a que me escondiera para que la atraparan a ella —dijo—. Es una muchacha magnífica. La chica más valiente que he conocido en mi vida. Y lo ha hecho a pesar de que yo no le gusto.

—Es muy rara —confirmó Dick—. Tiene buen corazón y… está muy bien.

Hablaban rápidamente y en voz baja, intercambiando noticias. Jorgina les contó cómo la habían apresado y llevado en el carromato con Tim, al que atontaron con un garrote.

—Vimos que habías escrito el nombre del «Rojo» en el carromato —explicó Dick—. Eso nos dio la clave para llegar hasta aquí.

—¡Escuchad! —exclamó Julián de repente—. Creo que debemos idear un plan a toda prisa. Me parece que oigo ruido. Es seguro que empezarán a buscarnos. ¿Qué podemos hacer?

Capítulo 21

Unas cuantas sorpresas

En cuanto Julián les hubo comunicado que oía ruidos, los otros advirtieron que los oían también. Escucharon con atención. El corazón de Jorgina latía tan fuerte que ella estaba convencida de que hasta los chicos tenían que notarlo.

—Creo que se trata del ruido del mar, que resuena en las cuevas y los túneles —dijo Julián por fin—. En circunstancias ordinarias, no tendríamos que preocuparnos por escuchar, porque Tim se pondría a gruñir al punto, avisándonos de cualquier peligro. Pero el pobre viejo está tan soñoliento que no creo que sea capaz de enterarse de nada.

—¿Creéis que pronto se repondrá del todo? —preguntó Jorgina, preocupada, mientras acariciaba las sedosas orejas del perro.

—Claro que sí —respondió Julián, procurando dar la sensación de que no albergaba la menor duda.

En realidad, el pobre Tim parecía muy enfermo. No era capaz ni de gruñir levemente.

—Habrás pasado unos días terribles, ¿verdad, Jorge? —preguntó Dick.

—¡Oh, sí! —contestó Jorgina—. No quiero ni hablar de ello. Si Tim hubiese estado conmigo no habrían sido tan malos, pero, al principio, cuando me trajeron aquí, todo lo que sabía sobre Tim era que podía oír sus ladridos y gruñidos que subían desde el patio hasta mi torre. Luego, el «Rojo» me dijo que había drogado al perro.

—¿Cómo llegaste hasta la mansión del «Rojo»? —se interesó Julián.

—Ya sabéis que me encerraron primero en aquel carromato que olía tan mal —replicó Jorgina—. Luego, un hombre llamado Simmy, que creo que es el padre de Jo, nos llevó con él. Tim estaba medio atontado por el golpe que había recibido. Lo metieron en un saco, nos montaron a los dos sobre el lomo del caballo y nos llevaron a través del bosque, por un camino solitario y a lo largo de la costa, hasta que llegamos aquí. Este viaje lo hicimos en plena noche.

—¡Pobre Jorge! —se condolió Julián—. Estoy deseando que Tim se ponga bien otra vez. Me gustaría azuzarlo sobre el «Rojo» y ese otro individuo.

—¿Qué le estará ocurriendo a Jo? —dijo Dick de repente, recordando que su amiguita había sido encarcelada en la habitación de la torre, donde habían retenido a Jorgina tanto tiempo.

—¿Crees tú que el «Rojo» y Markhoff habrán descubierto ya que nos hemos ido del cobertizo y que también Tim ha desaparecido? —preguntó a su vez Julián—. Se enfurecerán cuando lo descubran.

—¿No podemos irnos? —propuso Jorgina, que, de pronto, se sentía muy asustada—. Vinisteis en una barca, ¿verdad? ¿No podríamos entonces irnos en ella y buscar ayuda para liberar a Jo?

Se produjo un prolongado silencio. Ninguno de los chicos deseaba confesar a Jorge que su amada barca había sido hecha trizas por Markhoff. Sin embargo, debía saberlo y Julián acabó por contárselo.

Jorgina no dijo nada. Los tres permanecieron en silencio durante unos minutos. No se oía más que la respiración pesada, casi jadeante, de Tim.

—¿Creéis que nos será posible, cuando sea de noche, salir al patio y, pegados a la pared, llegar hasta la gran puerta? —dijo Dick, interrumpiendo aquel silencio—. Por aquí no podremos huir si no contamos con una barca, eso está claro.

—¿Qué os parece si esperásemos a que el «Rojo» y Markhoff se marchen en el helicóptero? —propuso Julián—. Entonces disfrutaríamos de mayor seguridad.

—Sí, pero, ¿qué ocurrirá con Jo? —preguntó Dick—. Ellos creen que es Jorge, ¿no es así? Y se la llevarán como pensaban hacerlo con Jorge. No veo cómo podemos intentar huir sin antes procurar

salvar a esa niña. Se ha portado muy bien con Jorge.

Empezaron a meditar la manera de salvar a Jo, pero a ninguno se le ocurría un plan factible. El tiempo transcurría y se sentían hambrientos y tenían frío.

—Si pudiésemos hacer algo, todo esto nos parecería menos horrible —refunfuñaba Dick—. Me gustaría saber qué está ocurriendo arriba, en la casa.

Arriba, en la casa, ocurrían muchas cosas.

En primer lugar, Markhoff había ido a matar a Tim, como el «Rojo» le había ordenado, y cuando llegó al pabellón de verano se encontró con que el perro había desaparecido.

Markhoff se quedó pasmado. El perro estaba atado y además drogado. Sin embargo, el cabo de la cuerda aparecía suelto y no había ningún perro atado a él.

Markhoff investigó por los alrededores, muy perplejo. ¿Quién podía haber soltado a Tim? Luego se dirigió al cobertizo cerrado en que había dejado a Julián y a Dick atados con una cuerda a las argollas de hierro. La puerta seguía cerrada. Markhoff dio vuelta a la llave y la abrió.

—Vamos, vosotros… —empezó a gritar con aspereza. Luego se calló, enmudecido por el asombro. ¡Allí no había nadie! De nuevo, el cabo de cuerda estaba solo y cortado en trozos, tirados por el suelo, y también los presos se habían desvanecido. Ni rastro de niños, ni rastro del perro.

Markhoff no podía dar crédito a sus ojos. Rebuscó por todo el cobertizo.

—Pero si estaba cerrado desde fuera —murmuraba—. ¿Qué significa todo esto? ¿Quién habrá liberado al perro y a los niños? ¿Qué va a decir el «Rojo»?

Markhoff miró al helicóptero preparado para el vuelo en medio del patio y se sintió tentado a huir en él, abandonando al «Rojo». No obstante, recordando las locas rabietas de su jefe y sus crueles venganzas hacia los que le defraudaban, cambió de parecer.

«Será mejor que nos vayamos ahora mismo, antes de que oscurezca —pensó—. Algo raro pasa aquí. Tiene que haber alguien

más escondido, del que no sabemos nada. Será mejor que busque al “Rojo” y se lo cuente».

Pasó por la puerta central y penetró en la entrada. Se topó cara a cara con dos hombres que esperaban. En primer lugar, no alcanzó a ver quiénes eran y trató de huir rápidamente, pero pronto reconoció a Simmy y a Jake.

—¿Qué hacéis aquí? —vociferó—. ¿No se os ha ordenado que vigilarais «Villa Kirrin» y que os aseguraseis de que no se avisaba a la policía?

—Sí —respondió Jake burlonamente—. Y venimos a comunicaros que la cocinera, una mujer llamada Juana, ha ido a avisarla esta mañana. Llevaba consigo a uno de los niños, una niña. Los chicos no se ven por ninguna parte.

—No. Están aquí. O al menos estaban —dijo Markhoff—. Han desaparecido. En cuanto a la policía, sabemos que viene hacia aquí y ya hemos hecho nuestros planes. Vuestras noticias llegan con retraso. De poco sirve vuestro espionaje. Ahora, largaos… Nos vamos a llevar a la niña en el helicóptero antes de que llegue la policía. ¿Cómo supieron los demás dónde teníamos a la niña? ¿Es que nos habéis vendido?

—¡Bah! —replicó Simmy en tono despreciativo—. ¿Imagináis que deseamos enfrentarnos con la policía? Debéis de estar locos. Queremos nuestro dinero. Hemos cumplido nuestro sucio trabajo y sólo nos habéis entregado la mitad de lo prometido. Dadnos lo que falta.

—¡Pedídselo al «Rojo»! —gruñó Markhoff—. ¿Por qué me lo pedís a mí? ¡Es él quien tiene que dároslo!

—Está bien. Se lo pediremos —dijo Jake con la cara más hosca que el trueno—. Hemos cumplido todo lo que nos ha mandado. Nos hemos apoderado de los papeles y de la niña y también de aquel perro bruto y salvaje que me mordió aquí, en la mano. Y todo lo que obtenemos es la mitad de lo prometido. Me parece que hemos llegado muy a propósito. Estabais planeando la huida en vuestro heli… como se llame y dejarnos sin paga, ¿eh?

—¿Dónde está el «Rojo»? —preguntó Simmy.

—Arriba —respondió Markhoff—. Tengo malas noticias para él, así es que no va a sentirse satisfecho de ver vuestros feos hocicos.

Será mejor que le busque y le exponga primero lo que debo decirle. Luego podéis presentaros, hacerle una reverencia y soltarle vuestros lindos discursitos.

—Te estás burlando, ¿verdad? —gritó Jake con voz amenazadora.

Ni él ni Simmy sentían la menor simpatía por Markhoff. Fueron tras él hacia arriba por la amplia escalera y luego siguieron subiendo hasta alcanzar la habitación situada al pie de la escalera de caracol.

Allí se encontraba el «Rojo», rebuscando entre los papeles que habían sido robados en el estudio del padre de Jorgina. Parecía furioso. Lanzó al aire los papeles en cuanto vio entrar a Markhoff.

—¡No son éstos los documentos que me interesan! —empezó a decir, gritando—. Estoy decidido a retener a esa niña hasta que… Pero, ¿qué pasa, Markhoff? ¿Algo va mal?

—Muchas cosas —replicó Markhoff—. El perro se ha ido. No estaba donde lo dejamos cuando he ido a matarlo. Y también se han largado los dos muchachos… Sí, sí, han huido del cobertizo, que aparece bien cerrado por fuera. ¡Qué me maten si no es así…! Y, además, aquí tiene a dos visitantes que vienen a verle… Piden dinero. Han venido a informarle de lo que usted ya sabe: la policía ha sido avisada de todo este asunto.

La cara del «Rojo» se encendió de ira y sus extraños ojos relucieron con rabia. Primero miró con fijeza a Markhoff, luego a Simmy y, por fin, a Jake. Markhoff parecía intranquilo, pero Simmy y Jake le desafiaban insolentemente con la mirada.

—¿Os… os atrevéis a venir aquí cuando os he dicho que permanecierais alejados? —gritó—. Ya se os ha pagado. No podéis estafarme ningún dinero más.

Nadie supo qué más hubiera dicho, porque, en aquel momento, desde lo alto de la escalera de caracol, se oyeron grandes gritos y el ruido producido por alguien que intentaba forzar una puerta.

—Debe de ser la niña —murmuró Markhoff—. ¿Qué le ocurrirá? Hasta ahora había estado muy tranquila.

—Será mejor que la hagamos salir ahora mismo y nos vayamos —resolvió el «Rojo», que aún tenía la cara de color escarlata—. Tú, Jake, sube y tráela aquí. Y dale algún golpe que la haga entrar en

razón si sigue gritando.

—Vaya a buscarla usted mismo —repuso Jake en tono insolente.

El «Rojo» miró a Markhoff y éste en el acto sacó un revólver.

—Mis órdenes se obedecen siempre —dijo el «Rojo» con una voz que se había vuelto muy fría de repente—. Siempre, ¿entendéis?

Ante la contundente amenaza, no sólo Jake se apresuró a subir las escaleras, sino también Simmy. Se dirigieron a la habitación cerrada del piso superior y abrieron la puerta. Simmy entró con gesto resuelto en la habitación, dispuesto a vérselas con la muchacha encarcelada.

Pero se detuvo en seco, completamente pasmado. Parpadeó y se frotó los ojos. Su asombro era mayúsculo. También Jake estaba sorprendido.

—¡Hola, papá! —exclamó Jo—. Parece que te extrañes de verme…

Capítulo 22

Jo se muestra muy astuta

—¡Jo! —exclamó Simmy—. ¡Vaya! De todas las… Bueno, Jo.

Jake fue el primero en reponerse de la sorpresa.

—¿Qué significa esto? —preguntó con brusquedad a Simmy—. ¿Qué hace Jo en esta casa? ¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Dónde está la otra niña, la que capturamos?

—¡Qué sé yo! —respondió Simmy, que aún miraba perplejo a su hija—. Oye, Jo, ¿qué estás haciendo aquí? ¡Dínoslo! Y, ¿dónde se ha metido la otra niña?

—Buscad por la habitación a ver si la encontráis —replicó Jo con picardía, sosteniéndose en la punta de los pies por si su padre o Jake se abalanzaban sobre ella.

Los dos hombres se apresuraron a registrar la habitación. Jake se dirigió a un gran armario.

—Frío… frío —dijo Jo, que se divertía mucho—. Sois muy listos.

Los dos hombres continuaban atónitos y no sabían qué pensar. Venían en busca de Jorgina y sólo habían encontrado a, Jo.

Pero, ¿qué?, ¿cómo? ¿Qué es lo que había ocurrido? No sabían qué determinación tomar. Ninguno de los dos tenía ganas de volver atrás y contar al «Rojo» lo ocurrido. Por lo cual, ambos empezaron a rebuscar febrilmente en la habitación, mirando en sitios probables e improbables, mientras Jo se burlaba de ellos.

—Será mejor que abráis los cajones para ver si se ha metido en ellos… Y no olvidéis mirar debajo de la alfombra. Eso está bien, Jake, pon tu cabeza en el agujero de la chimenea, pero ten cuidado que Jorgina no te caiga encima, como si fuera hollín.

—¡Espera y verás qué buena caricia te tengo reservada! —gruñía Jake, furibundo, abriendo la puerta de un pequeño armario.

Una airada voz subió por las escaleras.

—¡Jake! ¿Qué estáis haciendo? Bajad a la niña.

—¡No está aquí! —le respondió Jake, gritando porque se sentía muy enfurecido—. ¿Qué habéis hecho de ella? ¡Se ha ido!

El «Rojo» subió los escalones de dos en dos. Sus ojos se habían empequeñecido por la ira. Lo primero que vio en la habitación fue a Jo, y, naturalmente, pensó que era Jorgina.

—¿Qué significa el decir que no está aquí? —rabió—. ¿Estáis locos?

—¡Qué va! —respondió Jake—. Por lo menos no tan locos como vosotros. Esta niña no es la hija de aquel individuo, del científico, a quien robamos los papeles… Ésta es Jo, la hija de Simmy.

El «Rojo» miró a Jake como si éste se hubiese perturbado. Luego, miró a Jo. Él no veía ninguna diferencia entre Jo y la desaparecida Jorgina. Ambas tenían el pelo corto, la cara llena de pecas, la nariz respingona… Y él no podía aceptar que se tratara de la hija de Simmy.

En realidad, no creía una palabra de todo aquello. Pensaba que Jake y Simmy le estaban engañando por alguna extraña razón.

Pero Jo también tenía que decir lo suyo.

—Sí, yo soy Jo —afirmó—. No soy Jorgina. Jorgina se ha ido. Yo soy Jo y Simmy es mi padre. Has venido a salvarme, ¿verdad, papaíto?

Simmy no había venido con tal propósito, claro está. Miraba a Jo con desespero y completamente pasmado.

El «Rojo» acabó de perder los estribos. En cuanto oyó la voz de Jo, comprendió que no se trataba de Jorgina. De alguna manera se le había engañado y, puesto que aquélla era la hija de Simmy, éste sería el que lo había hecho seguramente.

De repente, se dirigió hacia Simmy y le golpeó con fuerza. Sus ojos llameaban.

—¡Me habéis engañado doblemente! —gritó.

Simmy salió disparado, volando hacia la puerta. No obstante, Jake acudió en su ayuda, hizo caer al «Rojo» y se tiró sobre él.

Jo contemplaba a los tres hombres que se peleaban y gritaban, y

se encogió de hombros. «¡Que peleen!». La habían olvidado por completo y esto le parecía muy bien. Corrió hacia la puerta, y comenzaba a descender las escaleras cuando una idea acudió a su aguda cabecita. Con una traviesa sonrisa, giró sobre sus talones. Sin hacer ruido, cerró la puerta, dio vuelta a la llave, que estaba en la cerradura, y echó el cerrojo.

Desde dentro, los tres hombres oyeron como la llave daba vueltas en la cerradura. En un santiamén, Jake se acercó a la puerta accionando el picaporte.

—¡Nos ha encerrado! —gritó con rabia—. Y además ha echado el cerrojo.

—¡Gritad para que suba Markhoff! —vociferó el «Rojo», que temblaba de furor.

Markhoff, que se había quedado en la habitación al pie de la escalera, empezó a oír de pronto grandes gritos y tremendos golpes en la puerta. Se levantó de un brinco, pensando en qué podía haber ocurrido.

Jo aguardaba escondida en la habitación contigua. Tan pronto como Markhoff llegó a la habitación y descorrió el cerrojo, ella se deslizó por la escalera de caracol en un segundo, sin que Markhoff se diese cuenta de ello. Sonreía para sí misma y parecía ir meditando algo muy divertido.

Llevaba en el pecho la llave que pertenecía a la puerta de arriba. Nadie podría abrir aquella puerta… Faltaba la llave. ¡Jo la tenía!

—¡Abre la puerta! —vociferaba el «Rojo»—. La niña se ha ido.

—¡La llave no está! —contestó Markhoff a gritos—. Se la ha llevado esa cría. Voy en su busca.

Pero una cosa era buscar a Jo y otra, muy distinta, encontrarla. Parecía haberse desvanecido en el aire.

Markhoff iba enfurecido de una habitación a otra, pero no conseguía dar con ella en ninguna parte. Salió al patio y miró por todos los rincones.

En aquel momento, Jo ya había llegado a la cocina y localizado la despensa. Estaba hambrienta y quería comer algo. En la cocina no había nadie, a pesar de que en el hogar ardía un gran fuego.

Se coló en la despensa, quitó la llave que estaba en la parte de fuera y se encerró por dentro en ella. Vio que había allí una

ventanita y la abrió con gran cuidado, de modo que pudiese escapar con facilidad si alguien se daba cuenta de que se hallaba encerrada allí.

Luego empezó a devorar cuanto había a su alcance. Tres salchichas, un gran pedazo de queso, un pedazo de pan, medio pastel de carne y dos tartas de mermelada corrieron el mismo destino. Con todo eso, Jo se encontró mucho mejor. Se acordó de los demás y pensó que también debían sentirse muy hambrientos.

Encontró una cesta vieja colgada de un clavo y metió en ella algunos alimentos: salchichas, bollos, queso y pan. Si podía topar con los demás, ¡qué bien la recibirían!

Jo colocó la gran llave en el fondo del viejo cesto. Sonrió, muy satisfecha de sí misma. El «Rojo», Simmy y Jake estaban bien encerraditos y fuera de su camino. No temía tanto a Markhoff como al «Rojo». Estaba segura de poder escapar de él.

Ni siquiera se apenaba por su padre. No sentía amor por él, ni tampoco respeto, porque él era todo lo que un padre no debía ser.

Oyó que Markhoff, cada vez más furioso, llegaba a la cocina, y se subió a un estante de la despensa, dispuesta a escurrirse por la ventana si él intentaba derribar la puerta. Pero no lo hizo. Volvió a marcharse, rabiando, y pronto dejó de oírle.

Jo abrió la puerta con gran precaución. En la cocina había ahora una vieja, de pie junto a la mesa, doblando ropa que acababa de recoger de los tendederos del patio. Miró a Jo con extrañeza.

—¿Pero qué…? —empezó a decir con indignación.

Sin embargo, Jo había abandonado la estancia antes de que la vieja pronunciara la palabra siguiente. La mujer se dirigió a la despensa y empezó a gemir cuando vio las fuentes y los platos vacíos.

Jo se encaminó hacia la entrada con cautela. Oía las palabrotas de Markhoff, que subía por la escalera. Sonrió feliz y marchó en dirección a la puerta.

La abrió con cuidado. Luego, deslizándose junto a la pared, se coló por la puerta que conducía al sótano. Después, la cerró tras sí con suavidad.

Ahora debía hallar a los demás. Estaba segura de que se encontraban en los subterráneos. ¡Qué contentos se pondrían con la

comida que les traía!

Casi se tiró escaleras abajo y corrió tan veloz como le fue posible por el resbaladizo pasaje. No llevaba linterna y debía tantear el camino en la oscuridad. No tenía miedo. Tan sólo cuando su pie descalzo topaba con alguna piedra cortante dejaba escapar una leve exclamación.

Los otros tres, Julián, Dick y Jorgina, todavía permanecían sentados muy juntos unos de otros y con Tim en el centro. Julián ya había explorado el terreno; había llegado hasta la puerta que conducía al patio y había mirado resguardándose precavidamente para ver si ocurría algo. No había visto nada, excepto a una vieja recogiendo la ropa tendida.

Los tres habían decidido esperar hasta la noche antes de actuar. Pensaban que quizá para entonces Tim ya se habría repuesto un poco y podría ayudarles a defenderse contra el «Rojo» y Markhoff. Medio dormidos, se mantenían muy juntitos, para conservarse calientes y disfrutar del agradable calor del gran cuerpo de Tim.

¡Tim gruñó! Sí, ahora gruñó, cosa que no había hecho hasta entonces. Jorgina puso su mano sobre él para indicarle que se callara. Escucharon, ya desvelados, una voz que llegó hasta ellos.

—¡Julián! ¡Dick! ¿Dónde estáis? ¡Me he perdido!

—¡Pero si es Jo! —gritó Dick, encendiendo su linterna al punto—. ¡Estamos aquí, Jo! ¿Cómo has podido huir? ¿Qué ha ocurrido?

—Muchísimas cosas —respondió la niña, y llegó alegremente junto a ellos—. ¡Caray, qué oscuro estaba por esos pasadizos sin una linterna! Me he equivocado de camino. Por eso he gritado. Pero no me había alejado mucho. ¿Queréis comer salchichas?

—¿Queeé? —gritaron tres voces hambrientas, e incluso Tim enderezó sus orejas y empezó a olfatear el cesto.

Jo se reía. Abrió el cesto. Sacó de él toda la comida y los otros tres cayeron sobre ella como lobos.

—¡Jo, eres la octava maravilla del mundo! —exclamó Dick—. ¿Ha quedado algo en el cesto?

—Sí —contestó Jo, extrayendo del fondo la gran llave—. Esto. ¡Mirad! He encerrado al «Rojo», a Jake y a mi padre en la habitación del torreón y aquí está la llave. ¿Qué os parece mi hazaña?

Capítulo 23

Markhoff los persigue

Jorgina cogió la llave y la miró con infinita alegría.

—¡Jo! ¿Es cierto que ésta es la llave y que los has encerrado a todos? ¡Chica, eres estupenda!

—¡Sí que lo es! —confirmó Dick, y dio a la muchachilla un súbito y rápido abrazo. Jo estaba encantada—. Nunca he conocido una chica como tú. Nunca. Tienes tanta valentía como entre veinte.

—En realidad, ha sido muy fácil —intervino Jo, cuyos ojos relucían de placer a la luz de la linterna—. Confiáis en mí ahora, ¿verdad? ¿No volverás a portarte mal conmigo? ¿Ninguno de vosotros volverá a hacerlo?

—Claro que no —contestó Julián—. ¡Eres nuestra amiga para siempre!

—Pero no la de Jorge —replicó prontamente Jo.

—Sí, también la mía —afirmó Jorgina—. Retiro todas las cosas que he dicho de ti. Vales tanto como un chico.

Éste constituía el piropo mayor que Jorgina podía otorgar a una niña. Jo sonrió satisfecha y dio a Jorgina un ligero puñetazo amistoso.

—Todo lo hice por Dick —dijo—. Pero, la próxima vez, ¡lo haré por ti!

—¡Cielo santo! ¡Espero que no haya una próxima vez! —exclamó Jorgina con un escalofrío—. No puedo decir que haya disfrutado ni un solo minuto durante los últimos días.

Tim, de repente, puso su cabeza sobre las rodillas de Jo. Ella le zarandeó.

—¡Mirad! —exclamó—. ¡Me recuerda! Ya está mejor, ¿no te parece, Jorge?

Jorgina, con cuidado, apartó la cabeza de Tim de las rodillas de Jo y la puso sobre las suyas. Estaba resuelta a convertirse en una verdadera amiga para Jo, pero no hasta el extremo de permitir que Tim reclinara su cabeza sobre las rodillas de ella. Acarició al perro.

—Sí, está mejor —confirmó—. Se ha comido casi la mitad de las salchichas que le he dado a pesar de que al principio las olfateaba como si temiera que hubiera en ellas algo malo. Creo que comprende que habían puesto algo en su comida y ahora desconfía. ¡Mi buen Tim!

Ahora todos se sentían más animados y alegres. El ver que Tim se encontraba bien los había liberado de aquel gran vacío. Julián consultó su reloj.

—Se va haciendo de noche —dijo—. Me gustaría saber lo que están haciendo aquellos individuos.

Tres de ellos permanecían aún encerrados. Por mucho que Markhoff intentó forzar la puerta, aquélla se mantenía firme. Era una puerta antigua, muy reforzada, y el cerrojo aguantaba sin ceder un centímetro. Había llamado a dos hombres que estaban en el garaje para que le prestaran ayuda. No obstante, la puerta seguía en el mismo lugar y cada vez les parecía más pesada e inquebrantable.

Simmy y Jake observaron en silencio al «Rojo», que caminaba de un lado para otro de la habitación de la torre, como un león enjaulado. Les tranquilizaba pensar que eran dos contra uno. Les parecía un loco, con su aspecto enfurecido y su continuo pasear de un lado a otro. Markhoff, que continuaba fuera con los otros dos hombres, veía aumentar cada vez más su preocupación. Hasta entonces, la policía no había llegado. Ni tampoco llegaría, claro está, porque Juana no había podido contarles nada, excepto que Julián y Dick habían ido a ver a un hombre llamado el «Rojo». Ella no sabía dónde vivía ese hombre. No obstante, ni el «Rojo» ni Markhoff lo sabían. Continuaban convencidos de que la policía se acercaba para tenderles una emboscada. ¡Si al menos pudiesen huir en su helicóptero antes de que ocurriesen más desgracias!

—Markhoff, lleva contigo a Carlos y a Tom y baja a las cuevas —ordenó por fin el «Rojo»—. Es el único lugar en que han podido ocultarse esos niños. No lograrán salir de aquí porque la puerta de la entrada está cerrada con llave y candado y la pared es demasiado alta para que consigan escalarla. Captura a los niños y regístralos hasta que encuentres la llave.

Así, pues, Markhoff y los dos fornidos individuos descendieron las escaleras, salieron al patio, lo atravesaron y fueron directos hacia las cuevas.

Bajaron por los empinados escalones y pronto se encontraron dando traspiés por el estrecho e inclinado pasillo. Sus botas herradas resonaban con gran ruido a cada paso que daban. Se colgaron del pasamanos cuando llegaron al difícil trecho del túnel y, por último, desembocaron en la cueva en la que se abría un gran agujero en el suelo.

Allí no había nadie. Los niños habían oído el ruido que hacían los hombres al avanzar y se apresuraron a colarse por el agujero.

Corrieron hacia la otra caverna, hacia la que olía a agrio porque en ella vivían y dormitaban muchos murciélagos. Luego contornearon el saliente roquizo y pasaron a la primera cueva, la que tenía una curiosa forma ovoide y que conducía hasta el reborde roquizo que dominaba el abrupto acantilado.

—Aquí no hay donde esconderse —refunfuñó Julián.

Miró atrás, hacia la cueva. Por lo menos, sería mejor quedarse allí que fuera, en el reborde roquizo, en el cual aparecían muy visibles a la luz diurna.

Empujó a los demás hacia la cueva y escrutó las paredes con la ayuda de su linterna, para ver si descubría algún rincón en que pudieran acurrucarse.

A media altura se veía un saliente formado por la misma roca. Izó a Jorgina hasta él y también subió a Tim. El pobre perro no estaba acostumbrado a aquello y además continuaba muy confuso y soñoliento. Había emitido un débil ladrido al oír el ruido de los pasos que se acercaban, pero en seguida había vuelto a agachar la cabeza.

Dick trepó junto a Jorgina. No cabía nadie más en aquel escondrijo. Julián trató de ocultarse detrás de una roca, mientras Jo

se tumbaba en un hoyo junto a una de las paredes y se cubría hábilmente con arena. Julián no pudo impedirse el pensar que aquella muchacha era muy lista. Siempre parecía conocer lo más conveniente para el momento dado.

Sin embargo, ocurrió que Jo fue la única a quien descubrieron. Sucedió de un modo accidental, al pisarla Markhoff. Él y los otros dos hombres se habían escurrido por el agujero de la caverna inferior, habían seguido hasta la cueva de los murciélagos y allí no habían localizado a nadie. Ahora se encontraban en la cueva que conducía al acantilado.

—Los niños no están aquí —dijo uno de los hombres—. Se habrán escondido en alguna parte. Éste es un lugar insoportable… ¡Regresamos!

Markhoff iluminaba las paredes con su linterna, para ver si alguno de los niños se ocultaba en los salientes de las rocas… De pronto pisó pesadamente la mano de Jo. La niña lanzó un grito de agonía y a Markhoff por poco se le cae la linterna de la impresión.

En un abrir y cerrar de ojos sacó a la niña fuera de su lecho de arena y comenzó a zarandearla como si fuese un ratón.

—¡Ésta es la que buscamos! —explicó a los demás—. Es la que tiene la llave. ¿Dónde la has metido? ¿Me oyes, ratita? Dámela. De lo contrario, te lanzaré por el acantilado.

Julián se quedó horrorizado. Estaba seguro de que Markhoff era muy capaz de tirar a Jo por el acantilado, y se disponía a saltar para correr en su ayuda cuando oyó que la niña hablaba.

—Está bien. ¡Suélteme usted, so bruto! ¡Aquí tiene la llave! Vaya y libre a mi padre antes de que llegue la policía. No quiero que lo prendan.

Markhoff profirió una exclamación triunfal y arrancó una reluciente llave de la mano de Jo. Le dio un sonoro bofetón en la oreja.

—¡Eres un sapo! Puedes quedarte aquí con los otros si te apetece, y te aseguro que permaneceréis aquí mucho tiempo. ¿Sabéis lo que vamos a hacer? Colocaremos una gran piedra en el agujero de la otra cueva… ¡Y aquí moriréis de hambre! No podréis huir hacia arriba y tampoco seréis capaces de hacerlo hacia abajo. El mar os aplastará contra las rocas si intentáis huir nadando. Esto

os enseñará a no mezclaros en lo que no os importa.

Los dos hombres lanzaron una risotada.

—Buena idea, Mark —dijo uno—. Aquí estarán como metidos en una caja y nadie sabrá dónde se encuentran. ¡Vamos! No tenemos tiempo que perder. Si el «Rojo» no es liberado pronto, se volverá loco de furia.

Regresaron hacia el interior del acantilado y los niños oían cómo se alejaban sus pasos. Por fin dejaron de percibirse. Los hombres se habían izado hasta el agujero del techo de la cueva y desaparecido por el estrecho y bajo túnel que comunicaba con el patio.

Julián salió de su escondrijo. Estaba pálido y asustado.

—Estaremos perdidos si esos individuos bloquean realmente el agujero, y mucho me temo que ya lo hayan hecho… ¡Encerrados como sardinas en lata! Tal como dice ese individuo, no podemos salir ni por arriba ni por abajo. El mar es aquí demasiado bravo para que intentemos nadar, y tampoco se puede trepar por el acantilado.

—Voy a ver si es verdad que han tapado el agujero —dijo Dick —. Quizá no hablasen en serio.

Pero no se trataba de ninguna broma. Cuando Julián y Dick enfocaron el agujero con sus linternas, vieron que una gran roca obstruía el paso.

Ya no podrían salir por allí. Era imposible mover aquella piedra desde abajo. Regresaron a la primera cueva sin decir palabra y se sentaron en el reborde rocoso, a la luz del sol poniente.

—Ha sido una lástima que descubrieran a la pobre Jo —dijo Jorgina—. Y aún ha sido peor que tuviera que entregar la llave. Así el «Rojo» y sus compinches, podrán huir libremente.

—No lo harán —replicó Jo, sorprendiendo a todos con esta afirmación. La niña aclaró—: No les he dado la llave de la habitación del torreón. Había guardado también la de la despensa y ésta ha sido la que les he entregado.

—¡Que Dios me bendiga! —exclamó Julián en el colmo de su asombro—. ¡Pero qué cosas más extraordinarias haces, Jo! ¿Cómo te las arreglaste para tener la llave de la despensa?

Jo les contó que la había quitado de la cerradura y se había encerrado ella misma por dentro mientras calmaba su apetito en el

interior.

—Tuve que abrir la puerta para salir, claro —añadió—, y decidí llevarme la llave… ¡Nunca se sabe lo que puede resultar útil! Podía haberme convenido esconderme de nuevo en la despensa y encerrarme por dentro con los alimentos.

—Lo mejor de ti nos es aún desconocido —aseguró Dick muy convencido—. Nunca acabaremos de comprenderte. Eres más lista que una manada de monos. ¿Así es que todavía conservas la famosa llave?

—Sí —respondió Jo—. ¡Y el «Rojo», papá y Jake tendrán que aguantar encerrados en la habitación del torreón!

De súbito, un pensamiento muy desagradable perturbó a Dick.

—¡Esperad! —dijo—. ¿Qué ocurrirá cuando descubran que no han obtenido la llave que buscaban? Volverán aquí y Dios sabe lo que será de nosotros.

Capítulo 24

Una gran sorpresa

El pensamiento de que, probablemente, pronto regresarían aquellos individuos más enfurecidos aún que antes, les resultaba a todos muy desagradable.

—Tan pronto como Markhoff introduzca la llave en la cerradura, se dará cuenta de que no abre y comprenderá que Jo se ha burlado de él —dijo Jorgina.

—Y entonces se pondrá tan furioso que volverá aquí, y a saber de lo que es capaz —gruñó Julián—. ¿Qué haremos? ¿Escondernos de nuevo?

—No —repuso Dick—. Salgamos de aquí y trepemos por el acantilado hacia el mar. Me sentiré más seguro allí que aquí en esta cueva. Quizá podamos hallar un escondrijo mejor en la pequeña cueva que queda entre las rocas.

—¡Qué lastima que hayan destruido mi barca! —exclamó Jorgina con pesar al pensar en su hermoso bote—. Y ¿cómo podremos bajar a Tim?

Discutieron el asunto. Tim no podía descender por sus propios medios, de eso no cabía duda. Jo recordó la cuerda que colgaba todavía a un lado del acantilado hasta el borde rocoso de más abajo, la que había atado para que Dick y Julián pudiesen subir por los lugares más abruptos.

—Ya sé —dijo, y su rápida inteligencia trabajó de nuevo, velozmente—. Ve tú delante, Julián; luego tú, Dick. Después puede seguir Jorge. Cada uno de vosotros que se agarre a la cuerda por si resbalara. Luego, yo tiraré de la cuerda y ataré a ella a Tim,

rodeándole el cuerpo… Lo haré bajar muy despacio y vosotros lo recogéis. ¡Está aún tan adormilado que no se moverá mucho! Ni siquiera comprenderá lo que le pasa.

—Pero ¿y tú? —preguntó Dick—. Serás la última. ¿No te importa? Te quedarás sola en el reborde roquizo y los hombres pueden aparecer de un momento a otro.

—No, eso no importa —respondió Jo—. ¡Venga! Démonos prisa.

Julián bajó el primero, contento de poder agarrarse a la cuerda en tanto sus pies o sus manos tanteaban el camino en busca de rendijas o agujeros en que apoyarse. Después siguió Dick, que casi se dejó caer en su ansiedad por llegar abajo.

Luego bajó Jorgina, lentamente, angustiada. No le gustaba en absoluto el rocoso acantilado. Una vez miró hacia abajo, hacia el mar que se veía en el fondo, y sintió vértigo. Cerró un momento los ojos y permaneció unos instantes entre cielo y tierra, agarrada a la cuerda con una mano.

Fue una tarea difícil el descender a Tim. Jorgina lo esperaba abajo con angustia. A Jo le resultó muy difícil atar a Tim de modo que quedase seguro. Grande y pesado como era, no le gustaba que lo atasen y no parecía comprender lo que pasaban. Por fin consiguió atarle con seguridad y llamó a los demás.

—¡Ya lo bajo! Vigilad que la cuerda no se rompa. ¡Por lo menos, que no intente moverse! ¡Ahora se ha dado un golpe contra el acantilado!

Para el pobre Tim no constituyó aquello una experiencia agradable. Se balanceaba a derecha e izquierda, pendiendo de la cuerda, mientras descendía con extrema lentitud. Estaba muy asombrado de verse colgado en el espacio. Más arriba, Jo jadeaba y resoplaba.

—¡Oh! ¡Pesa terriblemente! Espero poder sostenerlo. ¡Estad atentos! —les gritó.

En el último momento, el peso la venció y la cuerda huyó de sus manos silbando. Por suerte para el pobre Tim, ya no distaba mucho del suelo, y Julián y Dick consiguieron asirlo un poco antes de caer.

—Ahora bajo yo —gritó Jo, y, sin necesidad de agarrarse a la cuerda, descendió como un mono, encontrando asideros para sus manos y pies con maravillosa facilidad. Los otros la contemplaban

admirados. Pronto estuvo junto a ellos. Jorgina desataba ya a Tim.

—¡Mil gracias, Jo! —dijo mirando agradecida a la niña—. Eres una maravilla. Tim debía de pesar de un modo terrible.

—Sí que pesaba —contestó Jo, acariciando al perro—. ¡Por poco lo suelto! Bueno, ¿qué hacemos ahora?

—Rebuscaremos por los alrededores de esta pequeña cueva que tiene un aspecto tan raro. Veremos si hay por aquí algún lugar en donde podamos sentarnos —dijo Julián—. Tú ve por aquel lado, Jorge, y nosotros iremos por este otro.

Se separaron y empezaron a buscar un sitio donde guarecerse. Julián y Dick no encontraron ninguno en su exploración. El mar barría la cueva subiendo y bajando en forma alternativa. En el exterior, las grandes olas batían contra las rocas. No había ninguna posibilidad de salir nadando.

De repente, se oyó un excitado grito de Jorgina.

—¡Julián! ¡Ven aquí! ¡Mira lo que he hallado!

Todos acudieron adonde se encontraba Jorgina. Ésta les señaló un gran bulto cubierto de algas.

—¡Una barca! ¡Está cubierta con algas, pero es una barca!

—¡Pero si es la tuya! —gritó Dick, y empezó febrilmente a retirar los haces de algas que la cubrían—. Markhoff no la destruyó. Aquí está y en perfecto estado. No pudo encontrarla, estaba bien oculta por las algas. Y cuando volvió junto al «Rojo» le contó una mentira…

—¡No la destrozó! —gritaba también Jo, y, con alborozo, empezó a quitar las algas ella también—. Está perfectamente, ni siquiera averiada. ¡No la destrozó!

Los cuatro niños estaban tan sorprendidos y contentos que se aporreaban la espalda unos a otros con ademanes ridículos y brincaban como locos. ¡Tenían su barca, al fin y al cabo! ¡La excelente barca de Jorge, y en perfecto estado!… ¡Podían huir! ¡Hip, hip, hurra!

Un bramido que procedía de arriba los sumió en un repentino silencio.

Asustados, levantaron la vista. Markhoff y los otros dos hombres aparecían en el reborde roquizo, mucho más arriba, gritando y amenazándoles con los puños.

—¡Esperad a que os cojamos y veréis! —gritaba Markhoff.

—¡Rápido! ¡Rápido! —decía Julián, tirando con ansiedad del bote—. Sólo nos queda esta esperanza. ¡Arrastraremos la barca hasta el mar! ¡Rápido, bajemos hasta el agua!

Markhoff descendía ahora por el acantilado y Jo sentía no haber desatado la cuerda antes de bajar, porque le estaba siendo de gran utilidad a Markhoff. La niña empujaba la barca al mismo tiempo que los demás, deseando que no hubiese pesado tanto.

El bote ya casi tocaba el mar, cuando algo ocurrió. Tim, que contemplaba la escena con gran admiración, resbaló de pronto del reborde roquizo en que se encontraba y cayó al mar. Jorgina lanzó un agudo chillido.

—¡Tim! ¡Se ha caído al agua y está demasiado drogado para poder nadar! ¡Se va a ahogar!

Julián y Dick no se atrevían a dejar de empujar la barca, porque veían que Markhoff pronto llegaría junto a ellos. Jorgina corrió hacia Tim, que pateaba entre las olas y que aún parecía sorprendido y asustado.

No obstante, el agua tuvo sobre él un efecto sorprendente. Era fría y eso pareció reanimarle y devolverle los sentidos de manera inesperada. Se le vio revivir y empezó a nadar con fuerza hacia la roca desde la que había resbalado. Se encaramó a ella, ayudado por Jorgina, y comenzó a ladrar muy fuerte.

El bote alcanzó el agua y Julián asió a Jorgina.

—¡Ven, salta dentro!

Jo ya estaba en el bote, al igual que Dick. Jorgina, que intentaba empinar a Tim, fue metida a la fuerza en él. Julián miró con desespero a Markhoff, que alcanzaba en aquel momento el final de la cuerda y estaba a punto de dejarse caer. ¡No podrían huir, cuando les faltaba tan poco!

Pero, de repente, Tim se soltó del brazo de Jorgina y corrió como un bólido por el acantilado, ladrando amenazador. Parecía sentirse completamente bien. El súbito contacto con el agua fría había desvanecido su somnolencia y pesadez. ¡Tim volvía a ser el mismo!

Markhoff se hallaba a poco más de un metro del reborde cuando oyó ladrar a Tim. Miró con horror y vio al perrazo intentando saltar

hasta él. Intentó encaramarse un poco más alto para apartarse de Tim.

—¡Guau! —ladraba Tim—. ¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! Grrrrrr…

—¡Ten cuidado, te arrancará un pie si lo dejas! —gritó uno de los hombres desde arriba—. ¡Está loco de furor, es un perro salvaje! ¡Vigila, Mark!

¡Pero Markhoff, ya lo creo que vigilaba! Aterrorizado, trepó un poco más arriba y entonces se dio cuenta de que Tim intentaba tomar impulso para saltar hasta él. Subió todavía algo más y se colgó de la cuerda por una mano, temiendo caerse y ser destrozado por el enfurecido perro.

—¡Ven, Tim! —gritó Jorgina—. Déjalo ya, Tim.

Los cuatro niños habían conseguido, por fin, arrastrar el bote hasta el mar y en cuanto Tim estuviese con ellos podrían iniciar la marcha y remar contorneando las rocas de la entrada de la cueva, antes de que Markhoff pudiese alcanzarlo.

—¡Tim! ¡Tim!

Al fin, Tim le hizo caso. Lanzó una última y pesarosa mirada a las piernas de Markhoff y brincó hasta la barca. Saltó dentro y se quedó plantado ladrando aún furioso.

Markhoff acabó de deslizarse por la cuerda hasta el reborde… ¡Pero ya era tarde! El bote enfiló hacia la entrada de la cueva y la sobrepasó.

Julián y Dick remaban acompasadamente. Jorgina rodeó a Tim con sus brazos y hundió su rostro en el pelaje del animal. Lo mismo hizo Jo.

—Ya se ha puesto completamente bien —comentó Jorgina con alegría.

—Sí, le ha sentado bien caerse en el agua fría —afirmó Jo—. ¡Mi buen Tim!

Ahora Tim se hallaba en el fondo del bote y olfateaba con expresión de contento. Notaba un tufillo agradable. Jo intentó averiguar lo que el perro había encontrado. En seguida lo descubrió.

—¡Es el paquete de bocadillos que traíamos en la barca y que no llegamos a comernos! —gritó—. ¡El viejo Tim intenta zampárselos todos!

—¡Pues que se los coma! —dijo Julián sin dejar de remar—. Bien los merece. ¡Caramba! ¡Qué felicidad oírle ladrar de nuevo y ver cómo menea el rabo!

Y, en verdad, su rabo se movía sin cesar y ya no se detuvo en mucho tiempo. Para Tim el mundo volvía a estar en su lugar. De nuevo veía y oía con claridad, podía ladrar, hacer cabriolas y saltar.

—¡Al fin en dirección a casa! —exclamó Julián—. Ana se alegrará de vernos. ¡Caray! ¡Qué horas más amargas hemos pasado!

Capítulo 25

Todo marcha bien

Oscurecía ya cuando la barca de Jorgina arribó a la bahía de Kirrin. El camino les había parecido muy largo. ¡Estaban tan agotados! Las niñas habían ayudado a remar cuando los chicos se encontraban a punto de desfallecer por el cansancio y Tim había animado a todo el mundo con su buen humor.

—La verdad es que su rabo no ha dejado de moverse desde que saltó dentro de la barca —comentó Jorgina.

Cuando llegaron, una pequeña figura les esperaba en la playa, medio perdida en la oscuridad. Era Ana. Les llamó con voz temblorosa.

—¿Sois vosotros? Os he estado esperando todo el día. ¿Estáis bien?

—¡Muy bien! Y traemos a Jorge y a Tim —respondió Dick, mientras el bote encallaba en la arena—. ¡Estamos muy bien!

Saltaron fuera y también lo hizo Tim. Arrastraron la barca hasta lo alto de la playa. Ana les ayudó. Casi lloraba de alegría al verlos a todos de nuevo.

—¡Es mala cosa verse envuelta en una aventura —dijo—, pero es mucho peor quedarse fuera de ella! ¡No quiero que nunca más me dejéis sola!

—¡Guau! —contestó Tim moviendo la cola como para indicar su conformidad. Tampoco él quería verse excluido de las aventuras.

Subieron hacia la casa. Caminaban despacio porque se sentían exhaustos. Juana les aguardaba en el jardín desde la mañana. Empezó a gritar de alegría cuando vio a Jorgina.

—¡Jorge! ¡Por fin habéis recuperado a Jorge! ¡Oh, qué malos sois! Habéis permanecido todo el día fuera y yo no sabía dónde os encontrabais y he pasado unas angustias mortales. ¿Estás bien, Jorge"?

—¡Sí, gracias! —respondió Jorgina, que temía caerse dormida allí mismo—. Quisiera comer algo y después dormirme como un tronco.

—Pero, ¿dónde os habéis metido todo el día? —gritaba Juana mientras se apresuraba a buscarles algo de comer—. Tenía tal preocupación que me fui al puesto de policía. Sin embargo, me sentí muy estúpida cuando no pude decirles adonde os habíais ido, ni informarles de nada. Lo único que supe decirles fue que habíais ido en busca de un hombre llamado el «Rojo» y que os habíais marchado remando en el bote de Jorge.

—Desde entonces, la policía ha rondado la costa en su lancha —intervino Ana— intentando descubriros.

—Nuestra barca se hallaba bien oculta —dijo Dick—, y también nosotros. Tan bien ocultos que creímos que nos veríamos forzados a seguir para el resto de nuestras vidas.

Sonó el teléfono. Julián pegó un brinco.

—¡Oh, qué bien! ¡Ha hecho usted arreglar el teléfono! Llamaré a la policía en cuanto haya contestado a esa llamada, Juana.

Los que llamaban eran los mismos policías, que recibieron una gran alegría al enterarse de que los niños habían regresados sanos y salvos.

—Llegaremos ahí dentro de diez minutos —aseguraron.

Al cabo de diez minutos, los niños y Tim se deleitaban con una buena cena.

—¡Continuad, por favor! —les rogó el sargento de policía cuando entró en el comedor, acompañado del alguacil que los niños ya conocían—. Contadme todo mientras vais comiendo.

Así lo hicieron, con todo detalle. Primero Jorgina contó una parte de la aventura, luego continuó Jo y por fin siguieron Dick y Julián.

Al principio, el sargento se mostró muy extrañado. Luego los fragmentos de información comenzaron a acoplarse en su mente como si fueran las piezas de un rompecabezas.

—¿Cree usted que encarcelarán a mi padre? —preguntó Jo.

—Me temo que sí —contestó el sargento.

—Mala suerte, Jo —comentó Dick.

—No me importa —replicó la niña—. Lo paso mucho mejor cuando él se mantiene lejos de mí. Entonces no tengo que hacer las cosas que mi padre me manda.

—Trataremos de conseguir un buen sitio para ti —dijo el sargento bondadosamente—. Te has criado como una pequeña salvaje, Jo. Necesitas que cuiden de ti.

—¡No quiero ir al hogar para niñas malas! —exclamó Jo muy asustada.

—Ni yo lo permitiré —aseguró Dick con firmeza—. Eres una de las niñas más valientes que he conocido. Ninguno de nosotros permitirá que te lleven a un reformatorio. Ya encontraremos a alguien que desee cuidar de ti. Alguien como… como…

—Como yo —intervino Juana, que les escuchaba, y, al mismo tiempo, rodeó a la niña con su brazo—. Yo tengo una prima a quien le agradaría recoger a una niña. No le importaría que fuera muy traviesa con tal que tuviera buen corazón. No temas. Nos ocuparemos de ti.

—A mí no me molestaría vivir con alguien que se pareciera a usted —afirmó Jo con aire desenvuelto—. Nunca más me portaría mal y estoy segura de que sería una buena muchacha. Sin embargo, me gustaría mucho ver a Dick y a todos vosotros de cuando en cuando.

—Nos veremos si cumples tu promesa —dijo Dick sonriendo—. Pero si alguna vez oigo decir que te has colado por la ventana de alguna despensa o que has hecho algo de esa índole, nunca más volveré a visitarte.

Jo sonrió. Se sentía muy dichosa. De repente, recordó algo y metió la mano en el cesto que aún llevaba consigo. Extrajo de él una enorme llave.

—Tenga usted —dijo tendiéndosela al sargento—. Ésta es la llave de la habitación del torreón. Estoy convencida de que el «Rojo» y los otros siguen todavía allí, esperando a que ustedes vayan a prenderles. ¡Qué susto se van a llevar cuando usted abra la puerta y se dirija hacia ellos!

—Serán varias las personas que se llevarán un susto —aseguró el sargento, guardando su libro de notas, que ahora estaba lleno a rebosar—. Señorita Jorgina, puede usted dar gracias a Dios por haber salido sin daño de esta aventura, usted y su perro. Nos hemos puesto en contacto con un amigo de su padre para investigar acerca de los papeles robados. Nos ha dicho que su padre le entregó todos los papeles importantes referentes a su viaje a América antes de marcharse. Así es que ese individuo, el «Rojo», no tiene en su poder ningún documento que valga la pena. Se ha metido en este gran lío por nada.

—¿Sabe usted algo acerca del «Rojo»? —preguntó Julián—. A mí me pareció que estaba loco.

—Si se trata del individuo que nosotros pensamos, es cierto que no está muy bien de la cabeza —respondió el sargento—. Nos sentiremos muy satisfechos de tenerlo bajo llave, y también al otro individuo, al llamado Markhoff. No puede considerársele inteligente como al «Rojo», pero goza asimismo de una reputación bastante mala.

—Espero que no haya huido en el helicóptero —recordó Dick—. Se proponían marchar esta misma noche.

—Bien, nosotros llegaremos allí dentro de una hora, poco más o menos —dijo el sargento—. Si me lo permiten, usaré su teléfono para procurar que todo se ponga en marcha.

Y en verdad que las cosas se pusieron en marcha aquella noche. Varios coches se dirigieron a la casa del «Rojo». La verja fue forzada, puesto que nadie se presentó a abrirla. El helicóptero continuaba en el patio… pero, ¡ay!, había sido destruido en forma irreparable. Más tarde, los niños se enteraron de que Markhoff y los otros dos hombres habían intentado escapar en él. El aparato tenía una pieza averiada y se había levantado unos pocos metros para estrellarse en seguida contra el empedrado del patio.

La vieja sirvienta intentaba curar a los tres hombres, que habían salido desprendidos de sus asientos, produciéndose varias heridas. Markhoff había resultado herido en la cabeza y no ofreció ninguna resistencia cuando lo prendieron.

—¿Qué ha sido del «Rojo»? —preguntó el sargento a Markhoff —. ¿Sigue aún encerrado?

—Sí —respondió Markhoff con rabia—. Les va a ser algo difícil. Tendrán que forzar la puerta, y es tan sólida que me parece casi imposible que lo consigan.

—¡Oh, no! No tendremos necesidad de forzarla —replicó el sargento enseñando la llave. Markhoff lo miraba con fijeza.

—¡Qué muchacha! —exclamó—. Me ha dado la llave de la despensa. Esperen a que caiga en mis manos. Se arrepentirá de lo que ha hecho, se lo aseguro.

—Tendrá que esperar mucho tiempo, Markhoff —dijo el sargento—. Mucho, mucho tiempo. Me temo que usted y todos los demás se verán obligados a acompañarnos.

El «Rojo», Simmy y Jake estaban todavía encerrados y casi locos de rabia. Sin embargo, comprendieron que habían perdido la partida y muy pronto se encontraron todos esposados y presos en el coche de la policía.

—¡Una bonita redada! —comentó el sargento con sus hombres —. ¡Una buena faena! Tres de ellos ya encerrados y preparados para que pudiésemos recogerlos.

—¿Y qué hacemos de la muchacha? —preguntó uno de los agentes—. Es un demoniejo y más lista aún que ellos.

—Intentaremos concederle una oportunidad ahora —dijo el sargento—. Cada cual debe tener una en la vida y ahora le toca a ella. Me parece que la muchacha es mitad y mitad, medio buena y medio mala. Y es posible que se porte muy bien si le damos una ocasión.

Jo dormía de nuevo en la habitación de Juana. Los demás, en sus respectivos dormitorios, se preparaban para acostarse. De repente se sentían despejados y ya no tenían sueño. Sobre todo Tim, que corría de una habitación a otra, llevando la alfombra del pasillo de aquí para allá.

—¡Tim! Si vuelves a saltar sobre mi cama te cierro la puerta —le amenazaba Ana.

Naturalmente, no lo hizo. Era hermoso ver otra vez a Tim en sus plenas facultades.

El timbre del teléfono sonó de súbito y todos se sobresaltaron.

—¿Qué ocurrirá ahora? —dijo Julián, y bajó para contestar a la llamada.

Una voz le habló:

—¿Es el 011 de Kirrin? Ha llegado un telegrama para ustedes. Lleva la respuesta pagada. Voy a leérselo.

—Bien —respondió Julián.

—Procede de Sevilla, en España —dijo la voz—, y dice lo que sigue: Aquí va nuestra dirección. Por favor, responded diciendo si todo va bien. Tío Quintín.

Julián repitió el mensaje a sus compañeros. Todos habían bajado y le rodeaban.

—¿Qué debo contestar? —les preguntó—. Creo que no hay necesidad de preocuparles ahora que ya ha pasado todo.

—No. No la hay —corroboró Dick—. ¡Contesta lo que te parezca!

—Está bien —dijo Julián, y volvió a descolgar el teléfono.

—Oiga… ¿quieren tomar nota de la respuesta?: Estamos pasando días emocionantes, con mucha diversión y muchos juegos. Todo marcha bien. Julián.

—Todo marcha bien —repetía Ana mientras subía la escalera, dirigiéndose a la cama—. Esto es lo que a mí me gusta oír cuando una aventura se ha terminado. ¡Todo marcha bien!